

VOLVER
ATI

KATE PERRY

VOLVER A TI

El infeliz de Michael Wallace regresó.

La última persona que Olivia Parker espera encontrar en su tienda de lencería es a su amor de adolescente. Ella ya lo superó. Casi. Excepto que está más guapo que nunca y aún la conoce mejor que ella misma. ¿Pero cómo puede poner su corazón en riesgo cuando sabe que otra vez la abandonará?

El plan es sencillo: volver a casa, filmar la película, y romper el contrato que firmó once años antes. Pero el plan de Michael se viene abajo en el instante en que ve a Olivia de nuevo. Inteligente, sexy y exitosa, Olivia es una distracción personificada. Lo que es todavía peor—Michael teme que Olivia sea su alma gemela y el motor de su corazón...

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

THE DESTROYER OF KINGS

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

PARA SABER MÁS ACERCA DE KATE...

Visita las páginas:



VOLVER A TI

UNA NOVELA DE LAUREL HEIGHTS LIBRO 3

KATE PERRY

Traducido por
GUSTAVO VÁZQUEZ LOZANO



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Buscándote a ti](#)

[El estante de Kate](#)

[Looking for a series to binge?](#)

[Something mystical to go with your romance?](#)

[Looking for something new?](#)

[About Kathia](#)

[Don't forget to sign up for the newsletter!](#)

© 2015 Kathia Zolfaghari

ISBN: 978-1-944560-29-4

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier similitud con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

www.kathiaherself.com

VOLVER A TI

CAPÍTULO UNO

—¿QUE quieres que yo haga qué...?

Everett Parker hubiera sonreído si él fuera de esa clase de persona. Pero no era, así que miró y esperó pacientemente. Era bueno para esperar, y sobre todo para conseguir lo que quería.

—Es broma, ¿verdad? —El joven dejó correr su mano por su pelo—. Pues no me divierte en absoluto.

Parker se recargó en su silla de piel y dio un sorbo a su whisky antes de responder, consciente de la tensión que había creado.

—No es broma, Michael. Me oíste bien la primera vez. Quiero que el rodaje de la película sea en Mill Valley.

—Mierda. —El director peinó su pelo otra vez con la mano y comenzó a caminar de un lado a otro.

Parker disfrutó su trago y lo observó con calma. Una vez que Michael dejara de hacer su berrinche, haría lo que le había indicado. Después de todo, la oferta sería irresistible.

Él se encargaría de eso.

Casi lamentaba haber tenido que hacer esto. Él admiraba al joven. De toda la gente que tenía a su alrededor, Michael Wallace era el único que lo enfrentaba. El resto se acobardaba en las esquinas, y se orinaban del miedo cuando él pasaba.

A éste no lo manipulaban fácilmente, algo que a Parker le gustaba mucho hacer. Aunque en este momento lo irritaba. Requería la cooperación de Michael, pero jamás daría su consentimiento voluntariamente... lo que significaba que Parker tendría que obligarlo. No sería fácil, pero ciertamente tampoco imposible. Sólo tenía que encontrar una forma de negociar.

—Siéntate.

Con mirada afilada, Michael se dejó caer en la silla al otro lado del gigantesco escritorio. Al menos permaneció en silencio, eso había que reconocérselo, aunque su mirada incandescente decía que ya no soportaba más.

Buen chico, pensó Parker, sintiendo orgullo paternal, aunque Michael sólo estaba relacionado con él por los negocios.

Y eso es lo que quería remediar.

—Eres el director del momento. No ha de sorprenderte el hecho de que yo quiera que dirijas Amor Desatado.

La comisura de la boca de Michael tembló.

—Eso no fue lo que me sorprendió, y tú lo sabes. Deja de jugar, Parker.

Alguna vez, el muchacho lo había llamado Everett.

Otra cosa que tendría que corregir.

Parker hizo a un lado la nostalgia, tan atípica en él, y volvió a hacerse cargo del asunto.

—Mill Valley no es sólo el entorno perfecto para la película, es el más barato. Así de sencillo.

—Hay muchos pueblitos en California que también serían adecuados.

—Quiero que la película se filme en Mill Valley.

Michael se acercó, rebosante de intensidad reprimida.

—¿Por qué? ¿Qué tiene Mill Valley que no haya en otro lugar?

Mi hija.

—Mill Valley es el pueblito más encantador de California.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lo remodelaron por completo hace dos años.

—Mill Valley necesita más que una arregladita. Tienen que hacerle cirugía mayor.

—Basta —dijo Parker en voz baja. La mayoría de la gente se paralizaba de miedo cuando escuchaba su tono grave y amenazante.

Michael era la excepción.

—No, no es suficiente; quiero saber por qué es indispensable filmar ahí.

—Porque yo digo.

—Entonces consigue otro director. ¿Por qué no llamas a Blasdel? Él necesita un empujón.

—Quiero que tú dirijas.

—¿Y si me niego?

Parker arqueó la ceja con un dejo de asombro burlón.

—¿Y qué haremos con el contrato que tienes con Parker Pictures?

—Lo romperé.

—Si lo rompes jamás volverás a trabajar en el cine.

—Mira, Parker, mejor dime a qué estás jugando.

—Esto no es ningún juego. —Con el instinto de un depredador colmilludo, Parker se preparó para rematar a su presa—. Quiero que tú dirijas esta cinta. Haré todo lo que sea necesario y seguirás mis órdenes, como dice el contrato. A cambio, cuando termines esta película, te dejaré libre.

—¿Qué? —Michael alzó la mirada intensa.

Todo el mundo tiene una debilidad. Si la encuentras, esa persona es tuya.

—Ya me oíste.

—Lo quiero por escrito.

—Esperaba que dijeras eso.

El joven lo miró fijamente con los ojos entreabiertos, golpeando rítmicamente su muslo.

—¿Por qué supongo que esto no será fácil?

—Será fácil. —Parker le dio un trago a su escocés y esperó.

—¿No es muy temprano para beber? —preguntó Michael de la nada.

—Nunca es muy temprano para un escocés que lleva añejado cincuenta años.

Recargó los codos en las rodillas y el mentón en sus manos endurecidas.

—Santo cielo, Parker. ¿Ella sabe?

—No. —Parker no fingió nada.

—Mierda.

—¿Hay alguna diferencia? —La respuesta era crucial.

—Por supuesto que sí. No la he visto en once años.

—Eso no debe influir. Once años es mucho tiempo. Tú ya hiciste tu vida y ella también...

—¿Qué? —Michael levantó la cabeza. Parker casi sonrió al ver la expresión de aquel rostro —. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿De verdad creías que ella pondría un paréntesis a su vida para esperarte?

—No me jodas, Parker. —Saltó de la silla y la hizo caer al piso con un estruendo—. Si sabes algo, ya dilo.

Esto iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—No sé nada. Tú sabes bien que no tengo contacto con ella. Tú estabas ahí cuando me dijo que desapareciera de su vida. —Aún podía escuchar sus palabras exactas, y éstas tenían todavía la fuerza para desgarrarlo por dentro.

Michael puso las manos en el escritorio y se inclinó hacia adelante.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Estás tratando de hacer las paces otra vez? Pues déjame decirte una cosa, es una mala idea. Ella es tu hija y no dará marcha atrás.

Parker nunca le quitó los ojos encima a Michael, pero apretó el vaso con los dedos. Vaya que sabía lo terca que era ella. Pero la convencería. Tenía que hacerlo.

—Tenemos que filmar en la mejor locación. En este caso, esa locación es Mill Valley. —Terminó su trago—. No creo que te topes con ella. Estarás demasiado ocupado para socializar.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Michael se dio la vuelta y salió, y dio un portazo tan fuerte que estremeció las ventanas.

Parker puso su vaso vacío en el escritorio y sonrió sin alegría. Ah, claro que sabía lo que estaba haciendo.

El plan estaba en marcha. En una semana estaría en el norte de California y Michael iría justo después. No sabía cómo los recibirían.

Pero eso no importaba.

Se dio la vuelta y abrió el último cajón del escritorio. Del fondo sacó dos fotos enmarcadas y las puso frente a él.

La mujer sonriente de la primera imagen estaba llena de luz. El sol iluminaba desde atrás su larga cabellera rubia, y la hacía lucir angelical y resplandeciente. Sonreía directamente hacia él, y el amor destellaba en sus ojos oscuros.

Ignoró el dolor que solía sentir en el pecho, puso la foto con la imagen hacia abajo y tomó la otra foto.

La niña que aparecía ahí estaba corriendo entre flores silvestres, y miraba hacia atrás por encima del hombro. Su pelo oscuro estaba en animación suspendida y sus ojos, tan similares a los de su madre, reían con regocijo infantil.

Trazó las líneas de su rostro, y se preguntó si sus ojos todavía brillarían igual.

Empujó la silla hacia adelante para alcanzar el botón del teléfono que lo conectaría directamente con su asistente.

—Elaine, vamos a viajar. Saldremos para Mill Valley el próximo lunes.

La voz grave y fría de la mujer en la bocina era inconfundible.

—¿A Mill Valley, señor?

—Queda cerquita de San Francisco. Ahí filmaremos nuestra siguiente película.

—¿Para cuántos días reservo el hotel?

—Sólo encárgate del traslado.

—Pero, ¿y el alojamiento señor?

—Tenemos dónde quedarnos. —Colgó y se enderezó, y al darle la vuelta a su sillón cruzó las piernas para mirar a través de la pared de vidrio que tenía a sus espaldas.

Parker observó la foto que todavía tenía en la mano. Michael tenía razón: era igualita a él. No

le iba a dar gusto verlo. Al menos eso le diría.

Él ya lo sabía. Incluso después de todo este tiempo. Aunque ella le hubiera dicho que no quería verlo nunca más.

—Aunque nadie lo haya invocado, el dios acudirá —murmuró y acarició el frío cristal que cubría la foto.

CAPÍTULO DOS

—¿QUE quieres que yo haga qué...?

Everett Parker hubiera sonreído si él fuera de esa clase de persona. Pero no era, así que miró y esperó pacientemente. Era bueno para esperar, y sobre todo para conseguir lo que quería.

—Es broma, ¿verdad? —El joven dejó correr su mano por su pelo—. Pues no me divierte en absoluto.

Parker se recargó en su silla de piel y dio un sorbo a su whisky antes de responder, consciente de la tensión que había creado.

—No es broma, Michael. Me oíste bien la primera vez. Quiero que el rodaje de la película sea en Mill Valley.

—Mierda. —El director peinó su pelo otra vez con la mano y comenzó a caminar de un lado a otro.

Parker disfrutó su trago y lo observó con calma. Una vez que Michael dejara de hacer su berrinche, haría lo que le había indicado. Después de todo, la oferta sería irresistible.

Él se encargaría de eso.

Casi lamentaba haber tenido que hacer esto. Él admiraba al joven. De toda la gente que tenía a su alrededor, Michael Wallace era el único que lo enfrentaba. El resto se acobardaba en las esquinas, y se orinaban del miedo cuando él pasaba.

A éste no lo manipulaban fácilmente, algo que a Parker le gustaba mucho hacer. Aunque en este momento lo irritaba. Requería la cooperación de Michael, pero jamás daría su consentimiento voluntariamente... lo que significaba que Parker tendría que obligarlo. No sería fácil, pero ciertamente tampoco imposible. Sólo tenía que encontrar una forma de negociar.

—Siéntate.

Con mirada afilada, Michael se dejó caer en la silla al otro lado del gigantesco escritorio. Al menos permaneció en silencio, eso había que reconocérselo, aunque su mirada incandescente decía que ya no soportaba más.

Buen chico, pensó Parker, sintiendo orgullo paternal, aunque Michael sólo estaba relacionado con él por los negocios.

Y eso es lo que quería remediar.

—Eres el director del momento. No ha de sorprenderte el hecho de que yo quiera que dirijas Amor Desatado.

La comisura de la boca de Michael tembló.

—Eso no fue lo que me sorprendió, y tú lo sabes. Deja de jugar, Parker.

Alguna vez, el muchacho lo había llamado Everett.

Otra cosa que tendría que corregir.

Parker hizo a un lado la nostalgia, tan atípica en él, y volvió a hacerse cargo del asunto.

—Mill Valley no es sólo el entorno perfecto para la película, es el más barato. Así de sencillo.

—Hay muchos pueblitos en California que también serían adecuados.

—Quiero que la película se filme en Mill Valley.

Michael se acercó, rebosante de intensidad reprimida.

—¿Por qué? ¿Qué tiene Mill Valley que no haya en otro lugar?

Mi hija.

—Mill Valley es el pueblito más encantador de California.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lo remodelaron por completo hace dos años.

—Mill Valley necesita más que una arregladita. Tienen que hacerle cirugía mayor.

—Basta —dijo Parker en voz baja. La mayoría de la gente se paralizaba de miedo cuando escuchaba su tono grave y amenazante.

Michael era la excepción.

—No, no es suficiente; quiero saber por qué es indispensable filmar ahí.

—Porque yo digo.

—Entonces consigue otro director. ¿Por qué no llamas a Blasdel? Él necesita un empujón.

—Quiero que tú dirijas.

—¿Y si me niego?

Parker arqueó la ceja con un dejo de asombro burlón.

—¿Y qué haremos con el contrato que tienes con Parker Pictures?

—Lo romperé.

—Si lo rompes jamás volverás a trabajar en el cine.

—Mira, Parker, mejor dime a qué estás jugando.

—Esto no es ningún juego. —Con el instinto de un depredador colmilludo, Parker se preparó para rematar a su presa—. Quiero que tú dirijas esta cinta. Haré todo lo que sea necesario y seguirás mis órdenes, como dice el contrato. A cambio, cuando termines esta película, te dejaré libre.

—¿Qué? —Michael alzó la mirada intensa.

Todo el mundo tiene una debilidad. Si la encuentras, esa persona es tuya.

—Ya me oíste.

—Lo quiero por escrito.

—Esperaba que dijeras eso.

El joven lo miró fijamente con los ojos entreabiertos, golpeando rítmicamente su muslo.

—¿Por qué supongo que esto no será fácil?

—Será fácil. —Parker le dio un trago a su escocés y esperó.

—¿No es muy temprano para beber? —preguntó Michael de la nada.

—Nunca es muy temprano para un escocés que lleva añejado cincuenta años.

Recargó los codos en las rodillas y el mentón en sus manos endurecidas.

—Santo cielo, Parker. ¿Ella sabe?

—No. —Parker no fingió nada.

—Mierda.

—¿Hay alguna diferencia? —La respuesta era crucial.

—Por supuesto que sí. No la he visto en once años.

—Eso no debe influir. Once años es mucho tiempo. Tú ya hiciste tu vida y ella también...

—¿Qué? —Michael levantó la cabeza. Parker casi sonrió al ver la expresión de aquel rostro —. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿De verdad creías que ella pondría un paréntesis a su vida para esperarte?

—No me jodas, Parker. —Saltó de la silla y la hizo caer al piso con un estruendo—. Si sabes algo, ya dilo.

Esto iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—No sé nada. Tú sabes bien que no tengo contacto con ella. Tú estabas ahí cuando me dijo que desapareciera de su vida. —Aún podía escuchar sus palabras exactas, y éstas tenían todavía la fuerza para desgarrarlo por dentro.

Michael puso las manos en el escritorio y se inclinó hacia adelante.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Estás tratando de hacer las paces otra vez? Pues déjame decirte una cosa, es una mala idea. Ella es tu hija y no dará marcha atrás.

Parker nunca le quitó los ojos encima a Michael, pero apretó el vaso con los dedos. Vaya que sabía lo terca que era ella. Pero la convencería. Tenía que hacerlo.

—Tenemos que filmar en la mejor locación. En este caso, esa locación es Mill Valley. —Terminó su trago—. No creo que te topes con ella. Estarás demasiado ocupado para socializar.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Michael se dio la vuelta y salió, y dio un portazo tan fuerte que estremeció las ventanas.

Parker puso su vaso vacío en el escritorio y sonrió sin alegría. Ah, claro que sabía lo que estaba haciendo.

El plan estaba en marcha. En una semana estaría en el norte de California y Michael iría justo después. No sabía cómo los recibirían.

Pero eso no importaba.

Se dio la vuelta y abrió el último cajón del escritorio. Del fondo sacó dos fotos enmarcadas y las puso frente a él.

La mujer sonriente de la primera imagen estaba llena de luz. El sol iluminaba desde atrás su larga cabellera rubia, y la hacía lucir angelical y resplandeciente. Sonreía directamente hacia él, y el amor destellaba en sus ojos oscuros.

Ignoró el dolor que solía sentir en el pecho, puso la foto con la imagen hacia abajo y tomó la otra foto.

La niña que aparecía ahí estaba corriendo entre flores silvestres, y miraba hacia atrás por encima del hombro. Su pelo oscuro estaba en animación suspendida y sus ojos, tan similares a los de su madre, reían con regocijo infantil.

Trazó las líneas de su rostro, y se preguntó si sus ojos todavía brillarían igual.

Empujó la silla hacia adelante para alcanzar el botón del teléfono que lo conectaría directamente con su asistente.

—Elaine, vamos a viajar. Saldremos para Mill Valley el próximo lunes.

La voz grave y fría de la mujer en la bocina era inconfundible.

—¿A Mill Valley, señor?

—Queda cerquita de San Francisco. Ahí filmaremos nuestra siguiente película.

—¿Para cuántos días reservo el hotel?

—Sólo encárgate del traslado.

—Pero, ¿y el alojamiento señor?

—Tenemos dónde quedarnos. —Colgó y se enderezó, y al darle la vuelta a su sillón cruzó las piernas para mirar a través de la pared de vidrio que tenía a sus espaldas.

Parker observó la foto que todavía tenía en la mano. Michael tenía razón: era igualita a él. No

le iba a dar gusto verlo. Al menos eso le diría.

Él ya lo sabía. Incluso después de todo este tiempo. Aunque ella le hubiera dicho que no quería verlo nunca más.

—Aunque nadie lo haya invocado, el dios acudirá —murmuró y acarició el frío cristal que cubría la foto.

CAPÍTULO TRES

—¡AY! —gritó ella, sacudiendo la mano.

Rick la agarró, la besó y se puso a frotarla con ambas manos.

—No te conocía estas tendencias homicidas, Olivia.

—Es algo que yo misma acabo de descubrir. —Se asomó por la ventana y vio a Michael cruzar la calle. Iba directo al Café Sabio, el café librería de su amiga Eve.

Olivia lo maldijo en voz baja. Ahí era donde ella solía pasar sus ratos libres.

—¿Quieres decirme qué significa todo esto?

Miró a Rick. Unos cuantos centímetros más y Rick sería un fenómeno, de tan alto; tenía estatura de basquetbolista.

—Fue un ajuste de cuentas.

—Ya veo —sonrió—. ¿Y fue dulce la venganza?

—Creo que hasta me causó caries, de tan dulce.

Él rio. Ella pensó, no por primera vez, que las arrugas que se le formaban en las esquinas de los ojos eran sensuales.

Bueno, todo él era sexy. Desde su cuerpo esbelto hasta su voz intensa como el chocolate. Se vestía con mucho estilo, era educado y portaba una pistola. Sólo una mujer que tuviera ya un pie en la tumba podría resistirse a sus encantos.

Olivia se preguntó donde tendría ella plantados los pies.

—Vine a hacer unos negocios aquí cerca y se me ocurrió pasar y ver si tienes tiempo para ir a comer.

—¿Estás trabajando en un caso complicado?

—Ay, sí. Una ancianita quiere que localice a su perro.

—Estoy celosa —sonrió—. La vida de un detective privado es tan emocionante.

Él jugueteó con uno de sus rizos.

—¿Entonces vamos a comer o no? Me toca pagar la cuenta.

—Hoy no puedo, lo siento. —Apuntó hacia las pesadas cortinas de terciopelo que ocultaban su almacén—. Tengo que ordenar la mercancía que acaba de llegar.

A él se le iluminó el rostro como a cualquier varón frente a un Ferrari del año.

—¿Lencería nueva? ¿Te ayudo a acomodarla?

—Estás enfermo. —Lo empujó juguetonamente.

—Ten misericordia. Hace mucho que no tengo cerca la ropa íntima de una mujer.

—Como si no pudieras conseguir a la que quisieras.

Él se encogió de hombros.

—Últimamente no me he topado con buenas candidatas. Eve acaba de casarse con Treat; qué

tipo tan suertudo, y a ti te trae loca el muchacho que se acaba de ir.

A ella se le pusieron los pelos de punta.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él la miró astutamente, como si todos sus secretos estuvieran escritos en su amplia frente.

—Exactamente lo que te acabo de decir.

Ese hombre era demasiado observador. Con razón le iba tan bien como investigador privado.

—No sabes lo que dices —respondió ella, sin saber si lo que acababa de decir era o no una mentira—. Michael y yo salimos cuando estábamos en el bachillerato, pero eso fue hace milenios.

—Ajá. Me di cuenta por la forma en la que volaban electrones entre ustedes.

—Y hay muchas otras mujeres con las cuales puedes salir.

—A ver, dime una.

—Gwendolyn Pierce.

Él dejó escapar una fuerte carcajada frotando su abdomen de lavadero que haría babear a cualquier mujer, por lo bien que lucía. Ella lo sabía. Lo había visto de muy cerca.

Olivia se puso las manos en las caderas.

—¿Qué tiene Gwen de chistoso? Es una mujer encantadora.

—¿Gwendolyn? ¿Gwendolyn Pierce? —Se burló de ella, pero de pronto dejó de reír y la miró incrédulo—. ¿La mujer que vende calabazas decoradas a precios exorbitantes?

—No vende calabazas. Es arte en frutas. —Al principio Olivia se había mostrado escéptica del concepto de tienda que Gwen tenía. ¿Calabazas decoradas? Pero luego Gwen le había mostrado algunas piezas y Olivia le creyó. Incluso, Eve y ella le habían ayudado a lanzar su tienda “Mi Maceta”, que estaba a unas puertas de su negocio. Apenas tenía un mes y ya era todo un éxito—. ¿Has visto su trabajo? Es impresionante.

—Ella me da cosa.

—¿Qué? —Olivia le picó las costillas sólo para tocar su fabuloso abdomen. Tal vez no le interesara, pero eso no quería decir que no apreciara la carne de primera calidad—. Debajo de ese exterior atlético eres como un niño, ¿verdad?

—¿Dices eso nada más porque creo que esa mujer está completamente loca? —Meneó la cabeza—. Lo siento. Tendrás que lanzarme un mejor anzuelo.

—Bueno, tiene que haber alguien con quien sí quieras salir.

—No. La única mujer es Jezie, la hija de mi vecina, pero apenas tiene seis años. Yo la esperaría, pero ya me dijo que sólo me quiere como amigo.

—Eso duele.

—Sí. ¿Entonces no me dejarás que te ayude a acomodar la ropa? —preguntó, con sus ojos azul topacio llenos de inquietudes pueriles.

—Así es, amigo mío, la respuesta es no.

—Qué mala eres —suspiró dramáticamente.

Olivia se rio y lo empujó hacia la puerta.

—Fuera. Antes de que espantes a mis clientas.

—No me digas que les asustan los hombres desconocidos, grandotes, que les recomiendan cuál sostén comprar.

—Aunque no lo creas, así es.

—No entiendo a la gente. —Se agachó para plantarle un besito en los labios—. Te veré después, linda. Ve a mi casa cuando quieras para ver una película en mi nueva pantalla gigante.

—¿Por qué a los hombres les fascinan los aparatos?

—Porque no nos alegan, como las mujeres. —Riendo, evadió el puñetazo que ella le lanzó al brazo. Al abrir la puerta, se dio la vuelta—. Olivia, si el tipo no te quiere, es un idiota.

Ella lo vio irse, boquiabierta. Si fuera llorona, tendría los ojos llenos de lágrimas. Pero las lágrimas eran para las mujeres débiles, y ella jamás lloraba. Al menos no lo había hecho en los últimos once años.

Rick podría ser astuto, pero evidentemente estaba malinterpretando la situación. Ella no deseaba a Michael; se repetía eso mientras iba a su almacén. Michael la había llevado a tomar esa decisión.

Apartó la cortina de terciopelo color vino y se metió al estrecho pasillo. Levantó dos cajas y las llevó al mostrador principal.

Michael la había curado de cualquier ilusión de tener una vida juntos cuando decidió dejarla el día después de la graduación. Había puesto tantas ilusiones en él.

Meneó la cabeza, recordando lo devastada que se había sentido cuando él le dijo que se mudaría a Los Ángeles para aceptar la oferta de trabajo que su padre le había hecho. Su propio padre. Era la oportunidad del millón, había dicho Michael. La oportunidad que necesitaba para incursionar en la industria del cine y ser el próximo Martin Scorsese.

Resopló, tomó el cortador y lo clavó para abrir la primera caja.

La oportunidad del millón no la había incluido a ella. Había estado convencida de que él le iba a pedir que lo acompañara, pero lo había considerado mejor y le dijo que tenerla a su lado lo distraería demasiado. Debía concentrarse en su carrera; ella sería un estorbo.

"Imbécil", murmuró mientras hacía a un lado el celofán para dar con la mercancía.

Lo más triste es que ella lo habría seguido a los confines de la Tierra si él se lo hubiera pedido.

Pero no lo hizo.

"Fue todo tan estúpido". Rasgó el envoltorio de plástico.

Tardó años en superar lo de Michael. No cometería el error de sucumbir de nuevo a su carisma.

Dejó el corsé en el mostrador y atacó el siguiente envoltorio; sus hombros se encogieron al recordar la desesperación que sintió cuando la dejó Michael.

Pero al final todo había salido bien. Ella se había ido a París y luego de dos semanas de recorrer las calles sin rumbo fijo, había conocido a Cassis de Bonneville, la dueña de una tienda de lencería de lujo. Cassis la había contratado como vendedora y le había enseñado todo lo que sabía sobre ropa íntima.

Después de pasar cinco años en París, Olivia había regresado a California con un sueño: comenzar su propio negocio. Su tienda no sólo vendería lencería: vendería romance.

Olivia sonrió, miró a su alrededor. Lo había logrado. Matices Románticos ya llevaba seis años y le había ido increíblemente bien. Vendía prendas finas, accesorios y lo que ella llamaba ayudas para el romance: velas, cremas corporales y juegos. Tenía también muchos juguetes en el almacén que ofrecía a sus clientas más atrevidas.

Ya no vivía en un vacío. Con su exitosa tienda y sus buenas amistades, como Eve y Gwendolyn, tenía una vida plena. Y su abuelita Mae la quería mucho, aunque le daba muchísima lata.

No le hacía falta nada.

Excepto sexo.

"Ni siquiera pensaré en eso". Recogió su pedido de picardías —apropiadamente llamadas así, porque cualquier mujer con un hombre a sus pies tendría que ser muy pícara— y llevó las

prendas a un mostrador que ya tenía preparado. Acomodó las piezas, las más la grandes abajo.

Olivia acarició el encaje negro del corsé. Ella, claro, tenía varios cajones dedicados a ropa íntima de todas formas y texturas. Sin embargo, siempre le gustaba ver la mercancía nueva. Ella misma la compraría si tuviera novio.

Olivia no había tenido novio en... bueno, había pasado ya mucho tiempo. El último hombre con el que había salido regularmente fue en Francia. Había salido con otros, pero sobre todo para sacarse a Michael de la cabeza. Había conocido a unos chicos interesantes en la ciudad, pero nadie lograba mantenerla interesada mucho tiempo.

Por ejemplo Rick. Olivia lo había conocido por medio de su amiga Eve, y se trataron. Ella quería mucho a Rick. Era un hombre divertido, y se sentía cómoda a su lado. Pero los dos pronto comprendieron que, aunque serían estupendos amigos, tener una relación física no sería lo suyo. Rick era muy guapo, pero no había química entre ellos.

Ella echaba de menos el sexo, mucho, pero le hacía más falta la compañía. Extrañaba tener a alguien que la recibiera en casa después de un arduo día de vender sostenes; alguien con quien pudiera acurrucarse en el sillón, acomodar los pies sobre los muslos de su novio y que le diera un masaje mientras la escuchaba contar su experiencia con un conductor endemoniado que no le permitía cambiar de carril en la autopista.

Haber visto a Michael ese día le hizo recordar cuánto había echado de menos ese lazo tan cercano. Cuando él la había dejado, no sólo había perdido un novio y un amante; también había perdido a su mejor amigo. Perder a su confidente dolía más que perder al novio.

Respiró profundo. No tenía caso lamentarse de eso ahora. El pasado era el pasado. Ella había comenzado de nuevo, y no daría un paso atrás. Ya no era la chica insegura y dependiente que él había dejado once años atrás.

Lo mejor era evitar completamente a Michael. Se dirigió a la otra caja y sacó con mucha determinación las tangas y los ligueros. Ella no lo quería. Aunque la mujer en la que se había convertido ahora lo veía más atractivo que nunca.

VAYA QUE ELLA ERA SEXY.

Él había tenido que esforzarse mucho para no caer rendido a sus pies y quitarle la blusa que había permitido que asomara su ombligo. O besar la piel expuesta por sus medias largas que le cubrían hasta arriba de la rodilla, pero muy por debajo de donde comenzaba su minifalda.

Parado en el rincón de la sala principal, Michael peinó su cabellera hacia atrás y suspiró para controlarse. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido semejante erección sólo con ver a una mujer. Lástima que era Olivia quien la inspiraba.

Había hablado en serio cuando le dijo que ella había cambiado. Olivia siempre había sido bonita, pero jamás imaginó verla así de guapa. Su cuerpo de 1.75 de estatura estaba lleno de músculos que alguna vez fueron suaves. Su cabello café, con rayos rubios y gruesos, era más largo y alocado. Y tenía un diminuto diamante en la nariz.

Vio pasar un auto y trató de no preguntarse si ella tendría más de un piercing.

Había esperado que sus ojos cafés fueran los mismos de antes, pero no. Solían reflejar todas sus emociones; ahora ocultaban misterios que él quería descubrir.

"Demasiado complicado", murmuró acariciado el medallón que guardaba en su bolsillo. Él no necesitaba más complicaciones en su vida. Debía concentrarse en obtener su libertad.

Vio hacia ambos lados, cruzó la calle y se dirigió al Café Sabio, donde se reuniría con su madre.

Entró y se quedó helado, sometido por el aroma casero de las galletas con chispas de chocolate recién hechas. Recordó cómo solía comer galletitas calientes después de la escuela. Vio por encima de su hombro, casi esperando ver a Olivia detrás de él, como en aquella época.

Por supuesto que no estaba ahí. Él se había encargado de que así fuera cuando terminó la relación.

Pero ella tampoco lo había buscado. Si en verdad lo amaba, ¿no hubiera intentado comunicarse con él en Los Ángeles?

Además, le había dejado muy en claro cómo se sentía. Y aparentemente ella estaba saliendo con ese fortachón.

Hizo un ruido de desaprobación.

El café estaba repleto. La mayoría de las sillas estaban ocupadas; algunos leían, otros platicaban con amigos. Al no ver a su mamá, se acercó al mostrador y esperó su turno. Había una mujer rubia y menuda que servía café en la barra. Era bonita, luminosa y sofisticada. La observó mientras preparaba las bebidas, admirando la forma segura y económica de sus movimientos.

Cuando llegó su turno, la mujer sonrió y le dijo:

—¿Qué te sirvo?

—Café y un té negro —ordenó y se acercó al mostrador para ver los pastelillos. Impulsivamente, agregó—: Y una galleta.

La rubia le cobró.

—Toma un lugar y te llevaré tu orden.

Él le brindó una sonrisa de agradecimiento y se acomodó en un rincón en la parte de enfrente, cerca de una ventana.

—Vaya, es el hijo pródigo. ¿Has vuelto al lugar del crimen?

Michael volteó y vio a su madre, Sally, acercarse.

—El único crimen es lo bien que te ves, mamá —dijo él, abrazándola y cargándola.

No la había visto en un par de años. Se hizo hacia atrás para verla, sorprendido de cómo lucía. Ella relucía y se veía más joven de como él la recordaba. Incluso se vestía diferente. Lucía una falda larga de cuadritos y una blusa campesina estilo gitano.

—Estás radiante —le dijo, expresando justo lo que pensaba. Besó sus dos mejillas mientras sostenía sus manos.

Ella tosió, sonrojándose un poco.

—Si crees que unas cuantas palabras bonitas justifican tanto tiempo de ausencia, estás loco.

Él rio. Ah, claro, ella era su madre.

—Mamá, te extrañé.

—Yo también te extrañé, Michael. —Lo acercó, sujetó su rostro y le dio un beso. Luego se hizo hacia atrás y le dio un puñetazo en el brazo. Fuerte.

—Oye. —Sobó su musculoso antebrazo. Sí que podría ser boxeadora—. ¿Por qué me pegas?

—Han pasado once años, Michael. —Se puso las manos en la cintura—. Ésta es la primera vez que vienes desde que te fuiste, ¿y no pudiste llamarme o avisarme?

—No sabía cuándo llegaríamos.

—Y probablemente te irás de repente.

—De hecho, quería saber si puedo quedarme contigo un tiempo.

La sonrisa iluminó sus ojos.

—Por supuesto. Puedes quedarte en tu cuarto. ¿Por cuánto tiempo? ¿Una semana?

Él carraspeó.

—Tengo que hacer unos negocios aquí, quizás me quedé mucho más tiempo.

—¿Más tiempo? —Él asintió con la cabeza—. ¿Cuánto?

—Tal vez un par de meses. —Se encogió de hombros. Ella lo golpeó otra vez—. ¡Ay! —Michael cubrió su brazo—. ¿Y ése por qué fue?

—Por haberme abandonado. —Se cruzó de brazos y lo observó—. ¿Pensaste que podías volver y que te recibiría así nada más? —Esta conversación era incómodamente familiar—. Yo también tengo una vida —continuó ella—. ¿No pensaste que tal vez me estorbarías?

¿Él estorbar? Frunció el ceño.

—No quiero incomodarte. Puedo quedarme en otro lugar.

—Idiota. Te quedarás en la casa. —Le dio un beso en la mejilla, pero sus ojos se estrecharon cuando se sentó en la silla que él le sacó—. ¿Por qué te quedarás tanto tiempo? ¿Qué harás con tu trabajo?

—Voy a filmar en Marin.

—Ah. —Ella se animó como si se tratara de una grata sorpresa.

—Filmaremos en la Granja Pembroke.

—Ah —lamentó su madre—. ¿Y Olivia está de acuerdo?

—No tiene opción. —Parker se había asegurado de eso—. Ahora ella tiene una tienda de lencería al final de la calle.

—Sí, lo sé. —Al ver su expresión de sorpresa, ella se encogió de hombros—. ¿Por qué crees que te cité aquí? Quiero ir a Matices Románticos después. Voy a salir con un galán y quiero estrenar.

—Mamá. —Se incomodó al imaginárselo.

Su madre todavía se estaba riendo cuando la rubia les sirvió sus bebidas. Se quedó a conversar un instante antes de dejarlos a solas.

Sally se esperó a estar sola con él para apuntarlo con el dedo.

—No te le acerques a esa chica.

La ferocidad de su advertencia lo impresionó. Michael tomó el café y le sopló para enfriarlo.

—¿Qué? ¿No te importa tu propio hijo?

—Mi propio hijo no se quedó aquí para ver cómo lastimó a esa muchacha. La chica no merece que vuelvas a entrometerte en su vida, ahora que le está yendo bien. —Lo miró suspicazmente mientras revolvía la miel de su té—. ¿Por qué escogiste la granja para filmar tu película? ¿No hay otras granjas? ¿Otros pueblos? Además dijiste que jamás volverías.

—No pensaba volver, pero Parker quiere que se filme aquí.

—Everett Parker. —Sally prácticamente escupió su nombre—. Menos mal que no vino. Olivia ya tiene bastante con que tú estés cerca de ella, no necesita también a su padre.

—Pues adivina.

—Me lleva el demonio.

Michael sonrió secamente. No podía haberlo expresado mejor.

CAPÍTULO CUATRO

OLIVIA TOMÓ el camino de terracería que llevaba a la Granja Pembroke, dando un suspiro de alivio en cuanto vio su casa.

Había sido un día muy complicado, gracias a Michael. Como si fuera una mala canción que él le hubiera metido a la cabeza, y ella odiaba eso.

Apretó el volante.

Viró a la izquierda cuando vio la encrucijada y dejó de acelerar al entrar en la cochera empedrada. “Pobre bebé”, murmuró, acariciando el tablero del auto. Su Alfa Romeo no era el auto ideal para los caminos empedrados y de terracería, pero ella lo adoraba y no resistiría cambiarlo por un vehículo de doble tracción. Al menos el color plateado disimulaba la tierra que levantaba en el camino.

El sol aún no se había puesto, así que la abuela probablemente seguía trabajando en los exteriores. Olivia se bajó del auto, se jaló la falda y tomó el camino que corría junto a la casa.

La granja de la abuela Mae era famosa. La gente llegaba de todos lados para pasar ahí la noche y estudiar sus técnicas de jardinería. El conocimiento que Mae Pembroke tenía de las plantas rivalizaba con el de cualquier herbolaria, y hacía magia con los vegetales y las flores.

Olivia rápidamente pasó de largo la parcela vacía, pensando que la abuela probablemente estaba trabajando en el jardín de flores. Pero ahí tampoco había nadie.

“Especias”, pensó Olivia, a sabiendas de que la abuela nunca se metía mientras tuviera luz de día.

Se detuvo en la puerta del jardín de especias y buscó a la anciana. La abuela estaba arrodillada entre las flores, cortando lo que parecía ser orégano. Mae Pembroke se veía igual que hacía veinticuatro años. Su pelo era más plateado que dorado, su rostro iba de acuerdo a su edad, pero sus ojos cafés aún brillaban, y sus manos seguían funcionando con eficiencia.

Pisando con cuidado para no tropezarse con sus tacones tipo Mary Jane, Olivia atravesó las distintas flores y se sentó en la banca de piedra que estaba más cerca de su abuela.

—No sabía si vendrás hasta acá —dijo la abuela, mientras dejaba el orégano que había cortado en la canasta de paja que tenía al lado.

—¿Por qué?

—Tuve un presentimiento. —Miró la planta y obviamente decidió que ya había podado lo suficiente, así que continuó con la siguiente.

No sabía por qué se molestaba en preguntar. La abuela siempre sabía cosas. Era extraño. Lástima que Olivia no había heredado ese don. De ser así, hubiera anticipado el regreso de Michael.

—Abue, ¿por qué me criaste?

Su abuela levantó la mirada y se hizo hacia atrás el sombrero de paja.

—¿Por qué preguntas?

Porque, además de su mamá, nadie más la había querido tanto como para tenerla a su lado.

—No debió de ser fácil hacerte cargo de una niña de cinco años.

La mujer volvió a concentrarse en sus plantas tras soltar un hmmmjjmm.

—Claro que no fue fácil. Eras una diablilla.

—Mamá decía que yo era su ángel.

—Tu mamá tenía el corazón más grande que he conocido —dijo en voz baja, sin el ánimo de bromear más.

Olivia tragó saliva. Se preguntó si perder una hija era peor que perder una madre.

Carraspeando, Mae jaló la hierba y la arrojó.

—Tu pobre madre probablemente esté revolcándose en su tumba al saber cómo me han envejecido tus payasadas.

—Claro. ¿Has pensado que quizá envejeciste porque ya tienes muchos años?

—Debes saber que no tengo más de setenta años, niña...

—...descarada —adelantó Olivia.

—Sí, descarada. Ya quisieras verte como yo cuando cumplas ocho décadas de vida.

Divertida, vio que su abuela se quedaba callada mientras terminaba de arreglar las flores. Olivia respiró el fresco aroma de las especias y se le aflojó un poco el nudo que tenía en el estómago.

—Abuelita Mae, ¿qué haría yo sin ti?

—Quién sabe. —Miró el atuendo de Olivia—. Probablemente te morirías de una pulmonía. ¿No tienes un poco de juicio, muchacha, para vestirme de otra manera?

—Sí hace un poco de frío, ¿verdad? —Abrazó su saco.

—¿Entonces quieres decirme cuál es tu problema? —preguntó la abuela sin verla.

—Michael regresó —suspiró Olivia—. Dijo que filmará una cinta aquí en la Granja Pembroke. —Su abuela asintió con la cabeza, muy concentrada en las hierbas que intentaba sacar de raíz—. ¿Mo me piensas dar una explicación?

—Me ofrecieron una pequeña cantidad por usar la granja durante dos semanas. Yo acepté. Siempre me dices que debo ahorrar para el futuro. —La abuela la miró maliciosamente—. Ya pasó mucho tiempo, pensé que lo habías superado.

—Así es —dijo Olivia frunciendo la frente.

—Entonces no te importa que filme aquí, ¿o sí?

Claro que le importaba.

—No.

—¿Entonces cuál es el problema?

Que ella se había vendido por un poquito de dinero.

—Creo que no hay problema.

—A menos que todavía sientas algo por él. —La abuela la miró de nuevo—. Eso sería comprensible. Ustedes fueron inseparables la mayor parte de su vida.

—Sólo siento indiferencia. —Miró al cielo para asegurarse de que no la mataría un rayo.

Su abuela se sentó y la observó, con las manos sobre el regazo. Olivia sabía interpretar esa mirada. En pocas palabras significaba no te creo.

—Tal vez muy en el fondo sienta algo por él —dijo Olivia finalmente. La abuela rio—. Okey, estoy un poco molesta. Pensé que ya no me importaba —dijo derrotada.

—Es natural sentir algo, especialmente cuando lo amaste tanto.

Ella cruzó los brazos y los apretó.

—No quiero sentir nada por él.

—Es mejor enfrentarlo. Te ayudará a olvidarlo de una vez por todas. —La abuela la vio de reojo—. Si eso es lo que en verdad quieres.

—Claro que eso es lo que quiero. —Como la abuela no dijo nada, añadió incrédula y boquiabierta—: ¿Acaso sugieres que vuelva con ese imbécil?

—No me toca a mí decidirlo. —Le extendió la mano a Olivia para que la ayudara a levantarse.

—¿Qué quieres decir con eso? —Olivia la ayudó a ponerse de pie y recogió la canasta—. Él me dejó porque yo supuestamente le estorbaba y quería ser libre. Si volvemos a estar juntos, ¿qué habrá cambiado? Él me dejará en cuanto vuelva a presentársele un proyecto irresistible. No, creo que esta vez sería incluso más pronto.

—Hmm. —La abuela enredó su brazo con el de Olivia y caminaron juntas.

—Porque él se quiere tanto que excluye todo lo demás. O al menos, él no me quiso lo suficiente.

—Él te amó. Probablemente aún te ama.

—Ajá.

—Esa clase de amor no termina. Es como el amor de un padre por su hijo.

—Es muy mala tu analogía, abuela. Mi padre tampoco me quiso lo suficiente como para que yo me quedara con él.

—Tu padre te amaba. Su manera de expresarlo no fue la mejor.

—¡Claro!

Su abuela la vio como si quisiera regañarla.

—Él no quiso dañarte.

—Por favor, abuela. Él me dejó cuando mamá murió y no regresó sino hasta diez años después, y nada más para criticarme.

—Él sólo quería lo mejor para ti.

—¿Y cómo iba a saber lo que era mejor para mí, si ni siquiera me conocía? —Olivia la ayudó a pasar por una piedra, sabiendo que la abuela no veía muy bien cuando había poca luz.

—Todos podemos equivocarnos, mi amor.

—Eso lo sé —dijo a la defensiva.

—¿Entonces le darás otra oportunidad?

—No mientras viva.

La abuela rio.

—Mi amor, yo sé que me vas a odiar por esto que te voy a decir, pero eres igualita a tu padre.

—Mejor mátame. —Fingió escalofríos.

—Deberías darle otra oportunidad —repitió la abuela con firmeza, jaloneando el brazo de Olivia para hacer énfasis.

—No pienso irme a Los Ángeles, y él no se mudará aquí, así que no tiene caso.

Su abuela dijo algo entre dientes que sonó sospechosamente a no estés tan segura cuando llegaban al porche.

—¿Qué fue eso?

La abuela entró y le detuvo la puerta. Olivia estaba a punto de preguntarle qué acababa de decir cuando vio a un hombre parado junto al lavabo.

Everett Parker.

Se quedó helada. Su abuela, con mucha calma, le quitó la canasta, la puso sobre la mesa de la

cocina y salió.

Olivia no podía quitarle la mirada de encima. Él la observó con sus desconcertantes ojos verde pálido. Era absurdo, pero en ese momento recordó haberle preguntado por qué sus ojos no tenían color, cuando tenía tres o cuatro años. Él le había contestado que le había dado a ella todo el color para que sus ojos fueran así de hermosos.

Arrugó la frente para sacar ese recuerdo de su mente.

—Hola, Olivia —dijo su padre.

—Creo que me han tendido una trampa. —Cerró la puerta para no dejar entrar el frío de la tarde.

ELLA ERA IDÉNTICA A SU MADRE.

Si no fuera por el pelo oscuro, que había heredado de él, pensaría que era Lily quien estaba ahí parada. La forma de su cara, sus amplios ojos café, su figura... igual que su madre.

Sintió un dolor en el pecho al verla fijamente.

Lo que Olivia había heredado de su padre era menos obvio, pero de todos modos lo reconoció. Se reflejaba en su mandíbula apretada y en la forma de los ojos. Lo veía en la manera implacable en que ella se cruzaba de brazos, no a la defensiva, sino lista para dar pelea.

Esto le iba a costar mucho trabajo. Sin embargo, este pensamiento lo motivó como nada lo había hecho en los últimos años.

—Tú estás detrás de la película, ¿verdad?

—¿Estás enterada de la película?

—Tu secuaz fue a mi tienda el día de hoy.

—Mi secuaz, o sea, te refieres a Michael. —Parker sacó una silla y le indicó que se sentara.

Olivia lo miró con reservas antes de sentarse.

—Él te hace el trabajo sucio, ¿no?

La costumbre le dictó sentarse junto a ella, pero intuyó que debía guardar su distancia. Así que se acomodó enfrente.

—Tú sabes que Michael no es así.

—No creo que hayas venido para hablar de Michael.

Ella ni se lo imaginaba.

—Vine a verte a ti.

Olivia soltó tremenda carcajada.

—¿Quieres ganarte el Óscar este año o qué?

—¿Por qué te cuesta tanto trabajo creer que quiero ver a mi hija?

—Quizás porque eso nunca fue tu prioridad. —Se aferró a la orilla de la mesa; sus nudillos se pusieron blancos—. Deja de decir tonterías. Entre más pronto me digas por qué estás aquí, más pronto podrás irte.

—¿Tu abuela no te dijo? —preguntó, sabiendo la respuesta. Le había pedido a Mae no decirle nada a Olivia.

—¿No me dijo qué?

—Me quedará aquí durante todo el rodaje. —Él pudo haber sonreído ante la expresión de amargura que le arrugó la cara. Su hija solía poner esa expresión cuando Lily le daba de comer algo que no le gustaba—. De hecho, Mae amablemente me permitió quedarme aquí en la granja.

—¿Qué? —Olivia saltó de su silla tan rápido que la tumbó.

Él ignoró el trancazo y se concentró en su mirada desconcertada.

—¿Te estás quedando sorda?

—¿Qué no entiendes que no te quiero volver a ver? —Se llevó los puños a las caderas—. ¿O ya se te olvidó? Porque con gusto puedo refrescarte la memoria.

—Recuerdo cada palabra que dijiste, ¿pero no crees que ya debes madurar?

—Abre los ojos, Parker. —Levantó los brazos—. Eso te lo perdiste. Ya crecí.

Sí, es cierto, pensó él con tristeza. Y cuánto lo lamentaba.

—Tu comportamiento me dice que sigues siendo una niña malcriada.

—Estaba esperando el momento para que me criticaras. —Miró su muñeca desnuda—. Te tardaste dos minutos. Impresionante.

—El sarcasmo no es lo tuyo.

—¿Y qué demonios sabes tú de mí? —gritó—. No me conoces. Me abandonaste con la abuela cuando mamá murió y no me volviste a ver hasta que cumplí quince años. Y ni siquiera entonces te interesaba verme.

—Recuerda con quién estás hablando, Olivia Parker.

—¿Con quién? ¿Con el tipo que donó esperma para engendrarme? Porque tú nunca fuiste un padre para mí.

Ya se esperaba esto. Estaba preparado para ello, pero sus palabras le dolieron igual que once años atrás.

Ella pegó las palmas de sus manos sobre la mesa y se inclinó para verlo directamente a los ojos.

—Quédate aquí si quieres. Pero no te cruces en mi camino. Y tampoco me mandes a tu perro fiel.

Salió dando grandes zancadas.

La mirada de Parker se paseó por la puerta.

—Fuiste muy valiente al hacer eso. —Mae entró y se dirigió al lavabo—. Valiente o tonto.

—Ninguna de las dos cosas. Era necesario. —Tenía que asegurarse de que toda la ira de Olivia se dirigiría a él y no a Mae por permitirle quedarse en su casa. No quería afectar su relación. Olivia la iba a necesitar antes de que todo esto terminara.

—Fue un acto heroico. —La mirada de Mae era perspicaz—. No creas que no sé lo que acabas de hacer.

Él optó por ignorar el comentario.

—La criaste bien.

—Ella se crio sola. Esto te costará trabajo, ¿sabes?

—Todo lo que vale la pena cuesta trabajo.

Riéndose, Mae sacó lechuga y otros vegetales del refrigerador.

—Entonces esto debe de tener un valor incalculable.

—Me sorprende que hayas aceptado que me quede contigo —dijo viéndola preparar una ensalada—. Pensé que también me pedirías que me mantuviera lejos de Olivia.

Ella mantuvo la cabeza agachada sobre la ensaladera.

—Quiero tener bisnietos.

—Eso no depende de mí o de Michael.

—Es hora de enterrar el pasado. Olivia dice que ya lo superó, pero no es cierto. No puede superarlo. Hasta que ustedes lo superen juntos. —Tomó un cuchillo—. Además, esa muchacha sigue enamorada de Michael.

—Supuse que te opondrías a que yo interviniera en eso.

—Estás tratando de corregir un error. Eso no tiene nada de malo. ¿Le dirás por qué la dejaste

aquí cuando murió Lily? —preguntó Mae, colocando la ensalada sobre la mesa y mirándolo a los ojos.

—No sé lo que quieres decir con eso —dijo él, venciendo el deseo de retorcerse ante su sabia mirada.

—Sí sabes.

Se recargó en la silla con una falsa calma.

—¿Por qué no me lo explicas?

—Que te rompía el alma cuidarla después de que Lily murió en ese accidente, porque son idénticas.

Él se mantuvo inexpresivo.

—No tenía tiempo para criar a una niña de cinco años.

—No soportabas verla a los ojos porque eran iguales a los de Lily —rio Mae—, y te hacían recordar lo que habías perdido.

Obligándose a relajar la mandíbula, le preguntó:

—¿Realmente eso es lo que crees?

—Eso es lo que sé. —Se dio unas palmadas suaves en el pecho—. Aquí dentro. Recuerdo cómo amabas a Lily. Yo te vi cuando ella murió. Debí hacer algo al respecto. —Se acercó a la alacena y sacó los platos—. Lávate las manos, vamos a cenar.

Nadie solía darle órdenes. Se paró frunciendo el ceño. Debería haber llevado una botella de whisky. En la mañana le pediría a Elaine que le enviara una.

Cuando se dio la vuelta para retirarse, la voz de Mae lo frenó.

—El hombre que fuiste aún vive dentro de ti, Everett. Lo enterraste vivo. Él también merece ser feliz.

Parker la miró por encima del hombro, captando la mirada aleccionadora de Mae.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —le dijo al salir, consciente de que la experimentada mirada de su ex suegra lo seguía atenta.

CAPÍTULO CINCO

OLIVIA TOCÓ el timbre tres veces y golpeó la puerta con fuerza. Recargó el peso de su cuerpo en un pie y luego en otro, y lamentó no haberse puesto zapatos más cómodos antes de salir de casa.

—Vamos —murmuró, ciñéndose su abrigo al cuerpo—. Hace frío.

Justo cuando alzó el puño para tocar de nuevo, se abrió la puerta. Eve parpadeó y frunció el entrecejo de tal forma que se marcó una arruga sobre la piel marfileña y suave de su frente.

—Ya era hora —dijo Olivia—. Creí que me iba a hacer paleta aquí. —Hizo a Eve a un lado y fue directo a la cocina.

Treat estaba cenando cuando ella entró.

—Hola, Treat. —Tomó la copa de vino de Eve y le dio tremendo trago.

—Estás en tu casa, Olivia —dijo Eve y se sentó cerca de la mesa.

—Gracias. —Olivia no puso atención al evidente sarcasmo. Se quitó el abrigo, lo puso sobre el respaldo de una silla y se sentó frente a Eve, para luego volver a dar un sorbo al vino.

Alzó la mirada y se topó con las cejas arqueadas de Treat y de Eve.

—¡Qué bueno está este vino! —dijo.

—Me sorprende que lo hayas probado. —Treat sonrió.

—De hecho no alcancé a probarlo, lo dije por educación. —Bebió la última gota y alzó la copa vacía—. Pero si la vuelves a llenar, te prometo que esta vez sí apreciaré el sabor.

—¿Qué tienes? —preguntó Eve frunciendo el ceño al ver a su marido llenar de nuevo la copa de Olivia hasta el tope.

—¡Qué no tengo! —Olivia le dio un sorbo para evitar que el vino se derramara. Notó cómo ambos intercambiaban miradas y, por primera vez, sintió un poco de envidia.

Treat se levantó de la mesa.

—Creo que esa es la señal para que me vaya.

Olivia lo detuvo del brazo con una mano.

—Termina de cenar. Yo soy la intrusa. —Miró a Eve—. Tú también, come. Yo me quedaré aquí y disfrutaré este delicioso vino.

—¿Ya te sientes borrachita? —preguntó su amiga con sospecha.

—Sinceramente eso es lo que quiero. —Olivia hizo la cabeza hacia atrás y sujetó la copa con ambas manos.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Olivia apretó los labios.

—¿No me serviste un panecillo con mi latte esta mañana?

—Con razón se te subió a la primera copa. Tenemos mucha comida. Te serviré un plato. —

Eve se puso de pie.

—Michael regresó —dijo Olivia, viendo el techo.

—¿Michael?

—Michael Wallace. —Olivia asintió con la cabeza.

—¿Quién es Michael Wallace?

—Mi verdadero amor.

Eve se sentó de nuevo.

—¿Qué más te puede suceder cuando el único hombre que te ha roto el corazón de pronto regresa, después de once años? —Olivia frunció el ceño—. De hecho, él no me rompió el corazón. Él me lo arrancó del pecho, lo hizo pedazos y luego lo pisoteó todo lo que quiso. Pero ya lo superé.

—Sí, se nota. —dijo Eve sin emoción.

—Crees que eso fue lo peor que me pasó en el día, ¿verdad? Pues no. —Golpeó la mesa con el puño.

—Ten cuidado. —Treat tomó su mano y la sujetó—. Lo que te haya sucedido no vale la pena como para que te hagas daño.

—Tú no sabes lo que me sucedió.

—¿Por qué no nos cuentas? —sugirió Eve con calma.

—Llegué hoy a la casa y me enteré de que mi abuela le dio permiso a mi padre de quedarse en la granja.

—¿Y sabe lo que piensas de él? —suspiró Eve—. ¿Por qué haría eso?

—Porque es una vieja perversa. —Olivia tomó la botella de vino y llenó de nuevo su copa—. De hecho, probablemente Parker la arrinconó. No tuvo opción.

—¿Tu abuela? —preguntó Eve incrédula—. Por alguna razón, no puedo creer eso.

—No subestimes a ese idiota, es muy astuto. —Olivia la apuntó con el dedo.

—Veo que ustedes necesitarán otra botella de vino. ¿Por qué no pasan a la sala? Yo se las llevo. Incluso les prenderé la chimenea. —Besó a Eve en los labios y recogió los platos para llevarlos al fregadero.

—Ese hombre es increíble. ¿No te sientes feliz por haberme escuchado y aceptarlo? —Olivia se puso de pie y se tambaleó sobre sus zapatos de plataforma.

—Oye, ¿estás bien? —Eve la sujetó para evitar que se cayera.

—Me duelen mucho los pies. —Se agachó y se quitó un zapato primero y después el otro. Sin recogerlos, se fue a la sala y se dejó caer en un rincón del sillón.

Eve la siguió un momento después, con dos copas limpias y vacías, y una caja de galletas saladas.

—¿Te molesta si te hago compañía? O prefieres acabarte la botella a solas.

—Qué mala eres —dijo Olivia, bien intencionada—. Aquí me tienes, en un momento pésimo, y tú nada más me críticas. Para eso me hubiera quedado en la casa de la abuela.

—La abuela no te permitiría ahogar tus penas en alcohol.

—No tengo penas. Sólo dos traidores malvados que no me dejan en paz. —Vio que Treat se acercaba abriendo una botella y con otra más bajo el brazo—. ¿Conoces un matón a sueldo que no cobre demasiado? —le preguntó a Treat mientras llenaba las copas.

—Déjame revisar mi agenda. —Se agachó y le dio a Eve un beso prolongado—. Estaré en mi oficina, amor.

—Okey —sonrió Eve, con sus ojos llenos de cariño.

Treat se acomodó el pelo detrás de la oreja, le cerró el ojo a Olivia y las dejó a solas para que

conversaran.

Olivia le dio un sorbo al vino. Ese hombre era sexy, rico y además sabía elegir vino.

—Estoy celosa.

—¿De?

—De ti. —Al ver la expresión de desconcierto de Eve, Olivia torció los ojos—. ¿En serio te sorprende?

—Claro que sí.

—Además de que tienes un hombre magnífico, tu estilo es tan clásico; yo nunca podría verme como tú, tu pelo siempre luce perfecto, tus senos son perfectos.

—¿Perfectos?

—Perfectos, como mi afro indómito —Meneó la cabeza exageradamente para demostrarlo. Un rizo cayó en su boca. Tuvo que soplarle varias veces para que saliera.

—Tu pelo es hermoso, y qué diera por tener tu cuerpo...

—Los senos grandes están sobrevaluados —afirmó Olivia.

—Y podrías tener a cualquier hombre. He visto cómo los hombres se arrodillan y te ruegan.

Olivia se encogió de hombros y bebió un poco, relajándose con el tronido de la chimenea. — Eso también está sobrevaluado.

—¿Me vas a contar de qué se trata todo esto, o tendré que sacártelo a golpes?

—Te pones traviesa con un par de copas de vino.

—Gracias a ti casi no he tomado nada. Mi copa estaba llena cuando me la robaste.

Olivia trató de recordar pero sólo veía imágenes borrosas, como en un televisor descompuesto.

—No, no recuerdo eso.

—Cuéntame todo acerca de tu verdadero amor y de este lío con tu padre antes de que te estrangule.

Olivia suspiró.

—No he hablado de esto en once años. No es fácil abrirse así de repente.

—Entonces te sentirás bien si lo sacas. —Eve llenó las copas y se acomodó en el sillón, contoneándose hasta sentirse a gusto—. Okey, estoy lista. No... espera. — Le dio a Olivia un par de galletas—. Cómete esto mientras platicas.

Olivia arrugó la nariz al ver las galletas, las puso en la mesa y prefirió beber más vino.

—Michael fue mi mejor amigo desde que teníamos seis años, desde el primer día de la primaria. Siempre estábamos juntos. Creo que era natural que nos enamoráramos.

—¿Cuándo te diste cuenta de eso?

—En cuanto empezamos la prepa. Fuimos a la pista de carreras para ver los autos. —Sonrió con nostalgia, enfrascada en el recuerdo—. Michael no tenía paciencia para jugar minigolf. Luego de unos videojuegos, comimos pizza y de ahí fuimos al cine.

Se recargó y cerró los ojos, todavía recordando cuando sus dedos se habían encontrado dentro de la caja de palomitas. Había volteado a ver a Michael. En la oscuridad, había visto sus ojos luminosos. Él se había agachado y la había besado; recordaba sus labios suaves y salados, y le sacudieron el corazón. Ella lo había acercado y le había plantado un gran beso.

Sus dedos buscaron el pendiente que Michael le había dado cuando cumplió dieciséis años; fue la primera vez que hicieron el amor. Ella solía estrujarlo y pensar en su futuro juntos, y en lo felices que serían.

Pero ya no tenía esa medallita. Se la había aventado la noche en que terminaron su noviazgo.

Abrió los ojos. Hacía muchos años que no pensaba en esa medalla.

—¿Y? —Eve indagó.

Volteó a ver a Eve, que esperaba una respuesta. Se encogió de hombros.

—Esa vez nos besamos por primera vez. No, eso no es cierto. Fue la segunda. La primera vez que nos besamos fue en el patio de la escuela, cuando estábamos en primer grado. —Sus ojos habían reflejado el azul del cielo aquella mañana, cuando él puso sus labios sobre los suyos.

Maldición. ¿Por qué tenía tan buena memoria?

Bebió más, preguntándose cuánto tendría que tomar para olvidar.

—Come. —Eve le dio otra galleta.

Suspirando, Olivia obedientemente la mordisqueó y continuó.

—Todo estaba bien hasta que volvió mi padre.

—¿Por qué estás tan enojada con él? Nunca me has dicho.

—Mi padre, el gran cineasta, le dio trabajo a Michael. —Clavó sus ojos en el vino. De repente le sabía amargo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Michael siempre quiso dirigir películas. Era su sueño. Parker lo sabía y lo explotó. Michael no pudo resistir la oferta. —Sonrió con tristeza—. Ésa era su idea. Y se fue.

—No entiendo —dijo Eve—. ¿Por qué no te fuiste con él?

—He ahí el detalle. Yo me hubiera ido con él, pero no quise. Según él, le estorbaría. Tenía que concentrarse en su carrera.

—Qué imbécil —dijo Eve con sentimiento.

—No lo culpo por aceptar el trabajo —agregó Olivia a regañadientes—. Michael siempre quiso ser un director, y mi padre le dio la oportunidad. Pero sí lo culpo por creer que yo le estorbaría.

Ella sólo quería que él la amara lo suficiente para que su relación funcionara, independientemente de lo que hiciera cada uno.

Él no lo había hecho.

Ella había perdido a Michael, y tres semanas después, lo perdió de nuevo.

Se acercó y tomó la mano de Eve.

—Lo que te voy a decir jamás debe salir de aquí. No puedes decirle a nadie; ni siquiera a Treat. Júralo por los hijos que aún no tienes.

—Entonces debe de ser muy grave.

—Júramelo.

—Okey. No se lo diré a nadie. —Eve hizo una cruz con dos dedos sobre su corazón.

—Cuando Michael se fue yo estaba embarazada.

—¿Qué? —Eve casi se cayó del sillón.

—Perdí al bebé. —Eso también era culpa de Michael. Levantó su copa y parpadeó—. Alguien se bebió todo mi vino.

Eve automáticamente le llenó la copa.

—¿Él te dejó sin saber que estabas embarazada?

—Nunca se lo dije.

—Debiste decírselo.

—No quise que se quedara conmigo porque no tuviera opción. Quería que me amara. Pero él no me amaba, así es que decidí hacerme cargo de mi bebé. Pero la niña murió. Por eso me fui a París. Sentía que me estaba hundiendo en el pozo de la desesperación. —Vio que Eve tenía los ojos llenos de lágrimas—. No era yo misma. Pensé que la distancia me serviría para encontrarme. Por mucho tiempo Michael y yo fuimos la misma persona. Tenía que aprender a

ser yo misma.

—Con razón odias a tu padre. —Eve se secó las lágrimas—. Estuvo mal que le ofreciera un empleo a Michael si sabía que eso te destrozaría.

—No lo conoces. Probablemente lo hizo a propósito. Es un tipo muy manipulador.

—Pero, ¿por qué lo hizo?

—Eso qué importa ya. Sus motivos no cambian las consecuencias. —La sala comenzaba a darle vueltas. Recargó la cabeza y trató de concentrarse en la botella de vino que estaba sobre la mesa—. ¿Ya nos acabamos la botella?

—No, tú te acabaste la botella. Cómete otra galleta. Me sorprende que todavía estés de pie; no has comido nada en todo el día.

—Soy fuerte. —De pronto le dio hipo.

—Ya veo. —Eve bebió un poco de vino—. Entonces, ¿cuál es tu plan?

—¿Plan? —Olivia arrugó la nariz.

—Tú siempre quieres planear un ataque.

—Ay, es verdad —asintió con la cabeza, parpadeando al ver cómo giraba el cuarto—. Un plan. Mi plan es mantenerme lo más lejos que pueda de esos idiotas. La bahía es muy grande, ¿cierto?

—¿Y dónde piensas vivir? —quiso saber Eve.

Olivia gruñó.

—No mates al mensajero. —Eve alzó las manos—. Sólo quería saber si estabas consciente de eso.

—Puedo ignorar a mi padre.

—¿Y a Michael?

—También le sacaré la vuelta. —Olivia cruzó los brazos.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Por supuesto. ¿Para qué quiero a ese perro desleal? —En su mente veía sus ojos azules llenos de sabiduría, sus anchos hombros y lo bien que su trasero lucía cuando lo vio salir de la tienda esa mañana.

Se acabó el vino de un trago y extendió la copa para que Eve la llenara de nuevo.

—¿Entonces ya no sientes nada por él? —preguntó Eve, que optó por mejor ofrecerle una galleta.

—Sólo siento rabia. Nada más. —Olivia mordió salvajemente la galleta.

—¿De veras?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué sientes por David?

—¿David? —dijo con el ceño fruncido—. ¿David Mariner? ¿Él qué tiene que ver con esto?

—Sólo contesta la pregunta. Si te toparas ahorita con David en la calle, ¿cómo reaccionarías?

—Hace mucho que no pienso en David. Hace mucho que no salgo con él. —Apretó los labios—. Supongo que si me topara con él, hablaría de cosas intrascendentes y luego seguiría haciendo lo mío.

—Exacto. ¿Entonces por qué te alteraste tanto después de ver a Michael nuevamente?

—Porque necesito más vino. —Quiso agarrar la botella y casi se cayó del sillón—. ¡Mi madre!

—A ver. —Eve la ayudó—. Siéntate, yo te atenderé.

—Qué buena amiga eres. —Otro hipo, que Olivia disimuló con la mano en la boca, para luego recargarse en el brazo del sillón.

—No sé si me dirás lo mismo en la mañana.

—No te preocupes. Nunca he tenido resaca —dijo Olivia con orgullo.

CAPÍTULO SEIS

OLIVIA OYÓ que la puerta se abría y se cerraba, pero no pudo alzar la cabeza para saludar al cliente, y de ninguna manera podía levantarse del banco. Al menos no si quería evitar un aullido de dolor.

—Quería saber cómo habías amanecido —escuchó decir a Eve, y luego el sonido de algo que ponía frente a ella. Olivia abrió los ojos de golpe. Esta vez sí gritó. Y sintió alivio—. Okey. Permíteme. —Eve abrió el frasco de aspirinas y le dio tres tabletas—. Tendrás que dejarte de sobar la cabeza por un momento para que puedas tomártelas.

—Mis manos están evitando que mi cerebro se derrame por todo el mostrador.

—Dijiste que no te daba resaca.

—Siempre hay una primera vez. —Tomó las pastillas y suspiró cuando vio que Eve traía un latte caliente en la otra mano—. ¿Te he dicho cuánto te quiero?

—Pensé que esto te ayudaría. No fuiste al Café Sabio esta mañana.

—Me desperté muy tarde. —Olivia le dio un sorbo a la bebida y esperó. Cuando vio que su estómago no protestaba, bebió más—. Gracias por recibirme en tu casa.

—No tuve opción —dijo Eve riéndose—. Te quedaste dormida en el sillón.

—¿Sí? —Olivia frunció el ceño.

—Sí.

—¿Por qué amanecí en el cuarto de invitados?

—Teat te cargó.

—Y yo no estaba consciente. No puedo creer que me lo haya perdido.

—Ya en serio, ¿cómo estás? ¿Te sientes como te ves? Porque estás como verde.

—Me siento como agua enlamada. ¿Así me veo?

—Exactamente.

—Genial. —Y no le ayudaba el hecho de traer la ropa del día anterior. Aunque se había bañado en casa de Eve, y por eso no se sentía completamente desaliñada.

Eve se inclinó sobre el mostrador y la vio de cerca.

—Entonces, además de la cruda, ¿cómo te sientes?

—¿En qué sentido? —decidió hacerse la tonta.

—Con respecto a todo lo que pasó ayer.

—En sí no lo he pensado. —Había estado muy ocupada tratando de no vomitar. Poniendo a prueba su tensión, giró los hombros varias veces. Se sentían demasiado ligeros—. De hecho, me siento muy bien. La plática me sirvió.

—Qué bueno.

—Puedo ignorar a Parker.

—Ajá. —Un sordo pudo haber percibido el escepticismo en la voz de Eve.

—Sí puedo. En cuanto empiecen a filmar, no tendrá tiempo para molestarme. En el peor de los casos, mi cuarto tiene llave.

—¿Entonces te convertirás en una prisionera dentro de tu propia casa? —Eve meneó la cabeza.

—Tienes razón. Mejor lo encerraré a él. —Olivia frunció el ceño—. Si tan sólo supiera qué es lo que quiere.

—Quizás cambió y quiere demostrar que te quiere.

La honestidad que reflejaba la mirada de Eve le hizo sentir que en verdad creía eso. Por supuesto, ella no conocía a Parker tan bien como Olivia.

—Y el vaso está medio lleno. Y todos fueron felices por siempre.

Eve sonrió.

—¿Ése es tu plan con Michael?

—Con Michael es más sencillo. Él no se va a quedar con la abuela. —Olivia arrugó la nariz—. Al menos no que yo sepa. No tengo por qué toparme con él. Jamás.

Eve sólo la miró.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Por qué no me crees?

Eve se encogió de hombros y respondió con un dejo de nerviosismo:

—No lo sé en realidad.

Olivia estaba a punto de sacarle la verdad a Eve cuando se abrió la puerta y entró Rick.

—Señoritas. —Puso su brazo alrededor de los hombros de Eve y le dio un beso en la mejilla. Volteó a ver a Olivia y se paró en seco—. Te ves muy mal.

—Con razón no tienes novia. ¿Qué no sabes que a una mujer jamás debes decirle que se ve mal?

—¿Aunque sea cierto?

—Sobre todo cuando es cierto.

Rick arqueó una ceja al mirar a Eve, que ofreció dar la explicación.

—Tuvo una noche difícil y una mañana aún más complicada.

—Ah, ya. —Rick estudió a Olivia detenidamente; sus ojos de detective analizaban huellas de agotamiento que ella ni siquiera había notado—. ¿Tiene esto que ver con el tipo que vino ayer?

—No —dijo ella con firmeza.

De nuevo miró a Eve. Eve asintió con la cabeza.

—Ah, ya. Pero debió de suceder algo más —dijo—. Ayer no estaba tan mal.

—También volvió su padre.

—Ah, ya.

Olivia quería gritar.

—¿Quieres dejar de decir “Ah, ya”?

—Bueno, aunque la estoy pasando bien, debo volver al café. —Eve abrazó a Rick y miró largamente a Olivia—. Me llamas.

—Gracias por el café. Me salvaste la vida.

—Para eso son las amigas. —Con una sonrisa a manera de despedida, se marchó.

—¿Tú no tienes que estar en algún lado? —Olivia volteó a ver a Rick con una ceja arqueada.

—No —sonrió sin arrepentimiento.

Ella habría torcido los ojos pero su cabeza no lo soportaría; gruñó y se concentró en el latte.

Tal vez si lo ignoraba, él se iría.

No tenía tanta suerte.

—No sabía que tenías padre —dijo él con naturalidad.

—Todos tenemos un padre.

—Pero no todos evitamos hablar de él.

Ella se encogió de hombros.

—A lo mejor no tengo nada que decir de él.

—Sería la primera vez. —Rick se talló el mentón, observándola con cariño y consideración—. Terminaré por sacarte la verdad.

—Cambiemos de tema —dijo tajante.

—Okey —aceptó.

Olivia aguzó la mirada. Eso había sido demasiado fácil.

—Vamos a cenar. Te iba a invitar esta noche, pero creo que es mejor que te vayas a tu casa cuando salgas de trabajar y descanses. ¿Qué te parece mañana?

—¿Crees que me vas a sobornar con comida? Porque eso no funcionará.

La puerta principal se abrió. Una mujer vaciló en la entrada, pero finalmente pasó a la tienda.

Olivia sonrió como sólo podía hacerlo la dueña de la tienda.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No, sólo quería mirar. —La rubia madura vestía traje entallado y llevaba el pelo amarrado en un chongo liso. Sujetaba una bolsa con una mano y un portafolio de piel con la otra.

La mujer no parecía ser del tipo de personas que compran lencería sensual, pero Olivia sabía que las apariencias engañan.

—Si se te ofrece algo me avisas, por favor.

—Cena conmigo mañana —dijo Rick de nuevo cuando volvió a ponerle atención.

—No vas a dejarme en paz hasta que te diga que sí, ¿verdad?

Él sonrió por toda respuesta.

—Está bien. Mañana iremos a cenar. —Olivia frunció el ceño—. Pero tú no vas a cocinar, ¿verdad?

Rick se llevó la mano al pecho burlonamente, fingiendo dolor.

—No puedo creer que dudes de mis talentos culinarios.

Olivia rio. Rick era el peor cocinero del mundo. Ella tenía lo suyo, pero Rick podía acabar con toda la ciudad dándole de comer a la gente.

—Y pensar que iba a rentar una película de esas que tanto les gustan a las chicas para que la viéramos después de cenar. Algo en blanco y negro.

—¿Blanco y negro? —Alzó la ceja exageradamente—. ¿Estás tratando de seducirme?

Él se encogió de hombros.

—¿Está funcionando?

La puerta principal se abrió de nuevo e interrumpió la conversación. Gwendolyn entró con un atuendo colorido que lastimaba la vista, sobre todo considerando la tremenda resaca que tenía Olivia.

—¡Oye, Olivia! Tengo una idea genial.

Olivia hizo un gesto de dolor. La última vez que Gwen había tenido una “idea genial” quiso poner una calabaza de nueve metros, inflable, sobre el edificio. Olivia y Eve tardaron varios días para convencerla de que ésa no era la imagen que necesitaba para la tienda; no en Laurel Heights, donde todo era elegancia, lujo y riqueza; no cursilería.

Antes de que Olivia pudiera decir algo, Gwen se atragantó y se quedó helada, mirando a

Rick.

Olivia vio que Rick también se había quedado completamente helado, con los brazos cruzados, mirando a Gwen.

Interesante.

Rick se inclinó sobre el mostrador y besó suavemente a Olivia en la boca.

—Mañana en la noche, muñeca.

De nuevo frunció el ceño al ver a Gwen y salió.

—No entiendo cómo lo soportas. —Gwen sacudió la cabeza y su melena de rizos cafés se agitó locamente. Esa semana se había hecho rayos anaranjados.

Un día Olivia iba a tener que hacer algo respecto a Gwen y Rick... cuando ella misma estuviera bien.

—¿Cuál es esta idea genial?

—Traigo una idea para una nueva serie de objetos artísticos. Será buenísima. Pensé en organizar un gran lanzamiento en algún lugar. Como las galerías de Nueva York, con champaña y todo.

Olivia apretó los labios. De hecho, esa idea no parecía tener nada de malo.

—¿Cuál es la nueva serie? El tema tribal que hiciste fue hermoso.

—Haré una serie sobre flores muertas. Calabazas... cabezas de muerto... flores muertas. ¿Captas? Deadheads, como los fanáticos de Grateful Dead. Será un homenaje a Jerry Garcia —Gwen golpeteó sus labios con un dedo—. ¿Qué tan difícil será teñir una calabaza?

—No tengo la más remota idea.

—Como sea, tal vez tú y Eve puedan darme ideas. ¿Qué te parece si nos juntamos una de estas noches? Yo pongo el queso y el vino.

Olivia hizo un gesto de dolor.

—Yo paso del vino, pero sí me gusta la idea de reunirnos.

—Súper. —Gwen se frotó las manos—. Voy a preguntarle a Eve. Quiero saber si puede prepararme unos pastelillos en forma de calabaza para la inauguración. —Se dio la vuelta con un saludo vago y se retiró.

Aliviada por no haber tenido que lidiar con la loca inspiración de Gwen, Olivia buscó a la clienta. Estaba en un rincón, tocando un sostén escotado de color rojo escarlata que luciría hermoso sobre su blanquísima piel.

Tenía que jugar el papel de la dueña atenta. Descendió del banco para poner a prueba su equilibrio. Nada mal. Con un poco de suerte, sobreviviría hasta el final del día.

Miró el reloj y suspiró. La suerte y la gran botella de aspirinas que Eve le había traído la salvarían.

CAPÍTULO SIETE

ELAINE ADAMS ACARICIÓ DISTRAÍDAMENTE el encaje rojo; su atención estaba más concentrada en la gente que estaba en la tienda. Y debía hacer eso para no quedarse nada más ahí de pie, mirando.

Olivia era impresionantemente guapa.

Ella no se había imaginado cómo sería la joven. Ciertamente atractiva, dados los rasgos de su padre, pero Lainie no esperaba ese aspecto salvaje apenas taimado.

Se preguntó si Everett tendría algo de eso también.

Hizo un gesto de dolor. Sr. Parker. No debía pensar en él como Everett. Sobre todo considerando que ella era su asistente. Nadie lo había llamado así jamás.

El hombre alto y sexy se inclinó y le dio un beso a la hija de su jefe. ¿Acaso su novio? Ciertamente se veía que tenían una relación cercana.

—Mañana en la noche, querida.

El hombre atractivo le había prometido algo a Olivia.

Lainie lo vio salir de la tienda. Iban a cenar juntos. En su casa. Y verían una película. Debía de ser su novio. O al menos un pretendiente.

Escondida, vio cómo Olivia hablaba con su amiga gitana. Se dijo a sí misma que la curiosidad era normal. Elaine apenas se había enterado de la existencia de Olivia; y eso que había trabajado con Everett durante siete años.

Sólo los varios años de entrenamiento le habían permitido disfrazar su sorpresa cuando descubrió a la chica de la foto escondida detrás del escritorio de Everett y supo que era su hija. Con calma, había obtenido hasta el último pedazo de información.

No debió sorprenderse. La chica de la foto sí se parecía a Everett. Lo que no entendía es por qué él ocultaba la foto. Y por qué Olivia nunca le llamó. Y dónde estaba la madre de Olivia.

Lainie vio hacia abajo y se sorprendió al notar que estaba apretando el sostén. Lo soltó y planchó la suave tela.

—Te verías fabulosa con ese rojo.

Lainie alzó la mirada. ¡Qué alta era Olivia! Nunca se había considerado bajita, pero incluso con sus prácticos tacones, era unos cuantos centímetros más baja que Olivia.

De cerca, logró ver las huellas de un cansancio que no había notado de lejos. Se preguntó si sería porque Olivia no llevaba maquillaje. Y no es que lo necesitara.

Lainie hubiera matado por tener pestañas como esas.

La hija de Everett la vio inquisitivamente, y Lainie notó que la estaba estudiando.

—¿Tú crees? —carraspeó.

—Con esa piel tan blanca que tienes, definitivamente. Ese sostén se te verá de lujo.

Por primera vez, Lainie observó bien la lencería. Era el tipo de ropa íntima que una mujer segura de sí misma se pondría; una mujer que supiera que su seducción sería bien recibida. Ella no era así. Acarició el encaje rojo con algo de deseo.

—No lo sé.

—Yo en tu lugar escogería el rojo, pero tengo otro juego gris oscuro que tal vez prefieras. — Caminó al otro lado del salón. Acarició el sostén rojo por última vez y Lainie anduvo de prisa detrás de la joven.

—Aquí tienes. —Olivia le mostró el sostén triunfalmente.

Era hermoso. Seda gris oscuro matizada con un poco de encaje gris claro. Lainie lo tocó. Era tan suave.

—Pruébalo.

Ella dudó.

—No estás obligada a comprar nada. Imagínate que estás en casa de una amiga y te estás midiendo su ropa. —Llevó a Lainie a un vestidor, colocó el sostén sobre una silla y se marchó.

Lainie vio el sostén con incertidumbre. Era tan distinto a la ropa íntima común que ella usaba. No era el tipo de mujer que usara prendas tan elegantes.

Pero no tenía nada de malo probárselo.

Lentamente, se encogió de hombros. Se quitó el saco y la camisa blanca un tanto masculina. Al ver su sostén blanco y sin chiste hizo una mueca y lo dejó caer sobre la silla antes de tomar el gris con reverencia.

—Ay, Dios —susurró al vérselo puesto.

—¿Está todo bien? ¿Te di la talla correcta?

—Sí. Es perfecta.

—¿Puedo ver? —Antes de que dijera algo, Olivia entró.

—Lo necesitas —decretó Olivia—. Hace que tus ojos grises luzcan tormentosos y misteriosos. Te dejaré a solas para que te vistas.

Agotada, Lainie dudó en quitarse el sostén y se puso su propia ropa aburrida.

Olivia la esperaba afuera.

—Lo necesitas. Te daré un descuento del treinta por ciento.

Había algo en su tono de voz que le dio a entender a Lainie que la vendedora quería algo más. Observó su oscura mirada. El color de ojos era diferente, pero Lainie apostó que Olivia podía analizar a una persona tan claramente como Everett.

—Me lo llevo —dijo finalmente—. Pero sin el descuento. —Ella podía pagarlo. Ser la asistente del productor más poderoso de Hollywood era complicado, pero le pagaban muy bien.

Mientras Olivia le cobraba, Lainie dijo:

—Tu tienda es hermosa.

—Gracias —sonrió Olivia.

Cuando le entregó su tarjeta de crédito, carraspeó:

—Este... tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

Se arrepintió de haber dicho aquello al ver que Olivia perdía la sonrisa.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años, pero estoy segura de que se hubiera sentido orgullosa —dijo la hija de Everett, derrotada.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. Es la primera vez que vienes a Matices Románticos. ¿Cómo diste con nosotros?

—Oí a mi jefe hablar de tu tienda.

—¿Tu jefe compra aquí?

—Bueno... no. —Hizo un gesto de dolor—. Para ser honesta, trabajo para Parker Pictures. Soy la asistente de Everett Parker.

Los labios de Olivia desaparecieron y sus cálidos ojos cafés se volvieron gélidos.

—¿Te mandó para que revisaras la tienda?

—No. No, claro que no. —Había sospechado que las cosas no marchaban bien entre Everett y su hija, pero no creyó que estuvieran tan mal—. Todo fue cosa mía. Tenía curiosidad. Me quedaré en tu casa unas cuantas semanas, y yo no sabía qué pensarías de eso, y...

—Está bien —la interrumpió Olivia.

—¿Sí?

—Sí. —Extendiendo la mano, dijo—: Soy Olivia.

Tomó la mano de Olivia.

—Lainie Adams. —Parpadeó sorprendida. Jamás se había presentado como Lainie. Sólo le decían así en privado.

Olivia le entregó una bolsita muy adornada.

—Espero que lo disfrutes.

—Gracias. —Lainie sonrió y se dio la vuelta para retirarse.

—Espera un minuto. —Olivia la detuvo.

Desconcertada, Lainie vio que Olivia se acercaba a una mesa. Parecía buscar algo. Con un endebled "Ajá" volvió con un pedazo de tela gris en la mano.

—Para ti. —Olivia alzó las pantaletas que hacían juego y las hundió en la bolsa.

—Ay, pero no puedo...

—Por favor. Es un regalo de mi parte, acéptalo.

Lainie observó la bolsa que tenía en la mano. ¿Cuándo había sido la última vez que le dieron un regalo nada más porque sí? Nunca.

Confundida, musitó un "Gracias" y se retiró.

Aún pensando en la hija de su jefe, no miró la hora hasta que regresó a su auto. Ya se le había hecho tarde para reunirse con Everett y Michael.

Hizo a un lado los pensamientos sobre Olivia y se concentró en recorrer las calles desconocidas. Las reuniones entre Parker y Michael nunca eran tranquilas. Cada uno estaba muy acostumbrado a salirse con la suya.

Cuando llegó a la Granja Pembroke no había rastro del auto de Michael. Suspiró con alivio y entró apresuradamente a la casa. Tendría oportunidad de serenarse antes de la reunión.

Abrió la puerta principal. Aparentemente nunca estaba con llave, lo cual le parecía extraño después de haber pasado toda su vida en Los Ángeles.

—Llegaste tarde.

El franco pronunciamiento la paró en seco. Se dio la vuelta y vio a Everett recargado en el marco de la puerta de la sala.

No era muy alto, tal vez medía 1.80, pero era corpulento, esbelto y musculoso a la vez, y los trajes hechos a su medida que siempre usaba le quedaban perfectos.

Lainie quería contener el rubor que sentía correr desde su pecho hasta su rostro. Remojó sus labios.

—Tuve que ir a San Francisco.

La mirada de él reposó en la diminuta bolsa color vino que colgaba en sus dedos.

—¿Fuiste a Matices Románticos?

—Sí. —Tragó saliva, preguntándose cómo iría a reaccionar.

Él vio la bolsa como si tratara de adivinar su contenido. Ella no se hubiera sorprendido de saber que el hombre tenía vista de rayos X.

Lainie se enderezó y adoptó la personalidad fría y eficiente que mostraba en el trabajo.

—La tienda es absolutamente hermosa. Su hija es la dueña, ¿verdad? Ella es maravillosa y, por lo que vi, muy exitosa. Debe estar orgulloso de ella. Ahora, si me disculpa. —Sin darle la oportunidad de decir nada, giró sobre sus tacones y subió las escaleras hasta su cuarto.

Cuando se sintió segura, puso la bolsa en el tocador y respiró profundo, abanicándose. Cada vez era más difícil mantener esa apariencia fría frente a él.

De hecho, eso la apenaba mucho. Era una mujer de cuarenta y siete años de edad, no una chica inocente que se había enamorado por primera vez.

Decir que le gustaba ese hombre era como comparar un tsunami con una ola. Nunca antes se había sentido así. No sabía ni siquiera cómo había sucedido. Si tuviera que definir un momento, podría elegir entre el segundo y el tercer año de estar trabajando para él, el día en que encontró las fotos escondidas detrás de su escritorio.

No sabía quiénes eran, pero el hecho de que las tuviera ahí, en una oficina exenta de objetos personales, demostraba lo que significaban para él. También evidenciaba la soledad que ocultaba bajo su poderoso exterior.

La misma soledad que ella ocultaba.

Lainie alisó su pelo y se hizo un chongo. No importaba cuál fuera la inspiración; estaba profunda e irrevocablemente enamorada de Everett Parker.

Sólo debía decidir qué hacer al respecto.

Se quitó la expresión del rostro, tomó su laptop y bajó. Everett la estaba esperando en la sala, sentado en una vieja silla.

Lainie acomodó su falda y se sentó frente a él. Se preparó para la reunión, consciente de su mirada.

Estaba firme en su asiento cuando de pronto él le dijo:

—En verdad, Elaine, debo decirte que me sorprende que hayas ido a la boutique de Olivia.

—No entiendo por qué —respondió con su voz más parca.

—¿Y qué te pareció?

—Olivia es toda una mujer de negocios. Te ve y al instante sabe qué mostrarte. Como si pudiera ver el lado débil de uno.

—¿Y ella ya encontró tu lado débil?

—Por supuesto —dijo de manera tajante, sin permitirse analizar el verdadero significado de la pregunta—. Es astuta y encantadora. De hecho se parece mucho a ti.

—Hmm.

Tratando de ignorar su perturbador escrutinio, Lainie encendió su laptop.

—Su novio parece estar muy enamorado de ella.

—¿Su novio?

Lainie alzó la mirada al notar un dejo de inquietud en su voz.

—Sí. Hacen bonita pareja, ambos son muy altos y bien parecidos.

—Ya veo.

Antes de que dijera algo más, se abrió la puerta principal y Michael entró apresuradamente.

A Lainie le agradaba Michael Wallace. No era un divo como muchos de los directores con los que debía lidiar. A menudo la gente malinterpretaba su actitud y lo tachaba de irracional, pero él conocía su trabajo y hacía todo lo posible para lograr sus altísimas metas.

—Parker —dijo Michael bruscamente y movió la cabeza para saludarla a ella. Se sentó en el

sillón junto a la mujer y se inclinó hacia enfrente—. Tenemos un problema.

Lainie vio su pantalla y abrió sus notas sobre el proyecto Amor Desatado. La historia de una actriz acabada que vuelve a casa. Descubre que ama al chico que dejó atrás. El papel de Ángela interpretado por Sophie Martineau.

Lainie internamente hizo una mueca de dolor. Sophie no era la actriz más cooperativa de Hollywood. No se sorprendería si la Martineau se convertía en un problema.

—Cuéntame —dijo Everett.

—Tenemos que encontrar una nueva locación para la película. El equipo llega el fin de semana y el horario de la producción no nos da mucho margen para maniobrar.

—Filmaremos en la Granja Pembroke. —El tono de Parker no daba lugar a ningún regateo.

Michael se endureció. Lainie sintió pena por él. No debía de ser fácil que alguien te dictara qué hacer en tu propio trabajo.

—Esto no funcionará —insistió Michael.

—Tendrás que hacerlo funcionar. Recuerda que tenemos un trato —dijo Everett en voz baja.

Lainie frunció el ceño. ¿Qué trato? Ella no sabía nada de ningún trato.

—No me jodas. —Michael se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro.

Lainie miró a los dos hombres sin saber qué sucedía. Había algo que ella no entendía.

El joven director encaró abruptamente a su jefe.

—No puedes hacerle esto. No te conformas con filmar en su ciudad, ¿también quieres hacerlo en su casa? ¿Qué clase de monstruo eres?

—¿Crees que a ella le importará? —preguntó Everett.

—Claro que le importará. Si no lo crees, entonces no conoces a tu hija en absoluto. O quizás a ti no te importa. —Michael salió arrebatadamente por la puerta con un feroz portazo.

Ahora sabía de quién hablaban. ¿Pero por qué Michael conocía a Olivia? ¿Y qué tramaba Everett?

—Michael está molesto —observó en voz baja, sin mirar el ceño fruncido de Everett.

—Ya se le pasará.

—No entiendo por qué no quiere filmar Amor Desatado aquí. —No quería parecer entrometida pero, conociendo a Everett, sabía que él ya había adivinado sus intenciones.

—Él y Olivia tuvieron una relación hace tiempo.

—Ah. —No pudo evitar que la boca se le abriera hasta el piso. Esto prestaba una nueva dimensión a la situación. Lo único que quedaba por resolver era qué tramaba Everett y, definitivamente, ella sabía que se traía algo entre manos.

CAPÍTULO OCHO

LAUREL HEIGHTS ERA una de las áreas residenciales más bonitas de San Francisco. A pesar de su gente de mente cerrada, sus mujeres elegantemente vestidas y sus perritos de pedigree. Era como un Los Ángeles menos presuntuoso.

Michael estacionó su auto rentado y descendió inspeccionando todo aquel lugar. No podía creer que Olivia hubiera terminado por abrir una tienda ahí. Difícil comparar a la mujer que era ahora, con la chica que había dejado once años atrás.

Pero él también era diferente. Vender el alma al diablo cambia a la gente.

¿Qué se suponía que debía haber hecho? Si no fuera por Parker, aún estaría tratando de entrar al mundo del cine.

Había sido un sueño hecho realidad. No recordaba un momento en el que no hubiera querido hacer películas; desde aquella Navidad cuando tenía seis años y le regalaron su primera cámara Súper 8 de segunda mano. Lo demás era historia.

Ahora deseaba que esta cinta fuera ya parte de su pasado.

Todo lo que tenía que ver con Amor Desatado estaba mal; desde la historia hasta el elenco y la locación. Deslizó la mano por su pelo. Por si no fuera suficiente, tenía que lidiar con su regreso al norte de California y ver a Olivia, además de tener que dirigir a Sophie Martineau, lo cual garantizaba su ingreso al manicomio. Al principio de sus carreras habían trabajado juntos, y no había sido una experiencia que él quisiera repetir. Jamás.

Parker lo sabía, pero el hombre ni siquiera había intentado ser sutil. Toda la película era un montaje. ¿Una historia sobre una actriz acabada que volvía a casa para reencontrarse con su amor del colegio? Por favor. ¿Sophie Martineau en el rol estelar? Cualquier posibilidad de cumplir con un horario y un presupuesto debía descartarse desde el principio. ¿Y filmar en la granja de la abuela Mae?

¿Pero un montaje para qué? ¿Para fracasar?

Fracasar significaba perder poder en Parker Pictures.

Michael meneó la cabeza mirando la fachada de Matices Románticos al final de la cuadra. Nada parecía tener lógica. Parker buscaba algo más.

YA HABRÍA tiempo para descubrirlo más adelante. Ahora tenía que concentrarse en el asunto a tratar: Olivia. Metió su mano en el bolsillo, tocó el medallón y se dirigió a Matices Románticos.

Abrió la puerta de la tienda de Olivia y entró. Vio el mostrador, esperando encontrar a Olivia, pero no había rastro de nadie.

La primera vez que entró se había concentrado tanto en Olivia que no reparó en el lugar. Esta

vez tomó su tiempo para observar el local y asimilar su ambientación.

Había un par de sillas forradas de terciopelo separadas por una mesa baja, llena de toda clase de revistas, desde moda hasta automóviles. Los estantes y las mesas exhibían toda clase de ropa íntima, desde lo práctico hasta lo seductor, en una amplia gama de colores. El olor de algunas flores cosquilleó su nariz, pero era leve, casi imperceptible.

Era comfortable.

En otros tiempos él también había comprado mucha lencería para sus novias, y nunca se había sentido cómodo en una tienda de ropa íntima. Ésta era una tienda en la que sí disfrutaría comprar. Se acercó a una mesa y tomó una botella. “Cubierta de chocolate para amantes”, leyó.

¿A Olivia le gustaban estas cosas? La visualizó, la desnudó; con su pelo alocado enredado y sus ojos llenos de intención. Ella gateaba hacia él con el frasco de chocolate abierto. Se detenía, se arrodillaba entre sus piernas y metía un dedo en el frasco. Lentamente, sin despegarle la mirada, le untaba chocolate en su abdomen. Agachándose, le lamía una ruta desde el ombligo hasta el...

—¿Qué haces aquí?

La abrupta pregunta lo sacó de su fantasía. Michael alzó la mirada y vio que Olivia salía entre las cortinas de terciopelo color vino.

Llevaba una camiseta blanca lo suficientemente delgada para mostrar la forma de sus pezones. Él había fantaseado sobre todo eso. Debió mejor haber imaginado que él lamía el chocolate esparcido en sus magníficos senos.

—¿Qué haces aquí? —insistió.

Soñando con hacértelo con la lengua hasta que grites.

—Tengo que hablar contigo —carraspeó.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo categórica. Luego se fue caminando con las manos llenas de mercancía nueva.

—¿Te ayudo con eso?

—Ayúdame largándote de mi tienda. —Dejó la ropa sobre una mesa, hizo a un lado la mercancía vieja y acomodó la nueva en su lugar.

Las pantaletas que estaban en la mesa llamaron su atención. Miró su vientre. En el bachillerato, ella sólo se ponía bikinis blancos. ¿Ahora qué usaría?

No pudo evitarlo. Como si estuvieran en un trance, revisó toda la tienda sin detenerse hasta que estuvo a unos centímetros de ella. Se aproximó hasta que rozaron los brazos.

Olivia brincó.

—¿Qué estás haciendo?

Alcanzó una tanga y le dio vueltas en el aire con el índice.

—¿Tú te pones estas cosas?

—No toques mi lencería. —Le arrebató el pedacito de encaje.

Su mirada cayó sobre sus labios. Una necesidad irracional de ver cuánto de su labial oscuro podría estropear brotó dentro de él.

—Antes no te molestaba.

—Antes mis estándares eran más bajos.

—Eso duele.

Olivia le puso una mano en el pecho y lo empujó.

—Sal de mi tienda, y sal de mi vida.

—¿Crees que formo parte de tu vida?

Su mirada se agudizó, pero la ira que encendía sus ojos no podía pasar desapercibida.

—Entonces vienes a comprar algo. ¿Para tu novia? A menos de que te hayas hecho travesti. Si es el caso, tengo un camisón de satín muy hermoso que le haría mucho bien a tu silueta.

La rabia en sus ojos lo derrotó. Se metió las manos en los bolsillos y dijo suavemente:

—Olivia, no vine a pelearme contigo. Sólo vengo a decirte que lo siento. Esto no fue idea mía. Si pudiera cambiar la locación, lo haría.

—Pero no puedes porque eres el perro fiel de mi padre.

Él no sabía qué se le antojaba más: sacudirla o besar sus labios carnosos.

—Lo cierto es que estoy tan molesto como tú, nena. ¿Realmente crees que quiero estar cerca de ti?

Él vio cómo puso su dedo justo en la lla, tal como se lo había propuesto. Sorpresivamente, en vez de la satisfacción que esperaba sentir, sintió remordimiento.

—Entendido. —Sus mejillas enrojecidas traicionaban al tono tranquilo de su voz—. Entonces no me quites el tiempo.

Impresionado por el contoneo de su trasero, Michael la vio desaparecer en la trastienda.

—Rayos. —Se hizo el pelo hacia atrás. Las cosas no habían salido como había previsto. De todos modos, con respecto a Olivia, nada parecía salirle bien.

CAPÍTULO NUEVE

SIN PRESTAR mucha atención al ajetreo de la mañana que había en la cafetería, Parker estudió al hombre que estaba frente a él. No podía detectarle ni un solo error.

Eso a él no le gustaba.

Rick Clancy se recargó en su silla, sorbió su café y volvió a fijarse en la mirada calculadora de Parker.

—¿Por qué no me dices cómo puedo ayudarte?

—Tengo un asunto que necesito averiguar. Discretamente.

—La discreción es parte del negocio —asintió Clancy con la cabeza.

—Tengo motivos para creer que hay información sobre la empresa que está siendo filtrada a los medios. Periódicos y revistas. —Parker se detuvo para observar la reacción de Clancy. La expresión del hombre no dejaba filtrar ni un solo pensamiento—. Estoy seguro de que comprendes que, en un negocio como el mío, esto puede ser desastroso. Los chismes de una película pueden afectar drásticamente el resultado de su lanzamiento.

—Eso es comprensible —acordó Clancy—. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que investigues. La compensación será más que adecuada. —Dijo una cantidad y sintió que había tenido éxito cuando el rostro de Clancy se llenó de sorpresa genuina.

—Supongo que es adecuado —dijo Clancy inexpressivamente.

—¿Tomarás el caso?

Clancy lo estudió.

Parker lo miró con calma, bebiendo su café. No esperaba que Clancy fuera tan mesurado. La mayoría de la gente hacía cualquier cosa si el precio era correcto, pero presentía que el dinero no era lo que motivaba a este hombre. Debió haber hecho mejor su tarea, pero la reacción lo había desconcertado y debía actuar rápidamente.

Finalmente, Clancy consintió.

—Acepto.

Parker no se permitió mostrar su alivio.

—Bien. ¿Puedes empezar inmediatamente?

—Creo que puedo acomodar mis casos y mis horarios para brindarte el servicio. ¿Tienes algún sospechoso?

—Elaine Adams.

—¿Y ella es...?

—Mi asistente. —Sintió un extraño dejo de culpa. No había persona más fiel que Elaine. Sugerir que ella podría ser lo contrario se sentía como una traición.

No había razón para que ella se enterara. Enviaría a Clancy a esta misión de tontos. Clancy

trabajaría a su ritmo unas semanas, lo cual garantizaría que no tendría tiempo para ver a Olivia, y al final no encontraría pruebas para sostener las acusaciones de Parker.

Y Elaine jamás se enteraría de tal indagatoria.

—¿Por qué sospechas de la señorita Adams? —preguntó Clancy.

Parker hubiera esperado que la otra persona tomaría notas. Clancy no lo hacía; por lo tanto, o era demasiado inteligente o muy tonto. Parker dudaba de lo segundo.

—Hace poco empecé a sospechar. Elaine es la única, aparte de mí, que tiene acceso a la información.

—¿Por qué yo?

Parker no fingió confusión.

—Me dijeron que eres el mejor.

—Crea fama y échate a dormir.

—También consideré el hecho de que vamos a estar en el área de la Bahía unas semanas. Dado que eres de aquí, pensé que serías la mejor opción.

—¿Entonces esto no tiene nada que ver con Olivia?

La taza de Parker se detuvo por un momento cerca de su boca. No quiso engañarse: Clancy se había dado cuenta de que había metido de pata.

—¿Por qué tendría esto que ver con Olivia?

—No lo sé, pero presiento que sí tiene que ver. —Clancy se encogió de hombros.

—¿Olivia me ha mencionado?

—No. Hice mi tarea después de que me llamaste. Olivia se cierra cada vez que oye tu nombre.

—Esto no tiene nada que ver con Olivia —mintió. Tenía todo que ver con Olivia. Todo era sobre Olivia.

Cuando puso su plan en marcha, no había anticipado que ella tendría novio. Eso alteraba seriamente su labor. Tenía que asegurarse de que Clancy no sería un estorbo para que Olivia pudiera reconciliarse con Michael.

Su hija era la única razón para que él pudiera justificar echar a Clancy encima de Elaine. Cuestionar su lealtad le parecía de muy mal gusto.

Aunque su asistente sí estaba ocultándole algo.

Lo comprendió cuando ella había vuelto de hacer sus pendientes con una bolsa de Matices Románticos. Ella tenía un secreto. Él no estaba seguro si le había impresionado más que tuviera un secreto, o que hubiera comprado algo en la tienda de Olivia.

Por supuesto, Elaine no estaba obligada a confiar en él, y ella podía comprar lo que quisiera. Pero, según Mae, Olivia vendía lencería sensual y fina. ¿Eso era lo que Elaine llevaba puesto debajo de sus austeros trajes?

Ya no se acordaba del número de veces en los últimos días en que se había preguntado qué habría en esa bolsita. Cada vez que Elaine entraba a la oficina, no podía evitar ver su cuerpo, buscar una señal, una huella de lo que llevaba puesto debajo de la ropa.

Era una locura. No podía creer que la estuviera desvistiendo mentalmente. Era su asistente, por Dios.

Clancy bebió sus últimas gotas de café.

—Yo me encargo. Supongo que quieres reportes periódicamente.

—Sí. Aunque quiero enfatizar que necesito discreción absoluta.

—Por supuesto. —Clancy extendió sus largas piernas, se puso de pie y extendió la mano—. Estaré en contacto, Sr. Parker.

—Gracias. —Parker se puso de pie y estrechó la mano de Clancy. Su apretón fue seguro y firme. Increíble. Se había preparado para no soportar a Clancy, pero cada aspecto de aquel hombre le hacía imposible sentir otra cosa que no fuera admiración.

Parker vio a Clancy llevar su taza a la barra e intercambiar unas cuantas palabras con la rubia guapa que estaba en la caja. Cuando ella volteó a verlo con curiosidad, se preguntó de qué estarían hablando. Clancy le plantó un beso en la mejilla izquierda.

Parker se tomó su café, esperando sentir satisfacción con el plan ya en marcha. Sólo sintió una vaga intranquilidad.

Pero Elaine no lo descubriría, y el fin justifica los medios.

CAPÍTULO DIEZ

—GWEN, realmente creo que debes pensarlo dos veces —dijo Eve recargándose en el sillón y estirando las piernas.

Olivia sonrió divertida mientras acomodaba los cojines para recargarse.

—Lo que Eve quiere decir, Gwen, es que hacerle un homenaje a The Grateful Dead no es precisamente el rumbo que debes tomar para tu tienda de arte.

Gwen frunció el ceño y torció los ojos para ver a Olivia.

—¿Estás segura? Yo creo que vendería muy bien.

—El tema tribal que presentaste en tu inauguración fue espectacular. Pero no creo que poner calabazas y flores pálidas esté al mismo niveau.

Gwen asintió con la cabeza lentamente, asimilando el consejo.

—¿Niveau? —preguntó Lainie con una expresión de confusión.

—Nivel —explicó Gwen sin prestar atención.

Olivia arqueó una ceja. No sabía que Gwen hablara francés.

—Ah. —Lainie señaló las lámparas que iluminaban el cuarto—. ¿También las diseñaste?

—Sí.

Lainie se inclinó para ver más de cerca.

—Son muy bonitas.

Había pasado más de una semana desde que Lainie entrara a Matices Románticos. Esa tarde, Olivia se la había encontrado cuando iba a casa, y, por impulso, la había invitado a que se les uniera.

Se había preguntado si Lainie encajaría bien con su grupo de amigas, al ser tan reservada. Después de una copa de vino, ya se había quitado los zapatos, acomodado las piernas debajo de su cuerpo para sentarse y se había acurrucado en una de las orillas del sillón. Participó en la conversación tímidamente, pero fue más encantadora que crítica. A Eve y Gwen ciertamente les cayó bien. Había algo agradable en ella, algo que las hizo querer adoptarla y protegerla.

Al mismo tiempo, Olivia sabía, sin duda, que Lainie ocultaba algo. Y no entendía qué podría ser.

—¿Entonces crees que debo hacer algo más clásico? —Gwen se dirigió a Olivia.

—Con más clase. Tu tienda está en Laurel Heights. Tienes que distinguirte de los artesanos. Creo que tu arte podría ponerse de moda. Podrías cobrar mucho en cuanto empieces a ser reconocida.

—No quiero que mi nombre se convierta en algo público. Al menos no mucho.

—Pero sí quieres que te reconozcan por la belleza de tu arte.

—Sí.

Olivia asintió con la cabeza.

—Pero la idea de la apertura en grande es estupenda. No la descartes.

—Me encantaría ayudarte con los bocadillos —ofreció Eve.

—Mejor hablemos de otra cosa —dijo Gwen—. Lainie debe de estar aburrida.

—En absoluto. Por mí no dejen de tramar —negó con la cabeza Lainie.

—Olivia ni siquiera ha comenzado —dijo Eve—. Ella puede tramar mejor que John Grisham.

Gwen se sirvió un poco de vino y le ofreció a Lainie.

—Yo no dije que Olivia no pudiera tramar, pero debemos hablar de otra cosa que no sea trabajo. Sigamos con la reunión de amigas.

—¿Qué suelen hacer en una reunión de amigas? —preguntó Lainie, extendiendo su copa.

—Supongo que las cosas que las chicas solemos hacer —Gwen se encogió de hombros.

Eve también le acercó la copa para que se la llenara de nuevo.

—Comer, beber y hablar de hombres.

—Hace mucho que no tengo una reunión de amigas —admitió Lainie—. Trabajar en Parker Pictures no me deja mucho tiempo libre.

Olivia gruñó. Por supuesto que no. Su padre era exigente. Ya se imaginaba cómo sería el horario de Lainie. Esperaba que al menos la mujer recibiera un pago de lujo.

Eve le dio unas palmadas a Lainie en la rodilla.

—Qué bueno que pudiste venir con nosotras.

—Bueno, ya basta. —Gwen golpeó la almohada que tenía en su regazo—. Hablemos de hombres.

—¿Qué con los hombres? —La ceja de Lainie se arqueó.

—Bueno, por lo general Eve nos dice lo guapísimo que es su esposo, y todas babeamos de envidia —rio Olivia.

—A propósito de guapísimo, vi a un muchacho en la tienda de Olivia —se emocionó Gwen, con sus bucles rebotándole en la cara.

—¿Cuál muchacho? —preguntó Eve.

—Parecía un dios del surf. Es alto y bronceado y hermoso. —Gwen torció los ojos como si escuchara una rapsodia—. Tiene pelo ondulado del color de la miel sobre un pan francés...

—Entonces se parece a Michael Wallace —dijo Lainie—. El director de la película.

—Es un semental —suspiró Gwen.

—Es un idiota —le advirtió Olivia a Gwen—. No te le acerques, por tu propio bien.

Eve la fusiló con la mirada. Olivia se encogió de hombros como respuesta. Le preocupaba el bienestar de Gwen. No quería que su amiga fuera seducida por las dulces palabras de Michael. No tenía nada que ver con la idea de ver juntos a Gwen y Michael. Claro que no.

Lainie abrió los ojos al máximo.

—¿Desde cuándo conoces a Michael?

—Desde hace muchísimo tiempo.

—¿Y tú, Lainie? —preguntó Eve rápidamente—. ¿Tienes a alguien especial esperándote en casa?

Lainie se sonrojó.

—No. No hay nadie.

Felizmente, Eve alejó la conversación de Michael, pero Olivia se acercó a Lainie y estudiándola le dijo:

—Te ves como si fueras culpable. Sí hay alguien, ¿verdad?

—Más vale que confieses —sonrió Gwen—. Te va a sacar la verdad de todos modos.
—Olivia es muy persistente —agregó Eve.
La mirada de Lainie recorrió a cada una.
—Okey, hay un hombre que me interesa.
—¡Detalles! Queremos detalles —se acercó Gwen.
—En sí no hay mucho qué decir. Él no sabe que estoy viva.
—Entonces debe de ser un idiota —dijo Olivia.
La cabeza de Lainie se alzó de golpe y sus ojos brillaron.
—No lo es. Es muy inteligente. Y muy amable, a pesar de lo que la gente piensa de él.
Olivia alzó los ojos al cielo.
—¿Entonces por qué no te hace caso?
—No soy su tipo.
—Tú eres el tipo de cualquier hombre, Lainie —dijo Eve—. Si alguien te dice lo contrario, no le creas.
—Soy muy gris. —Lainie meneó la cabeza.
—No tienes por qué serlo —dijo Olivia—. Creo que te escondes bajo esos trajes de lana.
Debajo de tanto gris, hay una persona que quiere usar encaje rojo.
—Tu belleza es como de princesa —dijo Gwen—. Qué no daría por tener esa piel aperlada.
Y tu pelo brillante y liso. —Levantó uno de sus rizos.
—Todo eso podrías mostrarlo por fuera —asintió Eve.
Lainie parecía temer esa esperanza repentina.
—¿Tú crees?
Olivia le dio unas palmaditas en el brazo.
—Dame una tarde y ese hombre babeará por ti.
—Olivia no nos ha dicho con quién está saliendo —dijo de pronto Lainie.
Vaya novedad. No sabía que estuviera saliendo con alguien.
—¿Yo salgo con alguien?
—El muchacho con el que cenaste la semana pasada.
—¿Nos estás ocultando algo? —incitó Eve.
—El único muchacho con el que cené fue Rick —rio al comprender que eso era lo que quería decir Lainie—. No salgo con él. Es sólo un amigo.
Fue cómico ver cómo se le cayó la cara a Lainie. Casi se sintió mal por haber roto su ilusión.
—Rick es guapo —sonrió Eve—. No tanto como Treat —corrigió lealmente.
Gwen fingió atragantarse.
—Dinos lo que verdaderamente sientes —dijo Olivia, tomando un pedazo de queso.
—¿Cómo es el hombre que te gusta? —le preguntó Eve a Lainie.
—Es guapo, no debilucho como muchas estrellas de Hollywood, es muy talentoso. Tiene pelo oscuro y abundante, con canas en las patillas. Sus ojos son pálidos pero sensuales al mismo tiempo. Y cuando te ve, sientes escalofríos.
Olivia escuchó a Eve y a Gwen suspirar junto con Lainie, pero ella no podía decir ni pío. Se quedó helada en su sitio. Lainie le acababa de describir a su padre.
Ése era el secreto de Lainie.
Olivia parpadeó un par de veces y bebió un poco de agua para equilibrarse. No sabía qué decir acerca de esta repentina revelación.
Al sentir que todas la estaban viendo, levantó los ojos. Lainie la miraba con expresión de aflicción: Olivia había comprendido quién era el objeto de su deseo.

—Qué romántico —suspiró Gwen—. Me da envidia. Nunca me he sentido así por alguien. Eve torció los ojos.

—Ustedes aún tienen tiempo. ¿Cuántos años tienen? ¿Treinta?

—Yo tengo treinta y cuatro.

—No eres ninguna solterona —dijo Lainie—. Yo tengo cuarenta y siete.

Olivia hizo cuentas en su cabeza. Doce años menor que Parker. ¿A su padre le importaría eso? ¿Le importaría a ella?

El resto de la noche quedó ensombrecido por sus pensamientos. Menos mal que Eve debía trabajar en la mañana: terminaron la reunión temprano.

Lainie debió de percibir su estado de ánimo, porque no dijo nada en el camino a la casa. Hasta que estuvieron a unos minutos de la granja. Entonces se dirigió a ella y dijo abruptamente:

—Tú lo sabes, ¿verdad?

Olivia la miró. No tenía la energía para fingir que no sabía de qué estaba hablando Lainie.

—Creo que sí.

—No te gusta, ¿verdad?

—No sé qué pensar. —Se estacionó en el lugar acostumbrado y apagó el motor. Abrió la puerta, sacó las piernas y sintió que la mano de Lainie la detenía del brazo.

—Tú no lo conoces.

—¿Y trabajar con él te dio la posibilidad de analizar su mente retorcida? —Sacudió el brazo para librarse de la mano de Lainie.

—Tiene una foto tuya escondida en su escritorio.

Olivia se detuvo, con medio cuerpo afuera del auto. Se sentó de nuevo y volteó para encarar a la mujer.

—¿Qué?

Lainie asintió con la cabeza.

—La hallé por accidente hace unos años. Creo que fue entonces cuando me enamoré de él. Es muy reservado, no se junta con nadie. Pero luego, cuando vi esa foto...

Olivia frunció el ceño. Como si la imagen significara algo.

Lainie se acercó a ella y tomó su mano con sus frías manos.

—Cuando la vi, entendí su soledad. Él la esconde, así como esconde tu foto, pero de todos modos, ahí está.

Olivia frotó los puntos de su cabeza que le dolían.

—No entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Es evidente que tiene que ver contigo.

—No, no es así. Esto es sobre ti y tu interés por Parker.

—No es interés. Estoy enamorada de él.

Olivia la miró fijamente. Las mejillas de la mujer se sonrojaron al máximo y el pelo se le salía de su estirado chongo en la base del cuello. Ardiendo de pasión, Elaine lucía viva, como si alguien le hubiera insuflado el alma.

Ésta no era la misma mujer que había entrado a Matices Románticos y con deseo había tocado, con la punta de los dedos, un sostén de encaje que pensó que nunca debería ser suyo.

Olivia no le desearía ese bastardo de su padre a su peor enemiga, mucho menos a alguien a quien apreciaba; pero la esperanza que iluminaba el rostro de Lainie hacía imposible decir algo negativo. Además, ella sabía mejor que nadie que lo que uno quiere no siempre es lo más inteligente. Pero no por eso deja uno de desearlo.

—Okey —soltó un suspiro.

—¿Okey? —Lainie frunció el ceño.

—Yo te ayudaré.

La dicha que iluminó los ojos de Lainie provocaba dolor. Por eso Olivia se sintió más decidida a ver que Lainie lograra su meta.

Y pobre de Everett Parker si le rompía el corazón.

—DEBO APRENDER A LEER LOS LABIOS —murmuró Rick, espiando a Olivia y a Elaine Adams. O bien, podría comprarse ese sofisticado dispositivo que había visto en la semana para escuchar conversaciones.

La puerta de Olivia se abrió y empezó a salir del auto, pero la Srita. Adams dijo algo que la obligó a retroceder de inmediato.

Con la luz interior encendida, él podía verlas claramente. Fuera cual fuera el tema de su conversación, no era un asunto agradable. No estaban discutiendo, pero tampoco parecían muy felices. Especialmente Olivia.

Frunció el ceño, viendo cómo ella frotaba su frente. A él no le gustaba esto. Para nada. Olivia era magnífica. Ella no merecía este lío.

Cuando Everett Parker le ofreció este trabajo, no había duda para Rick de que todo era falso. Sus instintos, en los que siempre confiaba, le decían que Parker no le había contado toda la verdad.

Ahora ya no estaba tan seguro.

Recordó haber visto a la Srita. Adams en la tienda de Olivia, una semana antes. No había reparado mucho en ella entonces, pero, pensándolo bien, la mujer había estado demasiado interesada en la conversación entre él y Olivia. Y esta noche había acompañado a Olivia a la casa de Gwendolyn Pierce. ¿Coincidencia?

Rick sacudió la cabeza. Las coincidencias no existen. Según él, Elaine Adams no tenía ningún motivo para estar tan cerca de Olivia. Ella había llegado para trabajar, no para socializar.

A menos de que quisiera algo.

Por rutina había revisado los antecedentes de Parker, lo que significaba que tendría que investigar también a Olivia, dado que estaba irrevocablemente vinculada a él.

Olivia no se alegraría si supiera que él iba a escarbar su pasado, especialmente si supiera todo lo que él era capaz de descubrir. Bebió el resto de su café frío, hizo una mueca y desbarató el vaso de cartón con el puño.

Había mucha evidencia circunstancial. Pero había que considerar que en este embrollo estaba uno de los hombres más poderosos de Hollywood; su hija, que no tenía relación con él; su vínculo con el director más importante del momento y la probabilidad de que ella hubiera estado embarazada de él...

Rick meneó la cabeza. Sólo podía llegar a una conclusión: una jugosa historia para un tabloide y mucho dinero para la persona que diera la primicia.

Él no podía permitir que eso sucediera. Olivia no se merecía eso.

Sin embargo el por qué era lo que le intrigaba. Elaine Adams no tenía un motivo. Por lo que él podía deducir, ella no se metía en asuntos ajenos. No tenía grandes deudas. De hecho, ella había ahorrado un poco de dinero. ¿Por qué estaría vendiendo secretos comerciales a la prensa?

Olivia dijo algo que provocó una sonrisa en la Srita. Adams. Él parpadeó. De hecho la mujer era bonita, a pesar de la falta de maquillaje y de la ropa holgada que traía puesta.

¿Qué sería lo que había provocado tanto entusiasmo en la señorita Adams?

Él lo averiguaría. De eso no cabía duda.

CAPÍTULO ONCE

CON UN QUEJIDO SUAVE, Olivia abrió los ojos y vio el reloj. Eran las siete. Gruñó de nuevo, sin ganas de levantarse.

Un momento... era domingo; la tienda no abría los domingos. Felizmente se acurrucó entre las cobijas.

Se estaba quedando dormida cuando un golpeteo molesto y rítmico la despertó de nuevo. Venía de la ventana. Enterró la cabeza debajo de la almohada, apretó los ojos y trató de conciliar el sueño.

El golpeteo persistió.

Luego se intensificó.

Hizo a un lado las cobijas y se dirigió a la ventana. La abrió y se inclinó ante el aire fresco de la mañana.

—¿Qué demonios está pasando?

Dos hombres levantaron la mirada. Los había sacado de concentración; el que traía el martillo lo dejó caer sobre su dedo en vez de la madera. El otro abrió y cerró la boca como pez fuera del agua. Los dos parecían venados encandilados.

—¿Alguien me puede responder?

—Estamos construyendo un set —musitó finalmente el segundo.

La película. Por supuesto. Qué tonta había sido al suponer que no estarían trabajando en domingo. Maldito Michael y su padre.

Les lanzó una mirada malvada, cerró la puerta de golpe y volvió a sumirse en la cama. Temblando, cubrió su cabeza con la colcha, pero seguía escuchando los golpes del martillo.

Gruñó y se enterró más en las sábanas. Tardó veinte minutos antes de aceptar que no podría dormir más.

Por segunda vez en la mañana hizo a un lado las cobijas y se sentó. Resignada, se talló los ojos adormecidos y se levantó de la cama. Caminó como zombi y siguió el aroma a café que venía de la cocina.

—Gracias, abuela —dijo cuando vio la jarra llena junto a la estufa. Se sirvió una taza, la llenó de azúcar morena y se sentó en la cocina.

Sorbió su café; decidió darse un baño y luego comer junto al lago. Podría sentarse bajo el sol a leer. Lo mejor de todo es que nadie la molestaría allí. Con un poco de suerte, lograría evitar a todos. La abuela muy probablemente ya trabajaba en su jardín. Su padre tal vez estaba por ahí, tratando de incrementar su fortuna, y Michael cumpliendo su voluntad.

A ella no le importaba nada de eso, decidió mientras se ponía de pie. Siempre y cuando ninguno de los dos se le acercara. Especialmente Michael.

En el baño, le puso el tapón a la tina y la llenó con agua caliente; agregó una generosa cantidad de jabón al agua para formar burbujas. Se desnudó, entró poco a poco al agua caliente y cerró la llave cuando el nivel del agua era suficiente.

Cerró los ojos, tratando de crear paz, pero se entrometían pensamientos sobre Michael. Pensaba en lo sexy que lucía ahora. Y en lo intenso que era. Y cómo sintió, cuando él la estaba viendo, que él quería lamer cada centímetro de su cuerpo.

—Deja de pensar en él —musitó, y cerró los ojos.

La puerta del baño se abrió.

Abrió los ojos. Michael estaba parado en la puerta, como si acabara de salir de su fantasía y hubiera entrado al baño.

—Me estoy bañando —dijo estúpidamente. Cruzó un brazo para taparse los senos y esconderlos de su ávida mirada.

—Sí, te estás bañando. —Su mirada cayó sobre la tina de baño.

—Sal de aquí —ordenó con su brazo libre.

—Mae dijo que podía usar el baño.

—Escoge otro.

—Pero éste me gusta. Tiene muchos atributos. —Entró y se sentó en la tapa del excusado.

—¿No acabo de decirte que te vayas? —preguntó incrédula. No podía enfrentarlo desnuda. Se sentía vulnerable.

Okey... también excitada. ¿Cómo podía evitarlo, con esa mirada penetrante con la que él la observaba? Pero también la hizo enojar.

Michael metió una mano en la tina; sus dedos rozaron el muslo.

—El agua está fría. ¿Te la caliente?

Ella golpeó su mano.

—Tú no me calentarás nada.

—¿Dónde está tu patito de hule?

Olivia arrugó la frente ante el abrupto cambio de tema.

—No tengo un patito de hule.

—¿Por qué no? Quisiste uno desde el primer día que viste a Enrique en Plaza Sésamo dándose un baño con el suyo. ¿Recuerdas?

—Lo único que recuerdo es que jurabas que el monstruo comegalletas dormía debajo de tu cama todas las noches.

—Supongo que eso hubiera sido complicado logísticamente —sonrió como niño.

Ella miró su cara fijamente; los recuerdos de su amistad acariciaron su memoria, y su corazón dio un vuelco.

No... no podría caer en lo mismo otra vez.

Pero antes de que pudiera exigirle que se retirara, él juntó unas burbujas de jabón y las untó en su nariz.

—Tengo que trabajar. Te veré después.

Olivia se quitó las burbujas de un manotazo. Incluso se talló ahí con la toalla, pero siguió sintiendo el roce de su mano durante todo el tiempo que duró su baño.

CAPÍTULO DOCE

—YO CREO QUE SOY MASOQUISTA. —Michael esperó a que el universo le diera una respuesta afirmativa. El silencio que predominó en el ambiente se lo dijo todo.

Bajó el cerro de lado hasta el Estanque de las Ranas. Debía estar supervisando al equipo de rodaje. En vez de ello, caminaba por el campo para ver a Olivia.

Ni siquiera estaba seguro de que ella andaría por ahí. La abuela Mae le había dicho que Olivia había ido a disfrutar un día de campo. Michael asumió que éste seguiría siendo su lugar favorito, después de tantos años.

La Granja Pembroke tenía tres estanques distintos, además de tres jardines. Mae alguna vez le había dicho que el número tres era mágico.

En mucho tiempo, él no había creído en la magia.

Michael llegó a la cima de la siguiente colina y comenzó a bajar. Él y Olivia le habían puesto el nombre al estanque cuando eran niños, porque ahí siempre atrapaban ranas. Casi podía escuchar sus risas infantiles.

Ahí estaba ella, sentada con la espalda recargada en un árbol, leyendo, igual que cuando era pequeña. Pero ya no era una niña.

Y vaya que había crecido de una manera formidable.

Casi se le había caído la lengua cuando abrió la puerta del baño y la encontró en la tina aquella mañana, cubierta sólo por una capa incandescente de burbujas. Incluso ahora que vestía jeans y suéter ajustado, sus manos ansiaban tocarla.

Ella debió presentirlo. Volteó y acomodó su libro sobre su regazo. Él pudo ver cómo sus cejas se unían. No podía culparla; él tampoco estaba seguro de por qué había ido a buscarla.

—Hola. —Michael se detuvo cuando pisó la orilla de su manta. Asintió con la cabeza al ver su canasta—. ¿Está rico tu día de campo?

Ella lo miró usando la mano para cubrirse del sol.

—Estaba.

—Comprendo. Voy a decir lo que tengo que decir y me iré enseguida.

—Por favor. —Su sonrisa fue tan genuina como el Rolex que había comprado en la calle la última vez que estuvo en Manhattan.

—Vengo a decirte que lo siento.

—¿Qué? —frunció el ceño.

—Siento haberte interrumpido esta mañana. No era mi intención.

—¿No?

Él tono de sospecha de su voz lo molestó. Se acomodó el pelo hacia atrás.

—Por supuesto que no. ¿Quién crees que soy?

—Realmente no lo sé.

Ella estaba diciendo la verdad; él lo entendía con toda claridad.

Hubo una vez en que Olivia lo conocía mejor que nadie. Incluso mejor que él mismo. Se sintió triste y un tanto perdido.

Dio un paso hacia atrás.

—Para que te sirva de consuelo, hoy debieron de terminar los sets, así es que ya no vas a tener muchas molestias.

La comisura de su boca se alzó sarcásticamente.

—Excepto cuando estés filmando, ¿verdad?

Él abrió su boca para contestar pero se distrajo al ver sus labios. Eran rosados, sin labial, y tan carnosos que nada más podía imaginar lo dulces que aún serían, como cuando era una adolescente.

Cuando menos se dio cuenta, estaba hincado en el suelo, sosteniendo su mentón, besándola.

Fue algo salvaje, casi violento. Él podía probar su propia frustración y rabia, además de su irremediable y profunda necesidad.

Ella lo empujó. Frotó sus labios con el dorso de su mano; para borrar su beso o para afirmarlo, o para sentirlo eternamente, él no podría estar seguro.

—Hazlo de nuevo y te convertiré en eunuco —dijo Olivia.

Michael se pasó la mano por el pelo. ¿Qué le estaba haciendo ella? Estaba perdiendo su concentración; no podía darse ese lujo. Sobre todo ahora, cuando todo lo que siempre había deseado estaba a su alcance.

Espacio. Necesitaba alejarse de ahí.

—No te molestaré más —dijo, dando varios pasos hacia atrás—. Ya me voy. Tengo un horario muy restringido.

Se alejó, aunque cometió el error de mirar hacia atrás. Ella no se había movido ni un centímetro, pero lo estaba viendo fijamente. Supuso que lo mejor era no entender su expresión; no quería entenderla.

Lo mejor era no saber.

Sin dejar de ver el camino de vuelta a la granja, se concentró gustosamente en la película. La película era lo importante. Era la llave de su futuro. No Olivia.

Ya no.

CAPÍTULO TRECE

LAINIE SUJETÓ su blusa para cerrarla.

—Yo no sé si esto sea buena idea.

—Es una idea buenísima —asintió Olivia con la cabeza—. Hasta yo puedo decirlo.

—Pero...

—No hay ningún pero —Olivia separó sus manos—. Tú quieres llamar la atención de Everett Parker, y ésta es la única forma de lograrlo. Ya te lo expliqué. Debes picarle la curiosidad. Si él cree que no te entiende, se volverá loco.

—O perderé mi trabajo —murmuró Lainie, pero dejó que Olivia le desabrochara el resto de la blusa.

—Ahora ponte esto. —Olivia le dio un sostén y salió del vestidor.

Lainie lo vio y suspiró. Era precioso. Y blanco. Ella toleraba lo blanco, aunque casi no tenía encaje.

Se preguntó por qué Olivia no la había obligado a ponerse el sostén rojo que vio la primera vez que entró a Matices Románticos. Probablemente sabía que el rojo la hubiera intimidado demasiado.

Se quitó el cómodo sostén de algodón que siempre usaba, lo dobló y lo colocó sobre su blusa en la silla. Meneando la cabeza, desabrochó el sostén y metió los brazos por los tirantes.

—¿Puedo pasar? —Antes de que pudiera responder, Olivia entró de golpe al vestidor. Se quedó helada en el quicio de la puerta, con los ojos bien abiertos—. Estás guapísima. No puedo creer que te escondas con esa ropa aburrida.

—Es ropa práctica, no aburrida.

—Podrías conquistar a cualquier hombre. Sabe Dios por qué quieras a Parker. —Olivia meneó la cabeza, y su larga cabellera rozó sus hombros.

—No hables así de tu padre —protestó Lainie.

—Hablas como si fueras mi madrastra. Pero ni creas que tengo alma de Cenicienta —sonrió Olivia.

—Olivia, yo... —Lainie sintió que se sonrojaba violentamente desde el pecho hasta las orejas.

—Estoy bromeando, Lainie. —Olivia tomó su mano y la volteó para que estuviera frente al espejo—. Ahora, vamos a mejorar tu seguridad en ti misma.

Lainie dijo lo primero que se le vino a la mente.

—¿Qué me hiciste?

—¿No te gusta? —La sonrisa desapareció de los labios de Olivia. Lainie se acercó al espejo. Verse así era demasiado para ella. La mujer que estaba frente al espejo lucía irresistible—. Mira,

sólo es una idea. Si no te gusta...

—¿Si no me gusta? —Lainie tocó el moño rosa colocado entre las copas cubiertas de encaje—. ¿Qué cosas dices?

—Sí te gusta. —Olivia frunció el ceño—. Te gusta tanto que te asusta. Ése es el problema, ¿verdad? ¿Tienes miedo?

—Adoro mi trabajo. Esto es un juego de azar. Y la apuesta es muy alta. Si hago esto y fracaso, perderé lo único que le da sentido a mi vida. Pero si no lo intento, me quedaré sola para siempre. Por supuesto que tengo miedo.

Olivia tomó su mano y la apretó.

—Si él no se da cuenta de lo maravillosa que eres, no te merece, y eso lo sabes.

Lainie volteó a ver a Olivia.

—¿De verdad lo crees?

—Quizás no te conozco bien, pero nunca me equivoco con estas cosas. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Ya deja de preocuparte. Tenemos que planear la seducción.

—No sé qué hice para merecer tu amistad, pero no importa lo que suceda, puedes contar conmigo siempre.

Olivia desvió la mirada; sus ojos se veían sospechosamente brillantes. Luego carraspeó y le entregó la blusa.

—Entonces queremos ser sutiles, ¿cierto? Una metamorfosis repentina sería demasiado agresiva para atrapar a un hombre como Everett Parker. Así que iremos paso a pasito; un cambio aquí, un cambio allá —sonrió maquiavélicamente—. Lo volverás loco. Se preguntará por qué no te había visto antes, y eso lo enloquecerá más, porque a mi padre no se le escapa nada.

Lainie asintió con la cabeza mientras se ponía de nuevo la blusa.

—No entiendo cómo funcionará la lencería si no podrá verla.

—Ah, pero es que sí la verá.

—No entiendo. Acabas de decir que debo ser sutil. Desvestirme delante de él no es nada sutil.

—Déjame explicarte. —Olivia hizo sus manos a un lado y le abrochó la blusa. Luego volteó a Lainie para que se viera otra vez al espejo—. Mira.

Lainie se sonrojó.

—Me veo...

—Como una bibliotecaria sexy —sonrió Olivia—. A los hombres les fascina eso.

Olivia tenía razón. Lainie solía abotonarse las blusas hasta arriba, pero ahora tenía abierto el cuello, sin revelar nada, pero permitiendo dar un vistazo. Alcanzaba a percibir el encaje del sostén a través de la seda blanca de su camisa. Hizo una mueca. ¿Acaso se le veía el pezón?

—Esto es el primer paso del plan —dijo Olivia—. Picarás su curiosidad si llevas la blusa así por unos días. Ponte tus trajes, pero deja la blusa desabrochada siempre. En unos cuantos días nos encargaremos de tu maquillaje, y después nos encargaremos de tu peinado. Si no lo tienes a tus pies en un par de semanas, el tipo no es humano.

—¿Realmente crees que esto funcionará? —preguntó Lainie, viéndose en el espejo.

—Sí.

Lainie se dio la vuelta y sonrió.

—Creo que tienes razón.

SU MIRADA ERA fija y candente, y ella luchó por no perder la compostura. Lainie mantuvo la

cabeza agachada frente a su laptop, pero su atención estaba completamente puesta en el hombre sentado al otro lado de la mesa.

Le había pedido a Everett que se reunieran ese día en el Café Sabio, la cafetería de Eve, en parte porque a ella le encantaba el café de ahí y quería apoyarla, y en parte porque la idea de quedarse a solas con él la ponía de nervios. Si perdía el control, jamás lograría sacar adelante su plan.

Suspiró en silencio y acomodó sus lentes. No tuvo que levantar la mirada para sentir la mirada cada vez más fija de Everett. Podía sentir cómo la atravesaba con los ojos.

¿Por qué no hablaba?

Se llenó de pánico. ¿Qué tal si la nueva imagen de Olivia no funcionaba? ¿Qué tal si sólo se estaba engañando a sí misma? ¿Cómo se sentiría si no podía enfrentarlo de nuevo, si se llegaba a sincerar con él, y él amablemente la rechazaba? O peor: si se reía.

De todos los hombres de los cuales podía haberse enamorado, ¿por qué había tenido que ser su jefe? Ella era un rotundo cliché. Pudo haber intentado algo más original, como enamorarse de un anciano.

—Por Dios, Elaine, ¿qué te pasa?

—¿Perdón?

—No puedes quedarte quieta. —Agitó el índice por todos lados.

—Estoy perfectamente bien —dijo ella con su voz fría y profesional.

—Ya veo.

—Estaba revisando el presupuesto, y parece ser que estamos gastando de más en un par de rubros.

—Hmm. —Sus pálidos ojos verdes jamás parpadearon. Una mano larga tomó la taza de café; la otra golpeó la mesa con un ritmo insistente, casi impaciente.

¿Impaciente? Everett nunca era impaciente. Podía estar pensando muchas cosas. El hecho de que estuviera inquieto no significaba que tuviera relación con su presencia. Hasta podría ser algún asunto de la película, no su ropa íntima.

Ella debía hacer una prueba.

Respiró profundo; se encogió de hombros y se quitó el saco tan tranquilamente como pudo. Lo puso en el asiento que estaba al lado; fingió continuar su trabajo pero en realidad lo estaba espiando entre las pestañas.

Él frunció el ceño.

Ésta era una mala idea. Quiso tomar su saco para ponérselo de nuevo, pero se detuvo y lo vio con detenimiento.

Sus ojos estaban puestos sobre ella; justo a la altura de su pecho. Con todo y su bronceado, se notaba que él se había sonrojado.

Eso la hizo sonrojarse también. Entre más la veía, más sentía que una mano grande y fuerte la acariciaba. Sus senos se endurecieron y se tensionaron, lo cual la hizo estar más consciente del roce nada familiar del encaje sobre su sensible piel.

Everett murmuró algo que sonó sospechosamente como una maldición.

—¿Qué dijo? —preguntó Lainie.

Él se paró de la mesa.

—Consígueme una botella de escocés.

—Sí, señor. —Abrió la pestaña de tareas en su laptop y escribió Macallan cincuenta años—.

¿Algo más?

Él la miró como si estuviera a punto de decirle algo, pero sólo meneó la cabeza. Ella admiró

su poderosa figura antes de que saliera del café.

En cuanto se cerró la puerta, Lainie sonrió lentamente. Quizás Olivia tenía razón. Ya se moría de ganas de lanzar su segundo ataque.

CAPÍTULO CATORCE

—RECUÉRDAME de nuevo cuándo me darás nietos.

Olivia torció los ojos.

—Yo soy tu nieta, abuela.

La abuela levantó la vista de la papa que estaba cortando y paseó la mirada por Olivia.

Bueno, era verdad.

—No entiendo esta cruzada que has emprendido en los últimos seis meses.

—No es ninguna cruzada. —Puso las zanahorias en la olla—. Es el momento.

Ése era más bien el momento para cambiar de tema.

—No entiendo por qué tienes que darles de comer todas las noches. ¿Cuánto te están pagando por quedarse aquí? —Abrió el refrigerador y sacó los ingredientes para preparar una ensalada.

—No es trabajo si lo haces para tu familia.

—Lainie no es parte de la familia —señaló.

—¿Entonces por qué la estás ayudando?

Con las manos en la cadera, encaró a la abuela.

—¿Cómo lo sabes?

La abuela la vio con incredulidad.

—Qué tonta.

Olivia sabiamente calló y peló un pepino.

—Es bueno eso que estás haciendo.

Olivia levantó la vista del pepino.

—¿Qué cosa?

—Es bueno para Lainie. —La abuela tomó unas hierbas deshidratadas que colgaban sobre la mesa, las olió, las colocó de nuevo en su lugar meneando la cabeza. Escogió otras. Ésas seguramente estaban buenas, porque cortó unas hojas y las echó a la olla—. No todas las hijas comprenden que su papi tiene derecho a ser feliz.

—Esto no tiene nada que ver con él y su felicidad. Lainie me pidió ayuda, y a mí me dio lástima. —La abuela rio—. En serio. —Olivia puso una zanahoria en la tabla de cortar y dejó caer el cuchillo con tanta fuerza que las puntas salieron volando.

—Aunque no lo admitas, te pareces mucho a él. Ya lo verás —predijo la abuela—. Uno de estos días lo vas a ver.

Olivia tomó una lechuga de bola.

—Okey. Cambiemos de tema por favor.

—Has pasado mucho tiempo con Michael.

—Eso no es cierto. —Le quitó unas hojas a la lechuga tan salvajemente que casi las oyó gritar.

—No es lo que yo escuché.

—Okey, abuela, tú ganas —suspiró resignada—. ¿Qué escuchaste?

—Que Michael visitó tu tienda varias veces. —La abuela la miró—. Y me dicen que no está comprando mercancía para él.

—A lo mejor es para una de sus novias. —La abuela se rio—. ¿Qué sabes tú si tiene una docena de mujeres esperándolo en Los Ángeles?

—Tal vez, pero lo dudo mucho. La mayoría de la gente cree que tú eres su novia, porque siempre estás con él.

Eso no era verdad. No lo había vuelto a ver desde que él le pidió disculpas.

—Yo no estoy con él.

Alguien carraspeó en la puerta. Olivia miró por encima de su hombro y vio a Lainie ahí parada, como si tratara de no interrumpir.

—Pasa, Elaine. —La abuela gesticuló para que entrara—. Nos hacen falta manos.

—¿En qué puedo ayudarle, Sra. Pembroke?

La abuela apuntó la alacena.

—Pon la mesa, querida.

Olivia permaneció en silencio con la cabeza agachada sobre la ensalada que estaba preparando. Quizás, si no hacía sonido alguno, la abuela se olvidaría de ella. No quería hablar más de Michael. Especialmente no antes de la cena. Podría indigestarse.

—¿Everett sigue trabajando? —preguntó la abuela.

Lainie asintió con la cabeza mientras sacaba cuatro platos.

—Tuvo que ir al establo por alguna razón.

Quizás no alcanzaría a llegar a la hora de la cena, Olivia pensó esperanzada.

Aunque tener a su padre ahí no era tan desagradable. Ella se había consolado con el hecho de que, al menos, Michael no pernoctaba en la granja. Gracias a Dios la madre de Michael aún vivía cerca de ahí. De lo contrario, estaba segura de que la abuela lo hubiera invitado también a quedarse. Por supuesto, si él se hubiera alojado ahí, ella tendría que internarse en un psiquiátrico, aunque pensar en eso ya no tenía sentido.

Olivia puso la ensaladera en la mesa. Lainie la miró acomodar la vajilla.

—Espero no haberlas interrumpido.

—Claro que no, querida —aseguró la abuela sin darse la vuelta—. Olivia me estaba aclarando los rumores sobre su relación con Michael.

—Abuela, no hay ninguna relación. —Olivia apretó los dientes.

La abuela vio tímidamente por encima de su hombro.

—Qué manera de protestar para alguien que no se toma en serio el asunto.

—Abuela, acéptalo. Lo que hubo entre Michael y yo acabó hace once años. Aunque él quisiera algo, y confía en mí si te digo que no es así, no me interesa.

La abuela se dio la vuelta con las manos sobre las caderas.

—¿Crees que no sé que has hecho todo para evitarlo, lo mismo con tu padre? Si no te interesara, te importaría poco que hubiera regresado, ¿no es así?

Olivia quiso defenderse, pero no había nada que pudiera decir, así es que decidió quedarse callada y observar.

—Yo conozco esa cara testaruda y no me gusta —dijo la abuela meneando un dedo—. Si realmente quieres desprenderte de Michael, debes perdonarlo.

—¿Cómo puedes sugerir eso? Tú viste cómo me dejó.

—No estoy diciendo que haya estado bien, pero lo culpas por otras cosas, no sólo por haberte dejado, y tú lo sabes. —La abuela la miró fijamente.

Olivia desvió la mirada. Nunca le había contado a nadie lo del bebé, hasta que se lo confió a Eve. La abuela no podía saber eso.

Suspiró. ¿Qué estaba pensando? La abuela siempre sabía todo, y las señales probablemente habían estado ahí para que relacionara las cosas.

—Tú lo sabes, ¿verdad? —susurró.

La abuela se acercó, hizo a un lado un rizo que cubría la cara de Olivia y acarició su mentón.

—¿Cuándo entenderás que sé todo sobre ti? Por eso sé que debes olvidar y perdonarlo. Él no lo sabía, mi amor. No puedes culparlo si ni siquiera lo sabía.

—Sí, pero si no lo culpo a él, me culparé a mí misma —dijo en voz muy baja.

—Nadie tuvo la culpa, mi amor. El problema es que no hubo tiempo. —Le dio un beso a Olivia en la frente, como cuando era niña y necesitaba que la consintiera—. Tienes que olvidarte de todo y ver hacia adelante. Piénsalo. Toma las cosas con mente abierta.

Lainie carraspeó de nuevo.

—Quizás deba ver si ya llegó Everett. —Se dirigió a la puerta como si quisiera escapar.

—No te muevas —ordenó la abuela—. Olivia irá a buscar a su padre. Ya que estamos sacando los trapos al sol, también tengo cosas que decirte.

Olivia sonrió al ver la expresión mortificada en el rostro de Lainie. Se puso de pie, agarró una lámpara de mano y salió antes de que Lainie pudiera decir una sola palabra.

El establo estaba a la vista, grande y cuadrado como una enorme caja. Había pasado mucho tiempo desde que ella había estado ahí. Era imposible ver los detalles en la oscuridad, como la pintura que se estaba desprendiendo o el techo severamente ladeado, pero podía imaginarse cada detalle como si hubiera estado ahí un día antes.

De niña, ella y Michael solían jugar en ese sitio. Por lo general se imaginaban que era un estudio de cine y que todas las herramientas que había ahí adentro eran útiles para hacer películas. Michael siempre quería hacer una película sobre piratas. Olivia sonrió al recordar cómo ella quería ser pirata y Michael quería que fuera la dama en peligro.

Llegó hasta el establo y lo iluminó con su lámpara. El candado, por supuesto, estaba abierto. La puerta chilló cuando se abrió.

Oyó ruidos al fondo y luego herramienta que caía al suelo.

—¿Hola? —Se movió con cuidado; iba iluminando el camino para no tropezarse con las cosas que estaban tiradas en el suelo.

—Rayos —dijo una voz masculina.

Apuntó la lámpara al rincón de donde venía la maldición. Parpadeó sorprendida al ver a Michael cubierto de polvo, protegiéndose de la luz. Luego alguien azotó la puerta y escuchó el inconfundible sonido de un candado al cerrarse.

Olivia frunció el ceño al ver a Michael.

—Me han tendido una emboscada.

CAPÍTULO QUINCE

CON UN POCO DE INQUIETUD, Lainie vio a Olivia perderse en la noche. No sabía por qué quería hablar con ella la Sra. Pembroke, pero no podía ser nada bueno.

—Siéntate, mi amor. —La Sra. Pembroke se sentó frente a la mesa y señaló la silla que estaba a su lado.

Lainie se hubiera sentido más cómoda de haberse podido sentar enfrente, pero obedeció.

—Veamos —inició la Sra. Pembroke—, tenemos que hablar de Everett.

—¿Tenemos?

La Sra. Pembroke no respondió. Simplemente esperó.

Lainie conocía esta táctica. Había visto a Everett emplearla muchas veces en la sala de juntas. Y aun así, estaba a punto de soltarlo todo cuando la Sra. Pembroke rompió el silencio.

—Tú sabes que Everett estuvo casado con mi hija, Lily.

—Sí, señora.

—Dime Mae, por favor.

Lainie asintió con la cabeza, sin estar todavía segura del objetivo de aquella conversación.

—Le hubieras agradado mucho a Lily, Elaine —sonrió la Sra. Pembroke.

Ella no tenía mucha experiencia en asuntos como éste, pero dudaba mucho que otra suegra hubiera sido tan amable con la mujer que quisiera reemplazar a su hija.

—Lily y Everett se amaban mucho —suspiró Mae—. Everett era un hombre distinto en ese entonces. Y luego, cuando Lily murió, él cambió. De la noche a la mañana.

—Debió de ser un momento muy difícil para usted —respondió Lainie, mostrando su comprensión.

—Perder a una hija es devastador, pero aunque fue muy duro para mí, fue más difícil para Everett y para Olivia. Recuerdo lo perdida que se sentía Olivia cuando Everett la trajo aquí. —Vio fijamente a Lainie—. Everett puede parecer invencible, pero no lo es. De hecho, siempre pensé que era más vulnerable que la mayoría de los hombres.

—¿Everett Parker?

—Sí, mi amor, él es muy sensible y creo que tú lo sabes.

—Mae, no entiendo...

—Sólo quiero decirte que no te rindas. —Mae le dio unas palmaditas en la mano—. Es un buen hombre, pero él no se considera así. Luchará por no sentirse atraído por ti. Ah, claro, mi amor, definitivamente tú le gustas. Ten paciencia. Toma las cosas con calma y ve despacio, hasta que no tenga manera de defenderse. —El brillo volvió a sus ojos—. Olivia puede darte algunas lecciones.

—No sé qué decir.

Mae otra vez le dio palmadas en la mano.

—Cúidalo. Es todo lo que te pido. —Se levantó y se dirigió a la estufa—. Lily se pondrá contenta si lo amas. Ella nunca hubiera querido verlo así de solo.

Lainie abrió la boca para decir que le parecía increíble pensar que Everett se sintiera solo, cuando de pronto se abrió la puerta y él entró.

—Buenas tardes, señoras. —Asintió con la cabeza al ver a Mae pero no volteó a ver a Lainie—. La cena huele delicioso. Iré a lavarme las manos.

“Me ignoró”. A Lainie no le había gustado eso. Para nada. Algo dentro de ella quería que él la notara, en vez verla como sólo una empleada que estaría siempre a su disposición.

—Everett.

Él se detuvo y se dio la vuelta para encararla.

Lainie se preguntó si ella se vería tan sorprendida como él lo estaba ante su tono imperativo. Al menos había captado su atención; pero ahora, ¿qué le iba a decir?

—¿Dónde está Olivia? —Claro que, ante esto, él no se arrodillaría y le suplicaría que lo amara, pero al menos ahora tendría que hablarle. Everett lentamente alzó la ceja—. Olivia fue a buscarte para la cena. ¿Dónde está?

—Tal vez no me vio. Estoy seguro de que no tarda. —Salió de la cocina y aparentemente se dirigió al baño.

Algo andaba mal. Ella tenía la impresión de que quería evitarla. Bueno, eso no lo iba a tolerar.

—Discúlpame, Mae.

Las risitas de Mae la siguieron en su carrera detrás Everett. Tenía que hablar con él antes de que se encerrara en el baño. Llegó justo a tiempo para detener la puerta con la mano y meterse al baño con él.

Él se quedó con los ojos como platos, entre horrorizado y fascinado. Ella no podía culparlo; tampoco entendía por qué actuaba así.

Eso no era cierto. Lo estaba haciendo por Olivia.

—¿Qué pasa con Olivia?

—No sé a qué te refieres. —Sus ojos se concentraron en la blusa desabotonada.

—Tú tramas algo.

—Elaine, ¿te das cuenta de que estás en mi baño?

—Sí, aquí estás. —Pero ella no había notado lo estrecho que era el espacio hasta ese momento; ni qué tan cerca estaba él de su cuerpo.

Parker se acercó. Su energía restringida la golpeó como una fuerza tangible. Olía deliciosamente bien, y ella quería enterrar la nariz en su cuello.

Debía controlarse.

No, tenía que abrirse y rogarle que la amara.

Si Olivia estuviera ahí, le diría que lo hiciera. Everett necesitaba tener a alguien fuerte a su lado para que lo defendiera. Tanto Olivia como Mae pensaban que esa persona era ella.

Sí, era ella.

Lainie puso la mano sobre su pecho y empujó.

—Deja de tratar de intimidarme.

Él se quedó helado, mirándola incrédulo como si no pudiera creer que una vil mortal lo hubiera tocado. Lo importante era no demostrar debilidad en ese momento. Al primer signo de debilidad, sería eliminada.

Tal vez ya lo estaba.

La idea de perder su trabajo le dolió. Por eso tenía que actuar. Pasó su mano por su hombro y bajó por su brazo, justo como lo había imaginado tantas veces.

Él puso su mano sobre la suya, sin moverse. Sus rodillas se debilitaron. Ella esperaba un brote de ira, pero él sólo la miraba, absorto.

—Ésta es una cara que no te conocía, Elaine. —Parker estudió su mano y luego le dio vuelta para pasar el pulgar sobre sus nudillos.

Ella sintió calor en lo más profundo de su ser.

Luego, tan pronto como había tomado su mano, la soltó y se alejó.

—Si te sales de mi baño, discutiremos cualquier pendiente que tengas en nuestra reunión matutina.

¿Hubo algo que ella no notó?

El cambio de ardiente fascinación a su habitual indiferencia, con ese distanciamiento tan abrupto, la hizo dudar antes de saber qué decir.

—¿Y la cena?

—Esta noche saldré a cenar.

¿Con quién cenaría?

—Sobre Olivia...

—Olivia es mi hija. Ella no es tu asunto —dijo tajantemente. Le dio la espalda y abrió la llave.

Elaine vio su reflejo en el espejo. ¿Qué acababa de suceder?

Él estaba concentrado en doblar las mangas de su impecable camisa blanca. Al ver el vello negro que asomaba de sus brazos, ella se impresionó. La pobre mujer meneó la cabeza para aclarar su mente.

—Pero...

—Elaine —dijo mirándola por el espejo—, esta conversación terminó.

—Esta conversación no ha terminado. —Ella jamás había sido la receptora de su rabia. Pensó que se colapsaría y moriría al instante si eso llegara a suceder.

No fue así. Extrañamente, sintió la necesidad de empujarlo de nuevo.

—Olivia ya es mi amiga. No permitiré que juegues con ella.

—¿Crees que sería capaz de jugar con mi hija?

—Creo que eres capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quieres.

Él la encaró de nuevo, con los brazos cruzados, con el dedo índice golpeteando su mentón mientras la contemplaba.

—Ahorita lo que quiero es privacidad.

Ella reconoció que él estaba a punto de estallar. Si lo presionaba más, perdería su empleo. De hecho, probablemente tendría que mudarse a un país del tercer mundo para conseguir trabajo, porque Everett se encargaría de que nadie en el primer mundo la contratara de nuevo.

—Que disfrutes tu cena —le dijo, cuando en verdad le deseaba una buena indigestión. Se retiró con la poca dignidad que le quedaba.

Aunque si él se indigestaba, ella pagaría los platos rotos porque la mandaría de madrugada a conseguir un medicamento.

El imbécil.

Lo miró, salió del baño y cerró la puerta. De nuevo en la cocina, se sentó en la mesa y comenzó a servirse ensalada.

Clavó el tenedor en la lechuga y estaba a punto de probar el bocado cuando notó que Mae la veía divertida.

—El Sr. Parker no cenará con nosotros.

—¿De veras? —Los ojos de Mae brillaron.

—No. —El idiota. Mordió la lechuga salvajemente.

—Entonces tú y yo cenaremos juntas. —Puso la olla del estofado sobre la mesa y se sentó.

—¿Olivia aún no ha vuelto?

—Olivia no va a regresar en un buen rato.

Lainie dejó caer su tenedor sobre el plato.

—¿Qué está pasando aquí? —Mae obviamente sabía lo que realmente estaba sucediendo.

—Elaine, cuando una persona es tan necia como Olivia, o como su padre —dijo firmemente—, a veces hay que darle un empujón para que llegue a donde tiene que llegar.

Lainie vio a la anciana que se servía tranquilamente la comida y comía como si el mundo no estuviera a punto de acabar.

—¿Qué pasa si Olivia no quiere que le den un empujón?

—Olivia debe vivir su vida. —Mae la vio con un brillo en la mirada—. Olivia debe formar una familia. No porque yo quiera tener bisnietos, ni porque quiera que se vaya.

—No entiendo.

—Elaine, a Olivia le gusta proteger a los demás. Adopta a la gente y la cuida hasta que pueda valerse por sí misma, y luego encuentra a otra persona a la que pueda apoyar. Lo hizo con Eve, y con Gwendolyn, y ahora lo está haciendo contigo. Y cuando te vea acomodada, buscará a alguien más.

—¿Eso es malo? —Lainie frunció el ceño.

—La acción no es mala, los motivos sí. Lo hace para no formar su propia familia. Llena ese hueco cuidando a los demás. No se permite sentir la necesidad de tener sus propios hijos para cuidarlos.

—¿Cómo sabes que quiere tener hijos? Hoy en día las mujeres no tienen que formar una familia para sentirse plenas.

—Ella quiere tener hijos. Conozco a mi muchachita. Y tú piensa en esos niños. En vez de tener una madre maravillosa, sabrá Dios con quien vayan a parar. Es su responsabilidad kármica, mi amor.

Lainie se sintió inquieta ante la mirada no tan sutil de Mae. Esa mirada era todo menos sutil. Se dijo a sí misma que estaban hablando de Olivia. Quizás si se lo decía varias veces, terminaría creyéndolo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

MICHAEL NO SABÍA qué lo sorprendía más: que Olivia hubiera aparecido en el establo de noche, o el sonido del candado al cerrarse.

—Dime que eso fue el candado golpeándose contra la puerta.

—Seguro —bufó Olivia.

Soltó las herramientas que había estado utilizando y abrió la boca para protestar, pero al ver cómo se iluminaba el rostro de Olivia con la luz indirecta de su linterna, se quedó sin palabras.

Se veía hermosa. Él no se había dado cuenta de lo espléndida que era. Sus recuerdos no le hacían justicia. Las sombras marcaban sus pómulos y sus ojos se veían cien veces más misteriosos, como si estuvieran llenos de secretos. Él daría lo que fuera por conocerlos.

Se enderezó. Tenía que salir de ahí antes de cometer una estupidez.

—No podemos estar encerrados aquí.

Pasó de lado aguantando la respiración para no oler su dulce aroma, y cuidándose de no hacer contacto con ella. Se acercó a la puerta y la jaló para ver si estaba cerrada.

La puerta no se movía.

—Rayos —musitó. Jaloneó la perilla.

—Romperla no servirá de nada.

Se dio la vuelta. Ella estaba recargada en un costal de cemento petrificado, con los brazos cruzados.

—Es mejor que no hacer nada.

—Si no te conociera, casi creería que en verdad estás molesto.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—¿A quién sobornaste para que nos encerraran aquí?

—Espera un minuto —extendió su mano—. ¿Crees que yo tuve algo que ver en esto?

Incluso con tan poca luz, pudo ver su sardónico arqueado de cejas.

—Si hace como pato y camina como pato...

Michael meneó la cabeza, convencido de que eso era mejor que darle una buena sacudida a ella.

—Yo no tuve nada que ver. Lo que menos quiero es compartir un espacio tan pequeño contigo. —Okey, eso no salió como él quería, pero al menos la desarmó un poco.

—Es bueno saberlo —contestó—. Por lo menos estamos de acuerdo.

Cuando estaba en calma, Olivia era preciosa. Furiosa, era excepcional.

Con el pelo volando, bruscamente se dio la vuelta y llegó con cuidado al fondo del establo. A él lo cautivaba la manera como le quedaban sus ajustados pantalones. Casi estaba seguro de que ella usaba pantaletas sensuales como las que vendía en su tienda.

Michael volvió a la realidad justo a tiempo para alcanzarla, antes de que desapareciera en la esquina.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Trato de sacarnos de este lugar. Detén esto. —Le dio la lámpara de mano.

Él la vio arrodillarse y gatear junto a la pared, palpando por todos lados.

—No muevas la lámpara.

Él arqueó la ceja pero obedeció. Luego comprendió lo que ella estaba buscando.

—Ah, el pasadizo secreto.

—Ya era hora de que lo recordaras. A menos que hayas querido olvidarlo —murmuró.

Él no prestó atención a ese comentario. En ese momento, lo más importante era dejarla encontrar la puerta que ellos habían bautizado como el pasadizo secreto. En realidad, probablemente era nada más la puertita para el perro. A él no solían darle ataques de claustrofobia, pero empezaba a sentirse muy encerrado, por lo que cada vez se pegaba más a Olivia.

Dio un paso hacia atrás.

—No muevas la maldita lámpara. —Siguió explorando unos diez segundos más para luego sentarse sobre sus talones—. Demonios.

—¿Qué pasa?

—Lo cerraron con clavos.

—Mierda.

Ella lo miró.

—Como que lo dices en serio.

—Yo no planeé esto, Olivia. —Se hizo el pelo hacia atrás sin considerar que sus manos estaban llenas de polvo y telarañas.

Ella lo analizó durante lo que parecieron como diez minutos antes de preguntarle:

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Estaba buscando unas cosas que usaremos mañana en el rodaje.

—¿No tienes quién haga eso por ti?

—Claro, pero Parker les dio la tarde libre —Las piezas del rompecabezas se acomodaron. Él se recargó de nuevo sobre un costal lleno de algo—. ¿Y tú por qué estás aquí?

—La abuela me pidió que viniera a buscar a Parker para que fuera a cenar —sonrió—. Creo que nos engañaron a los dos.

—Eso parece.

Ella miró a su alrededor.

—¿Crees que pronto nos sacarán de aquí?

—No.

—Yo tampoco creo —suspiró.

—Ven. —Michael le dio la mano para ayudarla a ponerse en pie. Ella lo miró suspicazmente—. ¿Sabes si las baterías de la lámpara son nuevas? —Cuando ella meneó la cabeza, le dijo—: Entonces debemos encontrar lámparas viejas y ver si todavía hay queroseno por aquí.

Se sintió triunfal cuando ella lo tomó de la mano, pero por cautela mantuvo su rostro sin expresión. Su mano se sentía cálida y suave; habría sido fácil sostenerla por siempre.

Cuando ella se puso de pie, retiró su mano y carraspeó:

—¿Recuerdas dónde estaban las lámparas?

—¿No estaban atrás? —preguntó Michael mirando en la oscuridad.

Olivia se encogió de hombros y acomodó su pelo sobre su hombro.

—Sé lo mismo que tú. —Avanzó junto a él y encabezó la búsqueda.

Eso a él no le importó. Michael sostuvo la lámpara; la vista era impresionante.

—Ahí están. —Olivia alzó la lámpara, que estaba llena de telarañas. Se la entregó y se limpió las manos con sus pantalones—. Asco.

—Sostén esto. —Él le dio la lámpara y agarró una botella que parecía estar llena de queroseno.

Queroseno nuevo. La lámpara estaba cubierta por años de polvo, pero parecía que acababan de comprar la botella en alguna tienda. En el mismo anaquel estaba una caja nueva de cerillos, cobijas limpias y lo que parecía ser una canasta con comida.

Él meneó la cabeza y empezó a llenar la lámpara de combustible.

—Al menos lo planearon bien.

—¿Qué? —Olivia se asomó por encima de su hombro.

Su pelo rozó su cuello y él derramó un poco de queroseno. Si volteaba un poco, podría besarla.

—Alguien pensó en nosotros y nos dejó provisiones. —Encendió la lámpara—. Incluyendo cobijas limpias y comida.

—Gracias a Dios. —Tomó la canasta y la revisó—. Me muero de hambre.

Michael logró prender la linterna (no se sorprendió mucho al ver que tenía una mecha nueva) y puso el cristal de protección. Vio que Olivia estaba arrugando la frente y revisando la canasta.

—¿Qué sucede?

—En el complot participó más gente.

—¿Complot?

—Sí. Por supuesto la abuela está involucrada en esto, pero al parecer también mi padre participó. —Alzó una botella de champaña. Era una Cristal 1996. La champaña predilecta de Parker.

—Infeliz —dijo Michael al unir todas las piezas.

—No puedo creer que no sospecharas que tramaba algo. Cuando éramos niños, siempre eras el primero en entender las tramas más complicadas.

—Pero aprendí que las cosas suelen ser más sencillas de lo que parecen. —Pasó su mano por su pelo.

—Esta vez no. Hasta tu madre está involucrada. —Sacó un paquete de la canasta—. Galletas con chispas de chocolate marca Sally.

—No puede ser. Ella me dijo que me mantuviera lejos de ti. Déjame ver. —Agarró la bolsa de galletas y la olió.

—¿Ahora sí me crees? —sonrió Olivia.

—Maldición.

—Qué horror, ¿verdad? —Tomó una cobija, la acomodó en el suelo con una mano y puso la canasta encima para sentarse al lado.

—¿Qué haces?

—Voy a comer.

—¿Ahorita?

Olivia se encogió de hombros y sacó un sándwich.

—Tengo hambre y no parece que nos dejarán salir pronto de aquí. ¿Quieres la mitad? Es de pavo con aguacate.

Recordó cuando estaba en primer grado y perdió su almuerzo en una apuesta con River Sheridan, y Olivia le dio la mitad de su comida, como ahora.

La diferencia es que entonces el sándwich era de crema de cacahuete y mermelada, y ella llevaba una camiseta de Plaza Sésamo y pantalones acampanados, en vez de esos jeans ajustados que traían una tanga debajo.

Se sentó junto a Olivia y aceptó su oferta.

—Gracias.

Comieron en silencio. Olivia procuraba evitar su mirada, pero él no podía quitarle los ojos de encima.

Vaya que estaba metido en un lío.

CAPÍTULO DIECISIETE

¿POR QUÉ LA VEÍA ASÍ? ¿Acaso tenía aguacate en la cara? Olivia disimuladamente se limpió la boca con un pañuelo de tela que encontró en la canasta.

No, él seguía mirándola.

Se negó a permitir que eso la intimidara y devoró la mitad de su sándwich; sacó una galleta y revisó el resto de la canasta mientras la trituraba con los dientes.

Al menos la abuela había preparado todo con estilo. Había surtido de fruta, varios sándwiches y algunos pastelillos. Al fondo estaban las copas especiales para la champaña.

—¿Por qué no? —Agarró la botella de vino. Si ésta era la contribución de su padre, ¿Lainie la había comprado? La idea de que Lainie podía haber cooperado en esto no sólo la molestaba. La enfurecía.

—Treat estaría de acuerdo —dijo para distraerse, mientras retiraba el papel aluminio.

—¿Quién es Treat? —preguntó Michael bruscamente y tomó la botella de sus manos.

—Un amigo.

—¿Lurch lo sabe? —Descorchó la botella como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

—Deja de decirle Lurch. Se llama Rick. —Ella no debería sentir esa petulancia inútil al verlo celoso.

—No creo que a Rick le guste ver a su mujercita en compañía a otros hombres.

Debería aclarar que Treat era el marido de Eve, pero su lado pícaro la hizo quedarse callada.

—No soy mujercita de nadie y Rick lo sabe. —Sacó las copas de champaña—. Aunque contigo quizás haga una excepción.

—Yo no soy “otros hombres” —gruñó Michael.

No, no lo era. Y, Dios santo, ése era el problema.

Sirvió la champaña en las copas que ella le acercó. Al tomar una, su mano rozó su piel. Olivia maldijo la piel de gallina que brotó en sus brazos. Pensó en emborracharse para calmarse, pero luego recordó la última vez que usó el vino como anestésico y puso la copa en el piso después de haberle dado un solo sorbo.

—¿Eso es todo?

—Quizás más tarde.

—Como quieras —se encogió de hombros.

Olivia vio la columna musculosa de su cuello cuando comía y su boca se secó. Llegó gateando hasta el anaquel. Debía de haber por ahí agua embotellada.

—¿Cuándo crees que nos dejarán salir de aquí?

Ella miró hacia arriba. Percibió un dejo de desesperación en su voz. Debió haberlo imaginado. Bajo la luz tenue de la linterna, él se veía exactamente como era: un hombre seguro

de sí mismo, viril y exitoso.

—¿A qué viniste? —Olivia frunció el ceño.

Él la miró como si hubiera enloquecido. Habló lentamente, como si ella no alcanzara entender la situación.

—A filmar una película.

—Eso lo sé —torció los ojos—. O sea, ¿por qué Mill Valley?

—Eso ya me lo preguntaste.

—Y creo que ha llegado el momento de que me respondas.

—¿Crees que no lo he hecho?

—Siempre odiaste Mill Valley. Creía que primero te castrarías antes que volver.

—Tienes razón —rio en voz baja. Su risa removi6 en Olivia algo que en mucho tiempo nadie había tocado. Él sonrió con tristeza. Levantó la pierna y apoyó su brazo en la rodilla—. No volví por mi propia voluntad.

—¿Entonces?

—Tu padre me hizo una oferta —suspiró y pasó su mano por su pelo—. Si hago esta película, y obedezco todas sus órdenes, me liberará de mi contrato.

—Espero que tengas esto por escrito. —Parker era maquiavélico.

—Por supuesto. Tu padre es maquiavélico.

Ella sonrió.

—¿Por qué ya no quieres estar bajo contrato?

Él la miró como si no supiera hasta dónde debía contarle.

—Quiero más —dijo finalmente.

Él la volteó a ver como esperando a que dijera algo. Como Olivia permaneció en silencio, continuó:

—Tú sabes que siempre he querido dirigir. —Ella asintió—. Bueno, debí ser más específico.

—¿Cómo?

—Ya no quiero hacer películas. —Su voz apasionada hizo que la sangre de Olivia hirviera, igual que antes, siempre que le hablaba de algo que le importaba mucho—. Quiero hacer arte. Quiero que la gente vea mi trabajo y piense. Quiero conmover al público.

—¿Y no es eso lo que logras con las películas que haces?

—Las últimas que hice fueron basura.

Sonó como un chico pedante y eso la hizo sonreír.

—¿Por qué lo dices?

—Fueron esas cosas típicamente hollywoodenses con final feliz.

—Estoy segura de que fueron más que eso. —Claro, eran comerciales, pero bien hechas, con una dirección maravillosa. Pero no se lo diría. ¿Para qué inflar aún más un ego tan enorme?

—¿Has visto alguna?

Todas.

—Creo que vi una.

—¿Y qué opinas?

—Eres talentoso, Michael. Tú lo sabes. —Antes de que pudiera responderle, ella le preguntó —: ¿Entonces por qué no puedes hacer las películas que quieres en Parker Pictures?

—Estoy atrapado. Hago lo que me dicen. —Extendió su mano—. No me lo tomes a mal. Sin Parker yo no estaría ahí ahora. Probablemente seguiría luchando para que me abrieran la puerta. Pero ahora estoy listo para avanzar.

Ella asintió con la cabeza.

—Y lo harás. Siempre logras lo que te propones.

La manera en que él la miró la alteró de forma cálida, como ablandadora. Michael extendió la mano y empezó a enredar el pelo de Olivia con su dedo.

—Siempre has creído en mí.

Ella se rio y, a sus propios oídos, esa risa le pareció nerviosa. Trató de alejarse, pero él no la dejó.

—Te extrañé, Olivia. —Su voz fue baja y seca, como que si le causara dolor admitirlo.

Ella abrió la boca, lista para dar una respuesta sarcástica, pero no pudo hacerlo. Las palabras de la abuela volvieron a su mente. Ya deja atrás el pasado.

Él tiró de su pelo. Estaba tan cerca de él. Ella podía sentir el calor de sus labios. Sabía cómo la harían sentir, ardientes, persistentes y perfectos. Sabía cómo la dejarían, sin aliento, como si estuviera flotando en el espacio.

Michael bajó su boca para ponerla frente a la suya.

Quiso protestar. Quería agarrarlo y comérselo vivo.

Dejar el pasado atrás no significaba volver a lo mismo. No debía hacer esto.

Ése fue su último pensamiento antes de que los labios de Michael tocaran su boca y ella se perdiera.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MICHAEL NO QUERÍA que esto sucediera. De hecho, aunque su lengua jugaba a las escondidas con la de Olivia, se preguntó qué demonios estaba haciendo. Sólo sabía que por nada del mundo se detendría.

Ella era deliciosa, dulce y rica. El sabor de chocolate de sus labios era erótico. Jamás volvería a comer galletitas con chispas de chocolate sin tener una erección.

Pasó los dedos por el pelo de Olivia hasta la nuca e inclinó su cabeza hacia atrás. Su mano izquierda la sujetó por las costillas, rozando la parte inferior de su seno.

—Espera. —Se libró, no del todo, pero suficiente para preocuparlo.

Los labios húmedos de Olivia brillaron, de su pecho salió un suspiro y puso las manos sobre el abdomen de Michael, descontrolándolo por completo. Obviamente, ella estaba lejos de la zona de peligro, pero el monstruo de un solo ojo que habitaba más abajo no le creyó.

—¿Qué tienes?

—¿No crees que deberíamos hablar?

—Hemos estado hablando. —Él movió su mano izquierda hasta que sus dedos trazaron la curva de su seno, justo arriba del aro del sostén.

Los ojos de Olivia se desenfocaron más. Chupó sus labios y preguntó con voz rasposa y sexy:

—Es decir, ¿no deberíamos primero arreglar las cosas?

—¿Primero? —Él apretó la mandíbula de Olivia y bajó la mano hasta el cuello. Su cabeza cayó hacia atrás y emitió un largo y bajo gemido.

—Michael, debo decirte algo.

—¿Qué? —Sin apartar sus labios, se hizo hacia atrás y se sentó en la cobija.

De pronto estaba en el pasado. Era su cumpleaños número dieciséis, y estaban disfrutando un picnic. Como si fuera ayer, recordó la expresión en el rostro de Olivia cuando él le dio el medallón y le dijo cuánto la quería.

Levantó la cabeza y la miró. Ya no era la niña que había abandonado once años atrás. Era una mujer de acción. Sensual. Sacudió la cabeza.

Ella se chupó los labios.

—¿Qué pasa?

Él descendió con un dedo por su mejilla hasta su boca.

—Dímelo rápido, porque te he deseado tanto tiempo que ya no puedo esperar más.

Olivia lo estudió por lo que pareció ser una eternidad antes de asentir con la cabeza.

—Entonces no esperes más.

—Pero...

—Ya no te esperes —susurró de nuevo en sus labios.

Él la besó. Cada célula de su cuerpo gritó ¡Sí! Se sentía tan bien que hubiera sido aterrador ponerse a analizarlo; pero en el instante en que surgió ese pensamiento, él lo silenció y se concentró en la sensación de tenerla debajo de su cuerpo.

No podía saber si él la estaba devorando o era al revés. ¿Pero eso qué importaba? Qué diablos: él se acostaría y dejaría que ella le hiciera lo que quisiera, si eso la hacía feliz.

Se metió entre las capas de su ropa, debajo del sostén, directo a la sedosa suavidad de sus senos.

Arqueándose sobre la mano de Michael, enredó su pierna en la suya para atraparlo. Olivia se metió en su camisa y trepó hasta su espalda.

Él alzó la cabeza y vio su propia mano debajo de la camisa de Olivia, frotando su pezón. Pudo sentir cómo saltaba cuando lo tocaba, pero sus ojos no la dejaban de ver a ella. Olivia veía lo que él le hacía con la boca un poco abierta.

Ella suspiró, sin apartar la mirada. Él se agachó y atrapó el suspiro en su boca, mordiendo luego su ropa.

Olivia agarró el pelo de Michael y tiró un poco.

—Sigo yo. —Giró levemente y quedó encima de él.

Él no se esperaba esto. Ella no era pasiva once años atrás; siempre había sido entusiasta, pero siempre lo dejaba llevar la voz de mando.

Ella le levantó la camisa.

—Quítatela.

—Tú también —dijo él, arrojando las primeras capas de tela.

Sujetando la parte inferior, se quitó el suéter, la camiseta y el sostén con un sólo movimiento.

A él le gustaba esta nueva Olivia, agresiva.

Ella se agachó, se adhirió a su pezón y lo chupó.

Corrección: él amaba a esta nueva Olivia.

Michael agarró sus cadenas y se mecía sobre ella. Sintió las exhalaciones de Olivia sobre su pecho y quería sentirlo en otras partes de su cuerpo. Le enredó una mano en el pelo y así la atrajo para besar su boca.

Ella se frotó contra él y, cuando él gimió, lo hizo de nuevo. Michael pudo saborear su sonrisa de gratitud. Metió la mano entre los dos cuerpos y bajó la cremallera del pantalón de Olivia.

—Yo puedo hacerlo. —Ella lo miró y rápidamente se quitó los pantalones, y los aventó a donde estaba el resto de su ropa. Luego se hincó encima de él, con las rodillas a los lados de sus caderas—. Ahora tú.

Antes de que él pudiera moverse, Olivia le desabrochó los pantalones y los empezó a tirar hacia abajo, junto con su ropa interior. Su pene saltó, ansioso y lleno de codicia.

Ella lo recorrió con su dedo por todo lo largo. Tocó la humedad de la cabeza y la frotó.

—Olivia. —Su cuerpo se arqueó.

Ella sonrió y se deslizó sobre su cuerpo.

Ella se sentía caliente y húmeda y todo era tan placentero que a él le hubiera dado miedo ponerse a pensarlo. Olivia puso sus manos sobre su pecho y lo cabalgó como si fuera algo de vida o muerte. Él agarró sus caderas, cuidándose de no obstaculizarla.

Ella gimió y se movió más rápidamente.

Él también se movía con fuerza.

—¿Sientes lo duro que estoy por ti, Olivia? Creo que nunca en mi vida me había puesto así.

Ella cerró los ojos e hizo la cabeza hacia atrás.

Magnífico. Él no podía quitarle los ojos de encima. Lucía como una diosa pagana, enrojecida y salvaje. La linterna la iluminaba por detrás, bañándola con luz dorada.

Ella lo abrazó más fuerte y él casi perdió el control. Alzó la mano y tocó uno de sus succulentos pezones.

—Vente, mi niña. Vente para mí.

Sus uñas rasguñaron su pecho y gritó. Sentir que ella estaba llegando a su cima lo enloquecía.

—Sí. —Él agarró sus caderas con más fuerza, provocando que ambos se levantaran más.

Ella cayó encima de él. Enredando la mano en su pelo, él hizo su cabeza hacia atrás hasta que pudo entrar en su boca.

Ella lo besó lánguidamente, por mucho tiempo y a cabalidad. Olivia seguía palpitando alrededor de su pene, casi al ritmo de cada lamida de su lengua.

—Olivia —gimió. Luego rodó con ella y clavó su entrepierna en la suya.

Más. Él quería más.

Él empujó más, buscando enterrarse tan dentro como fuera posible.

—Michael, ya terminé. Estoy agotada. No podría...

—¿Quieres que te describa cómo te siento? —sonrió al verla sonrojarse—. Caliente. Y húmeda. Y apretada.

—Qué demonios. —Ella enredó sus piernas en su cintura y lo pinchó con sus tacones.

Él rio.

Y luego lo apretó y él ya no pudo reír más.

ÉL SE HABÍA MUERTO y se había ido al Cielo.

Si tuviera energías, habría visto a su alrededor. O se habría pellizcado. Cualquier cosa para determinar si estaba muerto o si aún vivía.

Estaba en el Cielo. Era la única explicación lógica. De otra forma, no podría haber estado acostado sobre Olivia, clavado dentro de ella.

Pero él no era el tipo de hombre que podría ganarse el Cielo. Había hecho varias cosas en el pasado que, de seguro, lo llevarían directo al infierno.

Por lo que sólo había una posibilidad: él seguía vivo y la última hora que había vivido con Olivia sí había sucedido.

Recorrió el costado de Olivia y llegó hasta su cadera. Ella era cálida y firme porque tenía una musculatura admirable.

Su pene se estremeció.

Definitivamente, estaba vivo. Olivia suspiró y se acurrucó en él.

—Creo que tengo un déjà vu.

—¿Qué?

—Déjà vu. Esto es como cuando cumplí los dieciséis. Excepto que estamos adentro y no hay ramas picándome la espalda. —Acarició su espalda, pasando sus dedos por su columna y luego tejiéndolos sobre sus músculos—. ¿A veces piensas en eso?

—¿En qué?

—En el pasado. Cuando cumplí dieciséis.

—A veces. —Él no le diría que siempre llevaba en su bolsillo la medalla que ella le había dado.

—Ahora que lo dices, ¿qué es lo que recuerdas?

Él se acostó sobre su espalda y de nuevo la puso sobre su pecho.

—Que echo de menos tenerte en mi vida.

Rayos. Él no había querido decir eso. Ella lo tomaría a mal. Una cosa era tener un sexo fabuloso, capaz de despertar a los vecinos. Pero volver a estar juntos era algo muy distinto.

Él había saboreado la posibilidad de estar con Olivia cada noche. Era maravilloso.

Pero improbable. Su vida estaba en Los Ángeles, y la vida de ella estaba aquí, en el norte de California. Sus caminos no se cruzaban. Jamás funcionaría, y él no quería engañarla. Lo último que él quería hacer es lastimarla.

Él la observó para ver cómo reaccionaba ante su comentario.

Sus cejas se arquearon. Él resistió el deseo de alisarlas.

—Yo también pienso en eso —dijo ella—. Justo antes de desear no haberte conocido.

—Ay. Eso dolió.

Sus labios se retorcieron irónicamente.

—¿Qué esperabas? ¿Qué me encantaría cómo me haces el amor y caería rendida a tus encantos? ¿De nuevo? —preguntó—. No lo creo.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Por la misma razón que tú. Me encerraron.

—No. —Michael señaló con la mirada el lugar donde ella estaba acostada—. ¿Por qué estás aquí?

—Locura temporal. No creas que significa algo más. —Puso su mejilla sobre su pecho, frotando como si tratara de formar un nido.

Él frunció el ceño. ¿Qué rayos había querido decir con eso? Okey, es verdad; tampoco quería que pensara que esto los obligaba a comprometerse de por vida, pero esta noche debía significar algo.

—No me malinterpretes. Estuvo muy bien. —Alzó la cabeza y lo miró con una aura malvada—. Muy bien. Pero no funcionaría. Tú odias el norte de California, y yo no me iré de aquí. La abuela está envejeciendo y tengo mi negocio. —Se encogió de hombros y se quedó callada.

—Veo que pensamos igual. —¿Entonces por qué se sentía tan confundido? Debía cambiar de tema—. ¿Crees que nos dejarán salir esta noche?

—No lo sé pero debemos vestirnos por si acaso. No quiero darle a la abuela la satisfacción de encontrarnos desnudos. Y no porque eso cambie las cosas. De todos modos se va a enterar.

Él se estremeció.

—La abuela Mae me da miedo.

—Dímelo a mí. Y tú no tienes que vivir con ella.

Ella tampoco, pero al parecer no se daba cuenta. Y probablemente se enojaría si él se lo hacía ver. Y no quería hacer eso. El momento era dulce y no quería interrumpirlo.

Olivia puso su mentón en su pecho y lo miró.

—Tendremos que discutirlo llegado el momento, y tú lo sabes —suspiró Michael.

—Tenemos que ser realistas. ¿Cuánto tiempo más te vas a quedar?

Al ritmo en que iba avanzando la película, seguro unos tres años más.

—Al menos varias semanas más.

—Qué bien.

A él no le gustaba cómo sonaba eso.

—¿Qué bien?

—Si te fueras a ir mañana, no podríamos hacerlo de nuevo, ¿sabes? —Levantó la cabeza y lo miró. Michael no pudo leer la expresión en su rostro—. A menos que ya no quieras más sexo.

¿No más sexo con Olivia?

—Ése es no es problema.

Ella sintió alivio.

—Bien. Muy bien. A mí también me gustó.

Él debía estar brincando de felicidad ante la posibilidad de tener sexo sin compromiso, pero nadie podría culparlo por ser desconfiado. Primero, él no creía que el sexo sin compromiso existiera realmente. Segundo, se trataba de Olivia. ¿Por qué ella querría eso? Especialmente viniendo de él. Y tercero, ¿ella realmente se estaba refiriendo al sexo sin compromiso?

Espera un minuto, pensó. ¿Y Lurch?

—¿Quieres tener más sexo conmigo? —Acercó su cara.

—Obviamente hay química entre nosotros, y si la ignoramos estaremos peor.

—¿Entonces esto es nada más por el bien de la humanidad?

Los labios de Olivia formaron una sonrisa.

—Si así lo quieres ver.

Él no estaba seguro de qué sentir al respecto.

—¿Y qué con Lurch?

Ella se vio confundida por un momento antes de torcer los ojos.

—Se llama Rick, ¿y él qué tiene que ver?

—Bueno, si mi novia tuviera relaciones con otro hombre, me enojaría un poco.

—Rick no es así.

Michael la miró sin creerle.

—¿Entonces es gay?

Olivia soltó la carcajada. Cuando no dio señales de responderle, la sacudió.

—¿De qué te ríes? Debe de ser gay si no le importa que otro hombre le haga el amor a su mujer.

Con esto Olivia volvió a soltar la carcajada. Michael pudo sentir lágrimas de alegría rodando por su piel.

Finalmente Olivia se calmó y de vez en cuando reía y le daba hipo. Olivia le acomodó el pelo hacia atrás. Michael trató de resistir el placer de ese gesto, pero se derritió igual cuando ella lo tocó.

—Mientras andes por acá, sólo estaré contigo —prometió.

Con eso debió sentirse mejor, pero no fue así. De hecho, se sintió peor. No quería que ningún otro hombre tocara a Olivia. Nunca. Difícil de lograrlo, pero no podía evitar sentirse así.

Y no quería analizar por qué se sentía así.

Su mano, cariñosa por un momento, de pronto sujetó su pelo y lo jaló. Con fuerza.

—Lo mismo aplica para ti. Te atropellaré si ves a otra mujer.

Michael la puso encima de él y la besó. Su parte del trato no sería ningún problema. Olivia era la única mujer que lo había excitado en mucho tiempo.

Pero él no creía que ella pudiera cumplir su parte. Confiaba en Olivia... pero no en Lurch.

Contrario a lo que Olivia creía, Lurch no iba a entenderlo. Michael sabía que si él estuviera en sus zapatos, haría todo lo necesario para no compartir a Olivia. Lurch haría lo mismo.

Michael la abrazó más fuerte y ella se acurrucó de nuevo en él. Michael no estaba listo para soltarla; aún no. Lurch tal vez pelearía por ella, pero ya le tenía preparada una sorpresa. Michael quería salir victorioso. Al menos en el corto plazo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

PARKER ENTRÓ AL RESERVADO.

—¿Qué noticias me tienes?

Clancy arqueó una ceja and sonrió.

—Buenas tardes a ti también. Me ha ido bien, gracias.

Controlando su deseo inusual de gruñirle al hombre, Parker le hizo una señal a la mesera. Necesitaba un whisky. Urgente.

—Alguien hizo que se te cayeran los calzones esta noche —dijo Clancy sorbiendo su trago.

Parker no tenía ningún interés en hablar de los calzones de nadie. Revisó el bar. ¿Dónde estaría la tonta mesera?

—¿Qué novedades hay?

Clancy sólo sonrió.

—¿Quieres que me espere hasta que te den tu trago? Veo que necesitas uno.

Uno no era ninguno. No necesitaba un trago; necesitaba toda la botella. Era culpa de Elaine.

—¿Qué te traigo, guapo? —preguntó la rubia artificial.

—Tu mejor whisky. Bien servido.

Ella asintió con la cabeza y sonrió insípidamente al ver a Clancy.

—¿Algo más, cariño?

Clancy meneó la cabeza.

—Estoy bien, Molly, gracias.

Sus pies calzados con zapatos deportivos rechinaron sobre el piso pegajoso mientras iba apresuradamente al bar a ordenar el trago.

A él no le gustaban las mujeres que usaban zapatos tipo tenis. Lily los había usado, a pesar de sus quejas, retándolo a perseguir a una niña llena de energía que siempre llevara tacones altos. Elaine siempre usaba zapatos sensatos; obviamente eran finos.

Hizo un gesto de disgusto. ¿Qué rayos le importaban los zapatos de Elaine?

¿Dónde estaba su trago?

Alzó la mirada y notó que Clancy lo observaba divertido y no intentaba disimular.

—El lugar que elegiste es... colorido.

—Mis clientes esperan reunirse conmigo en un lugar de mala fama. Se decepcionan si no es así. Sienten que no estuvieron frente a un detective privado. La Celda encaja en ese concepto.

—Aquí tienes, amorcito. —La mesera puso una servilleta en la mesa y colocó su trago frente a él.

Lo tomó y le dio un sorbo. No era tan bueno como los que solía beber, pero en ese momento estaría dispuesto a tomarse un trago de mezcal en una botella sucia.

Comprendió que Clancy lo observaba y lo maldijo por dentro. Estaba desconcentrado. Maldita Elaine.

¿Por qué se había comportado así? Durante siete años había sido una asistente competente y perfectamente servil, y de pronto entraba arrebatadamente a su baño exigiéndole cosas.

Tomó otro trago. Necesitaba controlarse y ver el asunto que lo ocupaba.

—¿Qué información conseguiste?

—¿Puedo ser franco?

—Para eso te pago.

—Pensé que esto iba a ser una pérdida de tiempo, pero creo que tienes razón.

Parker se mantuvo impávido, pero se preguntó de qué diablos hablaba Clancy.

—¿Sí?

Clancy asintió con la cabeza.

—Elaine Adams definitivamente trama algo.

Estuvo a punto de burlarse. Había perdido demasiado tiempo con Mae Pembroke.

—¿Qué descubriste? —le preguntó, sabiendo que el detective estaba equivocando el rumbo. No podía asegurarlo, pero Elaine traicionaría primero a su madre que a él.

—Ella ha estado pasando mucho tiempo con Olivia. —Clancy sacó un pequeño cuaderno—. En la última semana, ha ido cuatro veces a Matices Románticos, y se ha quedado al menos una hora. Y además, están todas las tardes que ha pasado con Olivia y sus amigas. —Puso el cuaderno en la mesa para que lo viera.

Parker frunció el ceño. No sabía que Elaine hubiera pasado tanto tiempo con Olivia. ¿De dónde sacaba tiempo para ir a Matices Románticos?

¿Ahí es donde estaba comprando su lencería? Prefirió creer que sí. Pensar que había usado ropa tan sensual por tantos años, sin que él lo supiera, lo iba a volver loco.

—¿Te ha estado haciendo preguntas? ¿Sobre Olivia y tu relación con ella?

Parker parpadeó y volvió al presente.

—¿Qué?

—Creo que la Sra. Adams revelará a la prensa amarillista la historia de Olivia.

—Tu teoría es interesante. —Una parte de él quería reír ante semejante absurdo. La otra parte no podía descartar esa posibilidad tan pronto, dado el extraño comportamiento de Elaine—. ¿Cuáles serían sus motivos? Ganaría más dinero si vendiera lo que está pasando detrás de las cámaras en la película.

Clancy se encogió de hombros.

—Sabrá Dios qué la esté motivando. Tal vez quiera vengarse de ti. ¿Le has negado algún aumento de sueldo?

—Para nada —respondió irónicamente. Elaine ganaba más dinero al año que la mayoría de los abogados.

—¿Te tiene coraje por alguna razón?

—No. —No hasta esa noche en que la había obligado a salir de su baño. Aunque ella no debió haber estado ahí.

—¿Podría estar celosa de Olivia y querer sacarla de tu vida?

—No —respondió categórico. Elaine no era el tipo de persona que se dejara llevar por sus emociones. Ésa era una de las razones por las cuales trabajaba para él. Era tranquila y fría en todo momento.

Excepto la noche anterior.

De hecho, ella lo había empujado.

Aún sentía el toque de su pequeña mano sobre su pecho, justo encima de su corazón. Sintió su calor a través de su camisa de vestir. Nunca había visto a Elaine como una creatura de carne y hueso.

—¿Sr. Parker?

Parker se concentró en el hombre que estaba frente a él.

—Elaine apoya a Olivia. Se me hace difícil que pudiera perjudicar a mi hija.

—Quizás su apoyo es un disfraz.

Eso era absurdo. Recordándose que todo era un montaje, reunió la poca paciencia que le quedaba.

—Haz lo que tengas que hacer y dime lo que encuentres.

—¿Nos vemos otra vez el siguiente fin de semana? De seguro tendré más información para entonces.

Clancy puso su trago medio lleno en la mesa y se levantó. Se quedó parado junto a la mesa, un tanto desconcertado, y luego preguntó:

—Sr. Parker, ¿hay algo que quisieras decirme?

—¿Cómo qué?

—Creo que hay algo más que no me estás diciendo.

—No hay nada qué decir. —No le gustaba que el hombre fuera tan astuto.

Clancy lo estudió por un segundo antes de asentir con la cabeza.

—Estaremos en contacto.

Parker vio a aquel hombre larguirucho retirarse luego de despedirse de manera casual del cantinero.

Debía resolver la situación de Michael y Olivia antes de que esta supuesta investigación se saliera de control.

Miró su reloj. Las nueve de la noche. Llevaban menos de dos horas en el establo.

Como Mae bien había dicho, encerrar a dos personas inestables en un espacio pequeño tendría que provocar una reacción química. Eso era lo que él estaba esperando; debía deshacerse de Clancy. Si Elaine se enteraba... Después de esta noche, no sabía si ella se le echaría encima a golpes antes de abandonarlo.

Parpadeó tratando de identificar el intenso dolor le producía que la idea de que ella lo abandonara.

Descartó tal cosa. Eso no iba a suceder. Él no lo permitiría.

Terminó su trago. Salió del bar y decidió caminar por la ciudad. La opción de volver a la granja de Mae y enfrentar a Elaine era peor que someterse a una auditoría fiscal.

CAPÍTULO VEINTE

OLIVIA FRUNCIÓ el ceño al ver la figura dormida de Michael. Él no le había dicho que no saldría con otras.

Resistió el impulso de golpearlo. Por supuesto que él diría que no quería que otro hombre olfateara sus terrenos mientras ellos estaban juntos, ¿pero las mismas reglas aplicarían en su caso?

Ella y Michael no eran novios. Ella había fijado un límite. Tendrían sexo y nada más. En unas cuantas semanas él se iría y todo volvería a la normalidad. Él volvería a su vida en Los Ángeles y ella se quedaría en Mill Valley. Sola.

De nuevo.

Fue mi decisión. A ella le encantaba ese lugar. Esta vez la decisión de quedarse era suya.

Estudió el rostro de Michael. Aun dormido, pudo notar que el entusiasmo inocente que alguna vez tuvo había desaparecido. La sabiduría y la experiencia lo habían reemplazado.

Trazó el filo de sus labios con un dedo. Que Michael se fuera era algo bueno. Olivia no podía saber por qué en ese momento, pero lo más seguro es que sería algo positivo.

Olivia miró a su alrededor. El queroseno de la lámpara se había consumido hacía ya mucho tiempo. Primero, habían estado demasiado ocupados para llenarla de nuevo; y luego, estaban muy cansados. Aunque seguramente ya iba a amanecer, ¿o no?

Había pasado la noche con Michael Wallace. Nunca, ni en un millón de años, hubiera pensado que eso sucedería de nuevo.

Estaba segura de que había sido cosa de su abuela y de su padre.

Hizo una mueca. La abuela probablemente esperaba que las cosas se aclararan entre ellos, no que hicieran el amor como si el mundo estuviera a punto de llegar a su fin. La abuela no estaría contenta al saber que Olivia no le había dicho a Michael nada del bebé.

Bueno, había tratado de decírselo. Si él no hubiera estado tan ansioso de quitarle las pantaletas, se habría enterado de que ella estaba embarazada cuando la dejó. Aunque Olivia debía admitir que tener a alguien con tantas ganas de quitarle las pantaletas era muy emocionante.

—Michael. —Le hizo cosquillas en el lóbulo de su oreja y se rio en voz baja cuando él protestó y trató de darle un manazo—. Michael, tienes que despertarte.

—Despiértame —murmuró y se dio la vuelta para enterrar la cara en su chamarra, que usó de almohada.

Ella se recargó en su hombro, presionando deliberadamente los senos sobre su cuerpo.

—Michael, tenemos que vestirnos. No sé qué horas son, y no quiero que la abuela o mi padre nos encuentren así. —Besó suavemente su oreja.

Él gimió y se acostó boca arriba; se tapó los ojos con el brazo.

Sonriendo, lo montó.

—Ay, Dios. ¿Qué tenemos aquí? —Frotó su cuerpo sobre la erección.

—Déjame en paz —gimió, aunque agarró su trasero y arqueó sus caderas para penetrarla.

Ella se movió y él entró sin problemas. Ella suspiró; se sentía tan bien.

—No tiene caso que finjas que sigues dormido.

Abrió los ojos y la observó. Olivia no estaba segura de qué vio Michael, pero cualquier cosa que hubiera sido, lo hizo feliz porque gimió, se sentó y empezó a darle los buenos días a sus senos.

Ella se perdió con la sensación de su lengua recorriendo su cuerpo. Olivia movió las cadenas lentamente en círculos, imitando el movimiento de su lengua.

—Ahora entiendo por qué la gente se vuelve adicta al sexo.

—Hmm.

—Amo cómo se siente tu barba sobre mi piel. —Él respondió con un pequeño beso en su escote—. Quizás deberías dejar de rasurarte un par de semanas. —Él gruñó—. Pero no te dejes crecer la barba. Quiero que te veas como George Clooney, no como Grizzly Adams.

Ella rio mientras él le daba la vuelta con un ruido gutural. La punta de su nariz rozó la de ella.

—A veces hablas demasiado —le dijo. Su voz seguía siendo grave porque tenía sueño y eso a ella le daba escalofríos.

—No creo. De hecho...

Él pegó su boca a la de ella antes de que pudiera terminar la frase. Eso a Olivia no le importó. En ese momento, el método de comunicación de Michael era mucho más urgente.

—¿NECESITAS ayuda?

Olivia volteó.

—Michael, casi dijiste una frase completa, y a estas horas de la mañana.

—No es bueno burlarte de la gente antes de que tome café.

Ella se subió las pantaletas por las piernas y agarró su sostén.

—Sólo digo que estoy un poco sorprendida.

Él le quitó las manos.

—Quiero hacerlo —dijo con su voz grave de las mañanas.

Le abrochó su sostén y lentamente le acomodó los tirantes, como si saboreara el roce de su piel con las yemas de sus dedos.

Ella se estremeció.

—¿Tienes frío? —No esperó la respuesta. Dejó un beso en el espacio entre sus hombros, tomó su blusa del montón que estaba en el suelo y la colocó sobre su cabeza. Le levantó su pelo y le acomodó los brazos en las mangas. La volteó y besó su ombligo antes de bajar la blusa. Puso la misma atención a las piernas y la ayudó a meterse en los pantalones.

Ella no se había dado cuenta antes de que vestirse pudiera ser tan sensual como desvestirse. La dejó sin habla; la conmovió de una manera que ella no buscaba.

Michael se veía tan incómodo como ella se sentía. Él carraspeó.

—Olivia...

Maldición. Ahora venían los arrepentimientos. ¿Pero de qué podía él arrepentirse? Ella le había dicho que sólo sería sexo.

—Sé que es demasiado tarde para esto, pero no usamos condón.

Ah, claro. Después de su breve embarazo, ella había decidido tomar anticonceptivos. De ninguna manera se arriesgaría de nuevo.

—Yo me encargué de eso.

Él se tranquilizó al máximo.

—Okey. Y para que sepas, conmigo no corres ningún riesgo. He tenido cuidado con todas las mujeres que he... bueno, excepto contigo.

Escucharlo hablar de sus conquistas del pasado no era lo que ella quería escuchar después de haber tenido una noche de sexo espectacular.

—No te preocupes —dijo fríamente. Luego, con crueldad, agregó—: Yo también he tenido sólo sexo seguro con mis galanes.

El candado que estaba afuera sonó con fuerza. Olivia y Michael se miraron y corrieron hacia la puerta. Llegaron justo cuando se abría.

Olivia no supo quién se veía más sorprendido, Michael, ella o el tipo que estaba parado afuera frente a ellos. Por su facha, se veía que era miembro del equipo de rodaje. Ciertamente jamás lo había visto.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LO PRIMERO QUE Olivia vio cuando entró al Café Sabio fue a su traicionero padre recargado en una silla, con las piernas cruzadas, mirando fijamente a Elaine, que estaba sentada frente a él escribiendo con férrea disciplina. No tenía idea de qué hacían ahí, pero daba igual. Ella tenía un asunto pendiente con él.

Ensanchó los hombros y marchó por toda la tienda hasta su mesa.

—Qué raro verte aquí —dijo ella secamente.

Elaine alzó la mirada, empujó sus lentes hacia arriba, por su nariz, mientras una sonrisa se formaba en su rostro.

—Ahí estás. Estaba preocupada por ti. No te vi volver anoche y nadie me pudo decir dónde estabas. —Le lanzó tremenda mirada a su jefe.

Olivia frunció el ceño y la estudió. La sinceridad brillaba en su mirada, y supo sin lugar a dudas que Lainie no estaba involucrada.

Suspiró de alivio por dentro y el nudo en su estómago desapareció. La idea de que Lainie la hubiera manipulado había sido sorprendentemente dolorosa. El alivio que sintió casi fue eufórico. Lo que significaba que la abuela y Parker eran los únicos cómplices. Con eso podía lidiar.

—¿Tú también estabas preocupado por mí? —se dirigió a él.

—Eres capaz de cuidarte solita. Siempre lo has dicho.

—Qué increíble que lo recuerdes —fingió sorpresa.

—¿Tienes algo que decir, Olivia? Elaine y yo estamos en una reunión. —Parker tomaba su café con calma, pero sus ojos nunca dejaron de observarla.

Ella sintió su sangre arder de rabia. El deseo de gritarle fue poderoso, pero a Eve no le gustaría que hubiera un escándalo en su café.

Jaló una silla y se sentó de golpe. Se inclinó hacia delante, lo miró a los ojos y le dijo suavemente:

—No te metas en mi vida.

Oyó carraspear a Lainie, pero nunca le quitó la vista de encima a Parker. Era como ver a una cobra: en cuanto le diera la espalda, sabía que la atacaría. Olivia no quería que la agarrara desprevenida.

Él puso su taza sobre la mesa y la enfrentó con su mirada fría e intensa. Con la misma suavidad le respondió

—Vaya que lo haré.

Olivia empuñó las manos y las puso a los lados para evitar que temblaran.

—¿Y tú qué vas a sacar de todo esto?

—Quizás esté haciendo esto por mi hija.

—¡Ja! Qué buen chiste.

—¿Es tan difícil de creer?

—Creo que tienes tus propios motivos. Lo único que te impulsa es tu trabajo. Jamás te he visto hacer algo que no tenga que ver con tu ascenso en Hollywood. Yo te importo menos. Siempre ha sido así, y siempre lo será. Lo que siento y cómo me siento nunca ha sido tu preocupación; eso quedó claro cuando me abandonaste en la granja de la abuela cuando murió mamá, y cuando te llevaste a Michael al terminar el bachillerato.

—¿Qué? —Lainie casi se atraganta.

Olivia se dirigió a ella con una sonrisa llena de amargura.

—¿No lo sabías? Michael y yo probablemente estaríamos casados ahora si mi padre no le hubiera dado la oportunidad de su vida. Él me robó a Michael. —Encaró a su padre—. Qué bueno que mamá murió, ¿verdad? Fue una complicación menos para ti, porque tú sólo querías progresar.

En cuanto dijo esas palabras, deseó no haberlas pronunciado. Olivia se tapó la boca, horrorizada consigo misma.

El dolor llenó los ojos de su padre, pero lo enmascaró rápidamente.

—Estás amargada, Olivia. Francamente, esperaba más de ti.

Ella se llenó de ira. ¿Por qué tenía que ser así todo el tiempo?

—Sí, bueno, nunca ha sido un secreto cuánto te he decepcionado.

—Basta —protestó Lainie golpeando la mesa—. Ya basta. Ustedes deberían sentirse avergonzados. Éste no es el lugar adecuado para hablar de esto.

—Bueno, no podemos hablar en la casa porque él —lo señaló con el dedo— la convirtió en un zoológico. Eso no me sorprende. A él no le importa otra cosa que no sea su trabajo.

Lainie frunció el ceño.

—Suficiente, Olivia. No permitiré que le hables así a tu padre.

—¿Tú? —preguntó Parker.

Lainie lo ignoró.

—Tu padre es un hombre que se preocupa por los demás. Sus métodos tal vez no sean los ideales —lo reprobó con la mirada—, pero sus intenciones son buenas.

—Él trae algo entre manos, Lainie. Obligó a Michael a filmar la película en la granja —Olivia se dirigió a él—: Ya no permito que me manipulen. Controlo mi propia vida y no quiero que tú te metas.

—Olivia... —suspiró Elaine.

—Nos encerró a mí y a Michael en el establo. Toda la noche.

Eso la dejó fría. Se volvió a ver a Parker.

—¿Eso es cierto?

Su inquebrantable padre se agitó incómodo.

—No veo que eso tenga importancia.

—Por supuesto que tiene importancia. Olivia es una mujer adulta. Tiene su propia vida. Ella tiene razón. No tienes derecho a interferir en sus asuntos.

—Yo...

—No, Everett, no puedes hacer eso. —Lainie señaló a Olivia—. Y tú no te estés relamiendo. Basta. Ya es hora de hacer una tregua.

Olivia rio. Al ver la expresión en el rostro de Parker, se dio cuenta de que eso era lo que él también quería.

—¿No resultó algo bueno de tu encierro con Michael? —Lainie torció los ojos. Olivia se sonrojó, recordando los orgasmos, cómo cada uno había sido más potente que el anterior. Pero probablemente no era eso lo que Lainie quería decir—. ¿Entonces no puedes perdonar a tu padre por los métodos que emplea? —preguntó Lainie afirmando con la cabeza.

—Ya me voy. Se me hace tarde y tengo que abrir la tienda. —Olivia se paró, sin importarle si él sabía o no que eso era sólo un pretexto. Sólo debía salir. Darse un espacio para pensar.

—Olivia —dijo su padre, y ella se volvió para verlo por encima del hombro—. Sí me importa y tú lo sabes —casi murmuró.

—Ajá, ¿pero con eso basta?

Antes de que pudiera responder, ella salió sin recordar llevarse su acostumbrado latte y su pan. La comida era lo último en lo que pensaba en esos momentos.

OLIVIA ESTABA ACOSTADA en la cama, mirando la luz de la luna bailar en las paredes. Estaba agotada, pero no podía dormir.

Su cama estaba tan vacía.

Justo cuando comenzaba a dormirse, la despertó un toquido en la ventana. Volteó buscando algo que pudiera usar como arma, pero luego vio quién era.

—Michael —dijo sorprendida mientras bajaba de la cama.

—Eso fue más difícil de lo que recordaba —sonrió y señaló el arma mientras terminaba de trepar por la ventana—. ¿Qué pensabas hacer con eso? ¿Matar de aburrimiento al intruso hasta que se rindiera?

Olivia vio su libro *Influencia: La psicología de la persuasión* que tenía en la mano y se encogió de hombros.

—También podría haberte atacado con mi crema hidratante.

—Eso suena mejor.

—Estás loco. —Olivia meneó la cabeza, viéndolo cerrar la ventana.

—Antes te hubiera dicho que no. —Se paró frente a ella y acarició su labio inferior con un dedo—. Pero, sí, tienes razón. Estoy fuera de quicio.

Hundió ambas manos en su pelo, hizo su cabeza hacia atrás y delineó sus labios con la lengua.

Olivia dejó el libro en el piso y se acercó a su boca para tener mejor contacto. Escuchó que alguien gemía y se sorprendió al darse cuenta de que ese sonido lo había hecho ella.

Los dos estaban jadeando; él interrumpió el beso. Con los pulgares acarició sus pómulos y luego se deslizó por su cuello y hasta los hombros.

—Tienes las manos frías. —Ella estaba temblando, pero sabía que más que la frialdad de sus manos, eran sus caricias. Sus manos pudieron haber estado frías, pero su mirada era ardiente.

—Puedes calentarlas. —Michael jugueteó con el delgado tirante de su camiseta. Se arrodilló, con las manos en la cintura de Olivia, y mordió para trazar un camino alrededor del ombligo, hasta su arete.

—No pude hacerte esto anoche, y me moría de ganas desde que regresé —dijo, y luego lamió el pequeño aro hasta meterlo a su boca, para luego jalarlo suavemente.

Ella echó los hombros hacia atrás, impactada por el placer repentino que recorría su cuerpo. Él besó los lados de su cuerpo antes de plantarle un beso en el centro. La miró; con sus pulgares frotaba su vientre de arriba hacia abajo. Lentamente, con sus ojos aún conectados a los de ella, puso los labios justo donde más la excitaba. Mientras él mordisqueaba su ropa interior, ella

sentía que de seguro moriría.

Suspiró; sus caderas se mecían con voluntad propia. Michael la mordía con suavidad, pero persistentemente.

—Quítamelas —ordenó.

Él jaló su ropa interior y metió su lengua en ella.

Ella no supo quién de los se sorprendió más con semejante orgasmo. Ella gritaba, sintiendo un mareo cada vez que las marejadas recorrían su cuerpo.

Él se levantó y la tomó en sus brazos. La besó; caminó ciegamente hacia la cama. Ella probó su propio sabor en la boca de él y gimió de placer.

Se subieron a la cama y él la cubrió con su cuerpo.

—¿Es la misma cama? Porque si lo es, la próxima vez mejor te metes a mi cuarto a escondidas. Al menos mi colchón no se hunde.

—Cállate. —Mordió la columna musculosa de su cuello. Él olía tan bien; conocido, pero diferente y emocionante al mismo tiempo.

—Tal vez ahorita no te preocupe esto, pero en la mañana, cuando tengas la espalda adolorida verás que tengo razón.

—Yo voy a hacer que te duela, pero te va a gustar. —Se dio la vuelta y los dos cayeron al piso.

—¡Uf! —fue todo lo que alcanzó a decir cuando ella cayó encima de él.

—Ahora sí tienes un soporte más firme para tu espalda. —Se sentó y se quitó la camiseta—. Ahora debes de sentirte muy bien.

Debajo de ella, Michael se quedó quieto. La diversión en sus ojos desapareció, y la reemplazó un fuego tan intenso que ella temió quemarse.

—Tengo demasiada ropa puesta —señaló.

—Ya lo había notado. —Olivia le desabrochó la chamarra de piel, sujetó los lados de su camisa abotonada y jaló. La tela, al romperse, lanzó disparados los botones que rebotaron en el piso de madera.

Olivia se agachó y lo besó hasta llegar al pecho, lo que provocó un brusco jadeo.

—Cállate —reprendió, sin voltear a verlo—. No podemos hacer ruido, ¿recuerdas?

No que tuviera mucha importancia. Su cuarto estaba al otro lado de la casa, donde nadie dormía. Nadie se enteraría. Lo único que debían evitar era gritar como un par de locos.

Lo cual, en este momento, era una posibilidad.

—Sin ruido. Okey. —Él gimió cuando ella desabrochó sus jeans y metió las manos.

Olivia se detuvo cuando sus dedos se toparon con el cuerpo desnudo.

—¿No traes ropa interior?

Él le enseñó una sonrisa hueca.

—Esta noche como que estaba de sobra.

—Bien dicho. —Jaló sus pantalones y vio todo lo largo que ahí se le ofrecía.

Navegando hacia abajo, lo introdujo todo en su boca y chupó la punta. Por la forma en que él gimió y agarró su pelo, supuso que le gustaba, así que lo hizo de nuevo. Y una vez más.

—Olivia... —Enredó la mano en el pelo de ella y lo jaló. Ella alzó la cabeza—. Después quiero que hagas esto de nuevo, pero ahora quiero entrar en ti.

—Yo también quiero. —Se montó en él y lo hizo entrar profundamente.

Parte de su pelo quedó enfrente y cubría el torso de Michael. Él tomó el pelo y le acarició un pezón con él. Olivia suspiró, hizo el cuerpo hacia atrás y le ofreció sus senos.

Él no vaciló. Se sentó; con una mano sujetó su cadera para controlar sus movimientos fuertes

y chupó su pezón. Ella gritó.

—Tenemos que guardar silencio, ¿recuerdas? —murmuró sobre su piel.

—¿Sí?

—Sí. O me detengo —sonrió mientras raspaba la cima de su seno con sus dientes.

—Infeliz. —Se le echó encima.

—Okey, quizás no me detenga —dijo él, jadeando.

—Sabía que ibas a cambiar de opinión.

Puso su mano en el hueco de su espalda para guiar su ritmo. Chupó justo debajo de su oreja donde el pulso latía salvajemente.

—Olivia, siento cómo me estás apretando el pene. Te vas a venir, ¿verdad? Puedo sentir.

Alcanzó a tapar su boca un segundo antes de que ella gritara. Ella se perdió en un abismo profundo de placer; hundiéndose, nadando, perdida ante todo, excepto a él, que se mecía con más vigor y explotaba dentro de ella mientras sus lenguas se encontraban.

Ella se derritió sobre él y se dieron la vuelta para que él quedara arriba. Levantó su pierna derecha con en el hueco del brazo y la penetró. Ella quería decirle que parara; que de ninguna manera podría venirse de nuevo. Con otra acometida, vio que pronto estaría lista otra vez. Con la tercera, se había convertido en participante activa.

Él le quitó el pelo de la cara y acarició su mandíbula.

—Mírame. Quiero verte cuando te vengas.

—Síguele y no tendrás que esperar mucho —rio casi sin aliento.

—No creo que eso sea difícil —sonrió.

No lo fue.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Olivia decidió que podía perdonar a la abuela y a Parker por haberse entrometido, si eso significaba tener un par de semanas de intenso sexo.

Entró como un ventarrón por la puerta del Café Sabio, todavía en las nubes por la visita que Michael le había hecho la noche anterior. Sonreía como una tonta pero no le importó. Caminó sensualmente hacia el mostrador.

—¡Hola amiga!

—Hola, tú. Llegas justo a tiempo. —Eve señaló una charola de panecillos—. Recién salidos del horno.

—Yo siempre vengo a tiempo. —Michael era prueba de ello. Olivia nunca había tenido sexo tan puntual.

Eve comenzó a preparar su bebida.

—Parece que te acabas de devorar un platón de crema pastelera.

—O algo igual de dulce. —La sonrisa de Olivia se ensanchó.

Eve se recargó en el mostrador.

—¿Quieres soltarme la sopa antes o después de tu latte?

—Qué tal si me siento allá —Olivia señaló una mesa pequeña en una esquina— y tú me llevas el latte y yo te cuento todo.

—Trato hecho. Si me cuentas todo con lujo de detalle te daré pan dulce.

—Tú sí que sabes regatear —rio Olivia.

Eve llegó a la mesa en tiempo récord con la bebida y el pastelillo de Olivia. Se sentó mirando hacia la puerta, seguramente para vigilar a los clientes, asumió Olivia.

—Okey, estoy lista. —Olivia ocultó su sonrisa con la bebida, fingiendo beber tranquilamente sólo para hacer desatinar a su amiga. Eve exhaló de frustración—. Okey, bueno. Probablemente puedo adivinar qué fue lo que pasó de todos modos.

—Adelante.

Eve se cruzó de brazos y apretó los labios.

—Tú y Michael obviamente pasaron la noche juntos. Al verte a los ojos, yo diría que no sólo hablaron. —Olivia se metió un pedazo de pan a la boca—. Si tuviera que adivinar, diría que anoche no fue la primera vez que estuvieron juntos desde que regresó.

—Quizás —sonrió.

—¿Y ya le dijiste?

—¿Qué cosa?

—No te hagas la tonta. —Eve torció los ojos—. ¿Ya hablaron del pasado? —Olivia hizo una mueca. Primero la abuela; ahora Eve—. Eso quiere decir que no.

—No es importante.

—Sí, sí lo es si aún te perturba.

—No me perturba. —Casi no. Eve arqueó las cejas—. En serio. —Ya no responsabilizaba a Michael por haber perdido al bebé; no tenía sentido escarbar más. Además, a Michael le importaba su carrera, no saber de un bebé que nunca deseó tener.

—Ten cuidado, ¿okey? —suspiró Eve.

—Esta historia ya me la sé. Él regresará a Los Ángeles en unas semanas. Eso lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero eso no significa que no podamos divertirnos un rato.

—¿Quieres más?

—No puedo querer más.

—Olivia, a veces el corazón no le hace caso a la lógica. —Su amiga le dio un apretón en la mano y se fue a atender a un cliente.

Dejó sola a Olivia, que de nuevo sorbió su latte y trató de no pensar en un pasado que no podía cambiar, en deseos que nunca podrían ser realidad.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

MICHAEL tamborileó en su muslo con los dedos y se asomó por la ventana del Café Sabio. Al final de la calle estaba Olivia en su tienda, jugando con lencería sexy.

Okey, eso no podía asegurarlo, pero podía apostar que eso es lo que estaba haciendo. Podía verla acomodando las diminutas piezas de lencería, planchando con la mano bragas de seda...

—Michael.

—¿Sí? —Quizás debería ir para allá y ayudarla a abrir uno de esos frascos de chocolate líquido. El chocolate sabía delicioso en el cuerpo de Olivia.

—Michael.

Dos dedos tronaron junto a su oreja y él dio un brinco. Renegando, vio que Parker estaba al otro lado de la mesa con el ceño medio fruncido.

—Me extraña de ti, Michael.

Claro. Pero no podía evitarlo. Se hizo el pelo hacia atrás con los dedos.

—Sólo estoy un poco cansado.

—¿Problemas en el set? —Parker frunció más el ceño.

Sólo si consideras problema a una actriz fogosa que a cada rato se te lanza. Y un director que no puede dejar de pensar en su amor de la adolescencia.

—Nada que no pueda controlar.

—Sabes que es muy importante que entregues este proyecto a tiempo...

—Sí, sí. Lo sé. —Todo su futuro dependía de ello.

Lo malo es que entre más pronto terminara la película, más pronto volvería a Los Ángeles. Y eso significaba dejar más pronto a Olivia.

No se engañaba respecto al futuro. No estaba escrito que él y Olivia terminarían juntos. Pero, maldita sea, le gustaría disfrutarla lo más que pudiera.

—Algo cambió en ti, Michael —dijo Parker.

—No te entiendo.

—Nunca te he visto tan distraído. Si no crees que puedas terminar este proyecto...

—Te encantaría que eso sucediera, ¿no? Me tendrías en tus garras. —Una luz se prendió en su cabeza—. Por eso estamos aquí, ¿no?

—¿Aquí?

—Deja de fingir, Parker. Quieres verme caer. Yo sabía que había una razón por la cual haríamos aquí el rodaje. Estás usando a Olivia como distracción. —Cuando comprendió las implicaciones de aquello, se sintió hervir por dentro—. ¿Qué clase de hombre eres que usas a tu propia hija como anzuelo?

Parker ni siquiera parpadeó.

—Creo que cuando te calmes podrás ver el verdadero motivo...

—Me cago en los motivos. Sé que tengo razón. —Michael bajó la voz, consciente de las miradas que estaban atrayendo. Se recargó en la mesa viendo los ojos pálidos y glaciares de su jefe—. Eres un desgraciado si le haces esto a Olivia. Yo, lo puedo entender. Sólo soy tu empleado. ¿Pero Olivia? Tú haz tus juegos maquiavélicos conmigo, Parker, y veremos cómo nos va. Pero mantente lejos de Olivia.

Parker arqueó una ceja.

—¿Sí entiendes que ella es mi hija?

—Lo entiendo. Pero no creo que tú lo entiendas. —Michael se levantó y salió. Cuando estuvo afuera respiró profundamente. El aire fresco purificaba el ambiente. Casi logró sacar el sabor amargo de su boca.

Tenía que hablar con Olivia. Debía decirle lo que su padre traía entre manos, y distanciarse de ella.

Sacó su medalla del bolsillo.

Sabía que ella odiaría ser una marioneta, y francamente, él mismo no podría poner en riesgo su futuro. Había caído en la trampa de Parker. Se había enredado tanto con Olivia que no podía concentrarse en nada más, mucho menos en la película.

Tenía que liberarse de Everett Parker. Sabía que ella comprendería por qué no deberían seguirse viendo.

Michael cruzó la calle y abrió la puerta de Matices Románticos. Se detuvo en la puerta, esperando percibir la delicada fragancia de la tienda. ¿Lavanda? Parecía más que eso; algo sencillo y dulce, pero al mismo tiempo complejo.

Como Olivia.

—Vaya qué sorpresa.

Michael volteó a ver a Olivia, que se iba acercando. Llevaba puesta una falda diminuta de piel roja; sus largas piernas bien torneadas enfundadas estaban en medias negras y su blusa negra llevaba unos cuantos botones desabrochados. Se paró tan cerca de él que logró ver destellos del encaje negro que se asomaba entre la ropa.

Michael cerró los ojos y rezó para reunir valor.

—Michael, ¿estás bien? —Sintió la mano de Olivia en su brazo.

¿Bien? Él quería empujarla de nuevo contra la puerta y meter su pene endurecido hasta lo más profundo de su cuerpo. Quería escucharla ahogarse y reír. Quería tener el derecho de sostener su mano y besarla cuando quisiera.

Abrió los ojos y vio preocupación en su mirada cálida. Jamás había notado lo ricos y chocolatosos que eran sus ojos. Debió haber notado eso antes.

¿Cómo podría decirle que tenían que dejar de verse?

—¿Michael? —Sus labios tenían el mismo rojo que su falda, rojo profundo, rojo hazme el amor.

—Bueno —musitó y se rindió. De nuevo se le acercó y ligeramente besó su labio inferior, para luego colocar su boca al nivel de la suya. Ella suspiró dentro de su boca y lo derritió de nuevo, su mano surcando por la parte interna de su chamarra.

Él la liberó igual de abruptamente. Su labial se había estropeado y ella lo miró a través de sus pestañas casi cerradas.

Olivia tomó la barbilla de Michael en sus manos y frotó alrededor de su boca con el pulgar.

—Este tono de rojo no te va bien. —Su voz ronca hizo que su estómago diera un vuelco.

—No lo sé. Creo que sí me queda.

Ella lo miró y como no pudo descifrar lo que estaba pasando, dio un paso hacia atrás.

—No creí que fuera a verte esta mañana. ¿A qué debo este placer?

Él no entendió qué la había hecho alejarse, tanto física como emocionalmente, pero no le gustó. La acercó más porque necesitaba tenerla a su lado.

—Te extrañé —dijo, sorprendido de darse cuenta de que era verdad.

Ella se enterneció visiblemente.

—¿No tienes que estar en el set?

—Salí a una junta.

—¿Aquí? —Su ceño se frunció—. ¿Con quién tuviste la junta? ¿Con Parker?

Ésta era la oportunidad perfecta para decírselo. Era prácticamente una invitación para sacar la verdad a flote. Lo único que tenía que hacer era abrir la boca y decirle por qué ya no podrían verse más: porque su padre los estaba manipulando para poderlo esclavizar durante el resto de su vida creativa.

Abrió la boca para decírselo y dijo:

—Fue un asunto pequeño. Nada importante.

Olivia le frotó las sienes con los dedos para liberar la tensión.

—Bueno, si quieres hablar de ello, aquí estoy.

—Gracias —sonrió, odiándose por no ser honesto con ella.

—Tengo que regresar. —Saludó a una clienta que estaba al fondo, que los miraba estúpidamente.

—Bueno. Yo también tengo trabajo. —La besó en los labios, tardándose más de la cuenta—.

Cena conmigo esta noche —susurró de nuevo.

Él amaba la forma en que sus bocas se acoplaban.

—Okey.

—No sé a qué horas termine.

—Okey.

—Y no creo que haya un restaurante en Marin que abra tarde.

Ella rio suavemente.

—Yo me encargaré de la cena. Háblame cuando sepas a qué hora puedes verme.

—Llévate esto puesto. —Acarició su mejilla—. Nos vemos, amor.

Exhaló profundamente después de cerrar la puerta. Eso no había salido precisamente como lo había visualizado. Michael observó otra vez Matices Románticos. Parker conocía su debilidad. Michael estaba totalmente atrapado.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CON LAS MANOS en las caderas, Olivia miró el reloj. ¿Dónde estaba él? Caminó por su cuarto, con cuidado de no estropear el picnic que había acomodado en el piso.

Patético. Se tiró en la cama. Ahí estaba, todavía en ropa de trabajo, esperando a un tipo que no creía que fuera a aparecer.

Okey, no era simplemente un tipo. Había sido el amor de su vida.

—Había, es decir, tiempo pasado —aclaró. Esta aventura la curaría de su pasado.

Y, maldita sea, ya no iba a esperar. Se agachó para cortar una uva del picnic y empezó a desabrocharse la blusa.

La ventana se abrió y Michael asomó la cabeza.

—Llegaste tarde —le dijo secamente.

—Lo sé. Y estás enojada, pero haré que te contentes. —Metió la pierna por la ventana y la cerró cuando ya estaba todo él dentro del cuarto—. Bonito atuendo.

Ella cruzó los brazos.

Él se acercó, la tomó entre sus brazos y besó su frente.

—Lo siento, se me hizo tarde. Tuve una buena razón.

—¿Qué?

Michael metió la mano en el bolsillo de su saco.

—Pasé antes por esto. No vas a creer los líos en los que me metí para conseguirlo. Pensé que sería tan fácil como ir a la farmacia, pero tuve que ir a cuatro tiendas para encontrar lo que buscaba.

Miró su mano extendida. Acurrucado en el centro de su palma, había un patito amarillo.

—Un patito de hule. —Michael sonrió, vacilante, y la hizo recordar al Michael de antes.

—Un patito de hule —repitió ella.

—Para que te bañes.

—Lo supuse.

—También traje esto. —Sacó un pequeño frasco de su otro bolsillo. No hizo ningún intento de tocarla, pero el calor de sus ojos era más tangible que sus caricias—. Chocolate líquido. Se me antojó un postre.

La sonrisa de Olivia se alargó. Dio dos pasos para acortar la distancia entre ellos, puso su mano en la nuca de Michael, enredó los dedos en su pelo y lo besó intensamente.

Oyó el ruido sordo del frasco al caer sobre la cama y al siguiente instante sus brazos la rodeaban, abrazándola como si jamás la fuera a soltar.

—¿Ya no estás enojada? —Alzó la cabeza.

—Depende. —Acarició su cuello con la boca; sus labios rozaban el punto donde podía sentir

su corazón latiendo con fuerza.

—¿De qué?

—De qué tan bueno esté el chocolate.

Él sonrió y la volteó hasta que la parte posterior de sus piernas tocó la cama y quedó acostada sobre su espalda.

—Creo que el chocolate será el mejor que hayas probado.

—¿Así de seguro estás?

—Te lo voy a demostrar, nena.

A ella le encantaba la forma como él la devoraba con los ojos. Olivia se hizo hacia atrás y se estiró. Cruzó las piernas y agitó un pie para que él notara sus piernas cubiertas con medias y los tacones. No sabía por qué a los hombres les fascinaban las medias y los tacones, probablemente porque no tenían que usarlos, pero ella estaba feliz de ataviarse de esa forma para obtener ventaja.

Suspiró cuando él le quitó el zapato y masajeó su pie. Sus pulgares aliviaron la tensión de un pie que llevaba demasiado tiempo con esos zapatos.

—Qué rico —gimió.

Él pasó de un pie a otro.

—Quizás tengamos que ponerte más cómoda antes de continuar.

—Tú ordena, yo obedezco.

—Nunca tengo una grabadora cuando la necesito.

—No te hagas el vivo. —Lo empujó con el pie—. Más.

—Exactamente.

Ella miró sus manos mientras le desabrochaba la blusa. Michael lo hizo lentamente, esperando que cada botón botara mientras ella contenía la respiración. Sus manos nunca tocaron su cuerpo. Sus pezones temblaron de necesidad y ella no pudo evitar arquearse para que él la tocara.

—¿Lo estás haciendo a propósito?

—¿Qué?

—Quieres volverme loca.

—¿Está funcionando?

—¿Tú qué crees?

—Bien. —Le levantó la falda, paseó el dorso de su mano por su cuello hasta llegar a la parte superior de sus senos y luego a su abdomen, hasta rozar su tanga de encaje—. Ser dueña de una tienda de lencería tiene sus ventajas, ¿no?

—Tengo un arsenal, y no me da miedo usarlo.

—Gracias a Dios —dijo con devoción antes de bajarle los tirantes del sostén—. Ayúdame con esto.

Ella alcanzó la parte trasera de su sostén y lo desabrochó. Él se lo quitó y lo aventó al otro extremo del cuarto. Sus pantaletas siguieron el mismo destino.

Olivia alzó su pierna derecha para quitarse las medias, pero la mano de Michael lo detuvo.

—No te las quites.

Ella arqueó la ceja, pero no discutió. Estaba más intrigada con lo que él iba a hacer con el chocolate del frasco, que acababa de tomar. Comenzó a destaparlo.

Se arqueó cuando sintió los dedos de Michael recorrer el centro de su pecho. Olivia pudo respirar de nuevo cuando él untó cada pezón con dulce. Cada pincelada intencionada de chocolate reanimaba el fuego que él había comenzado con el primer beso.

Olivia suspiró, sujetando la colchoneta que tenía bajo su cuerpo.

—No sé cuánto más pueda aguantar.

—Puedo detenerme.

—No creo que eso sea menos doloroso.

—¿Entonces qué pasa si hago esto? —Agachó su cabeza y lamió su vientre hasta el cuello, siguiendo la línea de chocolate que había pintado en ella—. Delicioso —murmuró en el hueco de su garganta.

—Me moriré —gritó y clavó los dedos en su pelo cuando lamió un lugar particularmente sensible de su garganta.

—Siempre te gustó eso —rio Michael.

¿Ah sí? No se acordaba. Michael lo hizo otra vez. Sí, okey, ahora le creyó.

Él hundió su cabeza y metió un pezón en su boca, succionándolo hasta que todo el chocolate se había disuelto, y luego lo chupó un poco más. Pasó casi una eternidad antes de que se pasara a lamer el otro pezón, que rogaba ser atendido.

—Es mi turno. —Olivia alzó sus caderas y lo rodó para quedar encima de él.

—Pero ésta es mi fantasía.

—Pues ni modo. —Estiró la mano para agarrar el frasco, metió el dedo y pintó una larga línea por la mejilla de Michael, hasta su boca y su garganta. Se detuvo, miró el lugarcito debajo de su oreja donde palpitaba, y se preguntó si él sería tan sensible ahí como ella.

Se encogió de hombros y agregó chocolate. Estaban a punto de averiguarlo.

RICK SE AGITÓ en su silla. Debía bajar los binoculares. Sabía que cualquier hombre que tuviera sangre en las venas estaría feliz observando, especialmente si era parte de su trabajo. Un investigador privado como él estaba acostumbrado a practicar el voyerismo.

Sólo que, en este caso, se trataba de Olivia y se sentía mal.

Maldijo de nuevo. Debía concentrarse. Estaba ahí porque lo habían contratado.

Rick volteó sus binoculares y ajustó los lentes para volver a enfocar el objeto de su investigación.

Elaine Adams caminaba lentamente en círculos en el jardín de la abuela de Olivia, como si fuera una especie de laberinto. De noche, con todo ese frío...

La Sra. Adams miró fijamente la casa. Rick suspiró aliviado. Si se metía, él podía empacar sus cosas e irse a casa, y así no estaría tentado a entrometerse en la privacidad de Olivia.

Pero luego la Sra. Adams giró y se dirigió a la ventana de Olivia.

Un dejo de inquietud brotó en la boca de su estómago.

Quizás estaba exagerando.

—Bueno —gruñó.

Por supuesto, la Sra. Adams se detuvo justo frente a la ventana bien iluminada. Cualquiera que viera a una mujer medio desnuda untando algo espeso a un hombre medio desnudo, se detendría a mirar.

En este caso, no era un acto inocente. Rick casi podía escuchar a Adams tomando notas.

—Mierda. —Estaba sorprendido de que ella no percibiera que él casi le perforaba la piel, de tan intensamente que la observaba.

Calculó las probabilidades de que esto apareciera en la próxima revista de farándula.

—Casi seguro —musitó. Sus manos apretaron los binoculares.

¿En qué diablos estaba pensando Olivia? ¿No pudo haber cerrado las cortinas? Por supuesto

que no. Olivia era confiada. Ella jamás esperaba que alguien la espicara, mucho menos que quisieran exponerla. Sobre todo alguien a quien ella estaba protegiendo.

Rick maldijo al ver que Elaine Adams se retiraba dudosa de la ventana iluminada y se metía a la granja. La Sra. Adams lamentaría haber desafiado a Olivia. Él se encargaría de eso.

CAPÍTULO VEINTICINCO

ERA COMO si la pequeña bolsa de color vino que estaba en el piso se estuviera mofando de ella.

Era ahora o nunca.

Lainie vertió el contenido de la bolsa de Matices Románticos sobre la cama. Con un profundo suspiro, deslizó con decisión el negligé blanco sobre su la cabeza, dejando que descendiera por su cuerpo como una exhalación.

Se dio la vuelta y observó su imagen en el espejo. No podía salir vestida con un camisón transparente, no importaba lo que pensara Olivia. Se puso la bata que hacía juego con el camisón y de nuevo miró su reflejo.

Lucía un poco mejor, pero aún se transparentaba demasiado. ¿Ése era el perfil de sus pezones?

Lainie se sonrojó, pero algo sí era seguro: si Everett la veía así, ella se daría cuenta si estaba interesado o no.

¿Qué opción tenía? ¿Seguir acobardada detrás de un escritorio el resto de su vida?

Meneando la cabeza, salió de su alcoba. Llegó a la cocina y suspiró cuando vio que estaba vacía.

Sin prender la luz, se dirigió a la alacena, sacó un vaso y lo llenó con agua del grifo. La bebió deseando que fuera el fino escocés de Everett. Lo llenó de nuevo para tomar un segundo vaso, esta vez más lentamente.

Enjuagó su vaso y lo puso a secar. Bueno, intentaría toparse con él de nuevo a la noche siguiente.

Se dio la vuelta y suspiró.

Everett estaba recargado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Su rostro se perdía entre las sombras, pero Lainie podía imaginarse su mirada enigmática. Sentía la forma en que sus ojos se concentraban en su ropa; o en su falta de ella.

—No te oí entrar. —Se felicitó por el tono tan sereno de su voz.

Él no dijo nada pero siguió mirándola. Finalmente rompió el silencio.

—Te peinaste diferente.

—Sí. —Su mano rápidamente palpó su nuevo peinado.

Él dejó su pose casual y se le acercó a hurtadillas. Se detuvo frente a ella, lo suficientemente cerca para ver cómo ardían sus ojos pálidos en la oscuridad. Acarició un mechón de su pelo, frotándolo con dos dedos.

—Nunca había visto tu pelo suelto.

—No, no lo habías visto.

Sus ojos recorrieron su cuerpo. Ella se estremeció con tal intensidad y sintió que sus pezones se endurecían hasta casi dolerle.

Él se alejó.

—Si tienes frío, debes taparte los pies. O mejor, ponte algo que te cubra más.

Elaine lo miró sin creer lo que acababa de escuchar.

—Everett Parker, siendo un hombre tan inteligente y audaz, no sé cómo puedes ser tan ignorante. Si abrieras los ojos y me vieras bien, quizás te darías cuenta de que no tengo frío —bajó la voz—. Nunca tengo frío cuando tú estás cerca de mí.

Satisfecha con la mirada de Parker, con los ojos saliéndose de sus órbitas, se dio la vuelta para marcharse. Pero ¿qué había logrado? Casi seguro quedarse sin trabajo.

Se detuvo. No perdería su trabajo nada más porque sí. Si iba a unirse a las filas del desempleo, sería por haber tomado lo que más quería en la vida.

A él.

Se dio la vuelta y se acercó de nuevo a Everett.

—Invítame a cenar.

Su frente se arrugó de tanta confusión.

—¿Perdón?

—Llévame a cenar —repitió con los dientes apretados.

—Siempre vamos a cenar —dijo él lentamente, como si tratara de razonar con una niña de cinco años.

—Sí, siempre cenamos juntos —replicó apuntando el índice a su nariz—. Varias veces a la semana, durante los últimos siete años. Pero al menos una vez, quiero que tú me lleves a cenar. Los dos solos. Un lugar romántico. Mañana por la noche.

Él la miró fijamente, con ojos inexpresivos.

Su estómago se llenó de pánico. Éste era el momento justo; de seguro le diría que estaba alucinando y que empacara sus maletas y se fuera a Siberia.

—Mañana, entonces. —La observó por otro largo rato antes de emprender la retirada y desaparecer en el pasillo.

Lainie se tapó la boca con la mano y se colapsó sobre la mesa de la cocina, temblando, con su cuerpo hecho de gelatina.

—Dios mío.

Lo había logrado. Oficialmente, saldría a una cita con Everett Parker.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LA VIEJA CAMA rechinó estruendosamente cuando Michael se dejó caer.

—Mátenme ahora para que no sufra más. —Cubrió sus ojos con un brazo y trató de relajarse. Pero no lo lograba, y Olivia tenía la culpa.

¿Dónde demonios estaba? Había estado tratando de comunicarse con ella toda la tarde. Le había llamado a su tienda, pero nadie contestó. Le llamó a la granja y dejó un mensaje. Luego marcó dos veces más. La voz divertida de la abuela Mae fue la causa de que no lo hiciera de nuevo.

Frunció el ceño al ver el póster de la Princesa Leia que seguía pegado al techo, sobre su cama. Él necesitaba a Olivia. El día había sido infernal, y sólo quería sus besos enloquecedores y sentirla desbaratándose entre sus brazos.

No quería pensar en dónde podría estar. Sólo su fuerza de voluntad le impedía imaginársela en compañía de Lurch.

La ventana rechinó.

La esperanza brotó en su corazón. Vio una pierna elegante que colgaba encima del marco, y luego la hermosa e impactante cara con la que tantas veces había soñado.

—No te preocupes —sonrió Olivia—. No necesito ayuda.

Él la miró, perplejo, trepar, entrar y cerrar la ventana.

—No creí que fuera a verte esta noche —dijo.

—Sé que no te llamé. —Se detuvo abruptamente—. ¿Quieres que me vaya?

—No. Claro que no. —Él se acercó rápidamente y la jaló. En cuanto la tocó, se dispersó la tensión y el alivio se esparció por toda la habitación. Sabía que eso debía preocuparle, pero ahora sólo podía pensar en la forma en que Olivia encajaba tan perfectamente con su cuerpo. Con sus tacones, ni siquiera tenía que agacharse para besarla. Muy conveniente.

—Sabes delicioso.

Sus labios se curvieron bajo los suyos. En vez de responder, ella se entregó más. ¿Cómo sabía lo que él necesitaba?

Él la abrazó más fuerte.

—Me da mucho gusto que estés aquí —susurró junto a sus labios.

—Ya veo. —Ella empujó sus caderas con la misma parte de su cuerpo.

—Más que gusto.

—¿Tuviste un mal día?

De pronto el día no parecía haber sido tan malo.

—Te extrañé.

Ella se hizo hacia atrás para verlo a los ojos. Peinó su pelo hacia atrás y dijo simplemente:

—Qué bueno.

—Te llamé, pero no te encontré. —La jaló de nuevo hacia su cuerpo.

—¿Sí?

—Ajá. —Acarició la parte lateral de su cuello con la nariz—. Primero llamé a la tienda y luego a casa de la abuela Mae.

—No estaba ahí.

—¡Qué misteriosa eres! —Se hizo hacia atrás y frunció el ceño.

Ella se encogió de hombros.

—Cosas de mujeres. Si te digo tendré que castrarte.

—Eso no te gustaría.

—Pues no —aceptó fervientemente—. Es lo que más me gusta de tu cuerpo.

Él rio y pasó una mano entre su larga cabellera. Pero dejó de reírse cuando sintió algo frío cerrarse alrededor de su muñeca.

—¿Qué demonios...?

Antes de que pudiera decir otra palabra, ella atrapó su otra muñeca. Michael bajó la mirada y vio que sus manos estaban esposadas. Trató de separarlas. Eran esposas de verdad, no de juguete.

Olivia lo jaló hacia la cama y lo hizo caer en el colchón. Se trepó encima de él y se quitó el saco para revelar una camiseta sin mangas de color rojo escarlata. Era de encaje y transparente, y no traía nada debajo.

—¿Puedes con esto?

—Pondré mi mejor esfuerzo.

Se acercó y aseguró las esposas a la cama con una bufanda. De dónde había sacado la bufanda, él no tenía idea.

—¿Qué otros trucos traes bajo la manga?

—No tengo mangas. Por si no te habías dado cuenta. —Se puso de pie y se bajó los jeans para mostrarle las pantaletas de encaje que llevaba, muy abajo de las caderas, y le mostró también la succulenta curva de su trasero. El anillo que colgaba de su ombligo le hizo un guiño en la luz.

Le encantaba ese anillo.

—Espero que estés tomando notas —dijo Olivia al montarse en él; se sentó en sus muslos y desabrochó su camisa.

—¿Notas? —preguntó con tono áspero. Sentía el calor de Olivia a través de sus pantalones, que lo hacían sentir incómodamente restringido. Quería pedirle que se los quitara, pero viendo su humor, sabía que ella lo tendría preso más tiempo sólo para atormentarlo.

—Si vas a allanar el cuarto de alguien, así es como debes hacerlo.

Él se tragó un gemido cuando la mano de Olivia se posó tranquilamente sobre su cremallera.

—No estás vestida como pirata.

Su risa fue ronca y sensual.

—Siempre te gustaron las mujeres piratas. Al menos esta vez yo soy la que asalta. Me chocaba cuando tenía que jugar a la princesa raptada. —Besó el hueco de su garganta y acarició su pecho con el pelo.

—Era un tonto —dijo atragantándose—. De hoy en adelante, tú serás la pirata.

—Ya era hora de que vieras mi potencial. —Le mordió suavemente los labios.

—Soy lento. —Michael se arqueó, tratando de atrapar su boca.

—Cariño, ahora vas a ver lo que es lento. —Mordió su oreja y comenzó a mostrarle qué tan lento podía hacer las cosas.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—¿DÓNDE crees que pueda estar? —Olivia cambió el letrero de su puerta a Cerrado y se asomó por la ventana. Como no hubo respuesta, se dio la vuelta con la frente arrugada para toparse con que Eve se hallaba sentada muy relajada en una de las sillas de terciopelo, con los ojos cerrados —. Hey, ¿estás dormida?

—Eso quisiera. Estoy exhausta.

—¿Treat no te dejó dormir anoche? ¿O te cansaste de hacer compras para Lainie?

Eve sonrió pero no abrió los ojos.

—Las dos cosas. Además, la cafetería ha sido la locura últimamente. Me encantó que Lainie me pidiera servir los postres en la fiesta de fin de rodaje de la película, pero es muchísimo trabajo.

Olivia dejó el sostén que estaba acomodando y vio a Eve.

—¿Fin de rodaje?

—No lo sabías. Lo siento. —Eve se enderezó, con el ceño fruncido.

—No hay problema. —Olivia le dio la espalda y se concentró en un maniquí. Tenía que hacer algo con las manos. Dado a que Michael no estaba ahí para estrangularlo, arreglar el maniquí era la mejor opción que tenía.

—¿Estás segura de que no hay problema?

—Por supuesto. Sabíamos que esto era por mientras. Michael no iba a tardar en volver a Los Ángeles.

—Aunque sería bueno que pudiera quedarse un poco más.

Podía sentir a Eve perforándole la espalda. No tuvo opción más que encogerse de hombros casualmente.

—Realmente eso no cambiaría nada. Es mejor que se vaya antes de que las cosas se vuelvan más serias.

—¿Tú crees?

No. Sintió que le estaban arrancando el corazón del pecho. Sonrió a fuerzas y se volvió para ver a Eve.

—Claro.

Eve no parecía estar convencida, pero afortunadamente Lainie escogió ese momento para entrar apresuradamente.

—Lo siento, se me hizo tarde. Tuvimos una reunión de producción que se prolongó. Como el rodaje ya casi termina, hay muchos cabos sueltos que atender.

Por supuesto que Lainie sabía cuando la filmación estuviera a punto de terminar. Parecía que todos sabían, excepto ella. Maldito Michael.

¿Por qué no le había dicho nada? Había tenido oportunidades de sobra. Su intimidad parecía falsa a la luz de esta información.

Sintió una mano en el brazo. Alzó la mirada para encontrarse con la cara de Lainie, que la observaba llena de mortificación.

—¿No lo sabías?

Olivia se esforzó de manera consciente por borrar la expresión de su rostro. Ésta era la noche de Lainie. Ya se encargaría después de Michael.

—Está bien. Comencemos. No tenemos mucho tiempo para prepararte. ¿Dices que la reservación es a las siete?

—Sí.

Olivia sintió un poco de envidia por la manera en que brillaba Lainie. La mujer madura estaba a punto de iniciar un romance.

Sacudió la cabeza para despejar su mente.

—¿Eve, dónde está el vestido?

—Lo colgué en el primer vestidor.

—¿Vestido? —Lainie frunció el ceño.

—¿En serio creías que Olivia, tu celestina, te permitiría salir sin el atuendo adecuado? —sonrió Eve.

—Pero...

—Nada de peros. —Olivia señaló con el dedo el área de vestidores—. Ve y cámbiate.

—Te pagaré por el vestido. —Lainie levantó el mentón.

Olivia torció los ojos. Al menos no tenía que preocuparse de que Lainie no fuera capaz de enfrentar a Parker.

—Por supuesto. Después de todo, no somos un centro de beneficencia pública.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Lainie, y se apresuró como si fuera una niña que corre a abrir los regalos de Navidad. Minutos después, se escuchó un gritito.

—¿Estás bien? —preguntó Olivia. Éste era el momento en que Lainie diría que no podía ponerse el vestido, y ellas tendrían que convencerla de que lucía espléndidamente con esa ropa.

Lainie abrió las dos puertas y salió con una expresión de sorpresa en el rostro. Se detuvo frente al espejo y miró fijamente su reflejo.

El vestido era casi modesto. No muy ajustado, con mangas largas, y la bastilla sólo quedaba un par de centímetros arriba de las rodillas.

Pero el escote y la apertura por un costado, que revelaba su cadera, hacían que el vestido fuera atrevido, lo mismo el color rojo. Era un vestido para seducir.

Lainie se dio la vuelta; sus ojos grises brillaban.

—¡Me encanta!

Olivia parpadeó.

—¿Sí?

—Es perfecto. No sé cómo agradecerles que hayan elegido esto para mí. —Acarició la seda de las caderas.

Olivia la analizó. El peinado era bonito, pero debía volver a aplicarse el labial.

—Llevas la ropa interior nueva, ¿verdad?

Lainie la miró con sufrimiento.

—Sí.

—Píntate la boca de nuevo y te acompañaremos a tu casa.

—Veré a Everett en el restaurante —dijo mientras revisaba su bolsa.

—¿Él no irá por ti? —preguntó Olivia indignada.

Lainie meneó la cabeza.

—Pensé que sería más fácil vernos allá. —Sacó el labial y se dirigió al espejo para aplicárselo.

—La próxima vez, pídele que pase por ti.

—Sí, maestra. —Lainie sonrió a través del espejo—. Deséame suerte.

—No la necesitas —aseguró Eve—. Él caerá rendido a tus pies.

—Ustedes son lo máximo. —Lainie les repartió abrazos rápidos y entusiastas y se dirigió a la puerta, que se abrió justo antes de que la empujara.

Michael extendió los brazos para no chocar con Lainie.

—Vaya Elaine. Te ves maravillosamente bien.

—Gracias —sonrió y se sonrojó.

—Esta noche romperás corazones. —Le dio un beso en la mejilla y le abrió la puerta para que pasara.

Por un momento, Olivia se enterneció de ver cómo Michael tranquilizaba a Lainie. Luego recordó que el muy imbécil no le había dicho que estaba a punto de terminar la película. Su mandíbula se endureció hasta que creyó que sus músculos estaban a punto de reventar.

—Bueno, tengo que irme a casa. —Eve se puso de pie—. Llámame mañana, Olivia.

—Claro.

—Adiós, Michael. —Olivia vio un dejo de compasión en la sonrisa con la que Eve se despidió de Michael. Éste asintió con la cabeza, pero sus ojos nunca dejaron de observar a Olivia. Ella sintió su confusión.

—¿Qué te pasa? —dijo Michael antes de que la puerta se cerrara.

Olivia fue directo al grano.

—¿Cuándo pensabas decirme que ya casi terminaste de filmar la película?

Él hizo una mueca y se pasó la mano por el pelo.

—Todavía tenemos pendientes. No hemos filmado las primeras escenas, y luego están los promocionales...

Se detuvo de manera abrupta. Probablemente por la expresión en la cara de Olivia que decía ¿Y a mí qué me importa?

—Olivia, tú sabías que esto no iba a durar —suspiró.

—Ése no es el punto. Me gustaría haberme enterado por tu boca y no a través de los demás.

—Olivia. —Quiso tocarla, y ella, vacilando, permitió que la jalara hacia sus brazos. Él le pasó una mano por el pelo, hasta el hueco del cuello, que acarició para reconfortarla—. Perdóname por no habértelo dicho. Debí hacerlo, pero creí que si no lo hacía...

—¿Qué? —Su frente se arrugó. ¿Así no tendría que enfrentarlo?

Él meneó la cabeza y la besó, tan suavemente que pareció un susurro en sus labios.

—No echemos a perder el tiempo que nos queda con pleitos, ¿okey?

Ella iba a decirle que se fuera al diablo, pero él rápidamente selló su boca con sus labios. Antes de que pudiera darse cuenta, ya lo estaba besando con el mismo fervor.

Mucho más tarde, en su alcoba, Olivia reposaba entre sus brazos escuchándolo respirar pacíficamente mientras dormía, y recordando la mirada de felicidad en el rostro de Lainie. La afortunada mujer apenas comenzaba su aventura romántica.

Para Olivia, era el principio del fin.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

PARKER SORBIÓ SU ESCOCÉS, con los ojos atentos a la puerta. Miró su reloj. Diez minutos más y ella llegaría.

Sintió una inquietud extraña en la parte inferior de su cuerpo. Después de reflexionar, comprendió que eran nervios.

Sacudió la cabeza y dio otro sorbo para tranquilizarse. No había sentido nervios desde que inició su carrera en la industria cinematográfica, hacía ya treinta y siete años. Ni siquiera se había sentido ansioso la primera vez que se topó con Lily... literalmente. Cuando conoció a Lily, había sentido una certeza sosegada de que ella estaba destinada a ser suya.

Con Elaine no sentía ningún tipo de calma.

No sabía por qué ella le había exigido que la invitara a salir, pero esperaba que, después de esta noche, volviera a ser la asistente eficaz y nada entrometida de la cual tanto dependía. No es que ya no fuera eficiente, pero se había vuelto muy entrometida. Elaine dominaba sus pensamientos. Incluso cuando no estaba presente, se preguntaba dónde estaría y qué ropa provocativa llevaría puesta.

La puerta se abrió y ella entró. El viento había alborotado su pelo. Incluso cuando trabajaban a altas horas de la noche para entregar un trabajo a tiempo, su pelo siempre estaba perfecto. Ahora lucía suave e invitaba a acariciarlo, como si acabara de levantarse de la cama.

Parker se tomó el resto de su escocés de un solo trago. Algo que no quería pensar ahora era cómo se vería Elaine recién salida de la cama.

La miró mientras ella estudiaba el restaurante. Cuando su mirada cayó sobre él, ella sonrió.

Su estómago se estremeció. No podía recordar a nadie que le hubiera sonreído así. No en los últimos veinticinco años desde que Lily murió.

—Hola —dijo ella cuando llegó a la mesa. Su voz sonaba igual que siempre, un poco ronca y gruesa, pero esta noche lo cautivó y se apoderó de él.

—Llegaste temprano. —Se puso de pie.

—Tú también.

La ayudó a que se quitara el saco y se lo entregó al mesero que esperaba pacientemente junto a la mesa. Le sacó la silla y se quedó helado al ver lo que ella llevaba puesto.

Su vestido era de seda roja, sencillo y elegante. El escote era muy pronunciado y revelador, lo cual no era nada del otro mundo para él. Después de todo, llevaba semanas lidiando con esto. Pero cuando ella se sentó, la falda se estiró y reveló una piel cremosa casi hasta la altura de su cadera. Su boca se secó y sintió un extraño mareo, que atribuyó al hecho de haberse tomado su escocés de golpe con el estómago vacío.

Elaine era astuta. Le había estado ocultado esta parte de su personalidad, y esto a él no le

agradaba. Luego vio para abajo y descubrió sus zapatos, los zapatos sensatos y finos que siempre usaba ella, y sintió alivio. Era reconfortante saber que debajo de la Elaine seductora, aún existía la Elaine que él conocía mejor.

Se sentó, sintiendo que tenía la situación más controlada que antes.

—¿Quieres beber algo?

—Una copa de vino sería estupendo, gracias.

Él la miró un rato y esperó a que llegara el mesero. Notó por primera vez el nerviosismo de Elaine. Era por la forma en que sus cejas se arqueaban y por la tensión de sus hombros. Estaba impresionado por el impulso que sentía de tomar su mano y tranquilizarla, y así poderla ver sonreír de nuevo.

—Tu vestido es encantador.

Estaba tan sorprendido de oírse decir eso como la misma Elaine.

—Gracias.

—El rojo te queda. Deberías usarlo más a menudo. —Ella se sonrojó encantadoramente.

—Olivia me dice lo mismo.

Ah. Así que era su hija la que estaba transformando a Elaine tan profundamente. No estaba seguro aún si darle las gracias o maldecirla.

—Tú y Olivia se han hecho amigas.

—No fue difícil. Olivia es maravillosa. Eres afortunado de tener una hija como ella. Ella se va a dar cuenta de cuánto la quieres y todo irá mejor —dijo Elaine sabiamente—. Dale tiempo.

Su mirada parecía penetrarlo. Eso lo incomodaba. Quería decirle que esto era un error. Quería irse de ahí, volver a Los Ángeles y fijar los límites de siempre.

Luego su mano cubrió la de ella. Estaba un poco fría, e instintivamente le dio la vuelta para calentarla.

Los ojos de Elaine se abrieron, encantadoramente grises. Sonrió, y cuando ella sonrió, él casi pudo sentir que tenía el potencial para ser un mejor hombre.

Discretamente, el mesero les entregó los menús.

—¿Desean ordenar sus bebidas?

—Nos gustaría una botella de... —Parker estudió a Elaine. Se imaginó que una botella fría de vino blanco le gustaría más, pero ahora estaba tentado a ordenar algo más oscuro e intenso—. Una botella de Chateau Margaux. 1969.

—Sí, señor.

Parker sintió que se retiraba el mesero, pero su atención seguía concentrada en la mujer que estaba frente a él.

—¿Es una ocasión especial? —Su pulgar trazó un reconfortante camino en la palma de su mano.

—Ya veremos. —La mirada analítica de Elaine, abierta y coqueta al mismo tiempo, provocaba olas de emoción en su cuerpo.

El mesero regresó. Mientras abría la botella para que la revisaran, les iba recitando los especiales del día. Para deshacerse de él, rápidamente Parker ordenó para los dos. Quería estar a solas con Elaine para poder descifrarla.

Ella retiró su mano. Él frunció el ceño pero no dijo nada hasta que se fue el mesero.

—¿Sucede algo?

—Aclaremos las cosas. —Bajó la voz y se acercó más desde el otro extremo de la mesa. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban—. Tal vez seas mi jefe en la oficina, pero fuera de la oficina, somos iguales. Soy capaz de ordenar mi comida.

—Elaine, no sabía que fueras tan...

—¿Qué?

Pasional.

—Feminista.

—Querer que me trates con respeto no tiene nada que ver con el feminismo.

Él inclinó la cabeza para admitir que estaba de acuerdo.

—Trato hecho. Pido disculpas si te ofendí.

Prácticamente pudo ver cómo se disipaba la ira de su rostro.

—Sólo no lo vuelvas a hacer.

—¿Brindamos? —Levantó su copa. Ella lo imitó.

—Por lo inesperado.

Él detectó sorpresa momentánea en su rostro cuando el vino llegó a su paladar. Luego vio la sorpresa transformarse en aprobación, y al final en placer.

—¿Te gustó?

—Tú sabías que me iba a gustar. —Elaine se secó los labios con la servilleta.

—¿Tan bien me conoces?

Ella lo miró pensativa. Finalmente le preguntó:

—¿Quieres que te diga la verdad?

Él arqueó una ceja.

—¿Crees que no quiero saber?

Ella rio en voz baja y él sintió esa risa en la boca del estómago.

—No si es algo con lo que no estás de acuerdo. —Golpe bajo.

—Dime ya.

—Te conozco mejor que nadie.

Parker se salvó de tener que digerir el último comentario porque llegaron sus ensaladas. Dirigió el resto de la conversación con cuidado. No necesitaba más revelaciones, no hasta que pudiera asimilar lo que ella le había dicho.

Al final de la cena le ayudó a ponerse el abrigo, y sus manos reposaron en sus hombros más tiempo de lo debido. Con un ligero contacto en el hueco de su espalda, la guio por el restaurante, hacia la salida.

El viento los latigó y Parker instintivamente acercó a Elaine para protegerla. Ella lo vio de frente. Al contacto de las miradas, él pudo leer sus pensamientos como si trajera un letrero. Bésame.

—¿Qué haces, Elaine?

Cuando su sonrisa desapareció, él deseó no haber hecho aquella pregunta. Ella trató de alejarlo, pero él la retuvo. Necesitaba ver sus ojos grises y cristalinos.

—Yo pensé que... —Se zafó y lo miró fijamente. Finalmente, susurró—: ¿No me quieres a tu lado?

No, él no quería estar ahí. Él quería estar en una amplia cama con ella debajo de su cuerpo.

La acercó y sintió que su pelo le hacía cosquillas. Elaine olía a flores silvestres. No se esperaba eso. Las flores silvestres son libres y hedonistas.

—¿Cómo es que no te vi durante tanto tiempo? —Trazó el nacimiento de su pelo y acarició su mejilla con el dorso de sus dedos. Era una mejilla muy suave.

Su boca se abrió cuando los dedos rozaron su labio inferior, pero no dijo nada.

—Esto es imposible. —Él meneó la cabeza.

—¿Qué?

—¿Cómo puedo resistirme cuando tus ojos me suplican que te bese?

Con su aire inocente, Elaine le preguntó:

—¿Por qué te resistes?

Él la estudió.

—¿Por qué hacerlo? Tienes razón.

El primer sabor de sus labios fue refrescante, el segundo fue embriagante. La vio cerrar los ojos y enredarle los brazos en el cuello, entregarse a él.

Se detuvo, impactado por el momento, sorprendido de cómo ella se entregaba tan generosamente. Quería alejarla y regañarla por exponerse a tanto peligro. Al mismo tiempo, quería abrazarla fuerte y tenerla sólo para él.

Parker sintió algo que no había sentido en mucho tiempo: se sintió conmovido. Cerró los ojos y disfrutó el momento.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—SRA. Adams, ¿dónde ponemos los aperitivos?

—La mesa de los aperitivos sería el mejor lugar. —Lainie señaló una de las mesas que estaba en el extremo derecho, junto a la pared.

—Okey. Gracias.

Le sonrió al mesero. Preguntas tontas no la desanimarían el día de hoy. Ni siquiera el hecho de que Sophie Martineau, la estrella de la película y princesa de la fiesta, no hubiera llegado aún para echar todo a perder. La vida era buena, y ella quería festejar.

La fiesta para celebrar el final del rodaje estaba en pleno apogeo; elenco, equipo filmico, y personalidades locales charlaban felices. Lainie observó a la multitud, hasta que encontró a Everett. Lo vio hablando con unos actores secundarios del elenco. Esa noche vestía un esmoquin y se veía más guapo que Sean Connery.

Y era de ella.

Al menos, eso era lo que quería. Habían salido varias veces más y cada una había sido mejor que la anterior. Él era todo lo que ella había imaginado: gallardo, fascinante y atento. Durante el día, era el patrón siempre exigente y cauteloso. Cuando cenaban juntos, era distinto. Y la manera como besaba... Lainie se frotó los brazos para disipar los escalofríos que sintió en sus brazos desnudos.

Había estado muy estresada el día siguiente del primer beso afuera del restaurante. Esa noche, se habían ido a sus casas, cada quien por su cuenta. De hecho, ella se fue a su casa y él a otro lugar. Lainie lo escuchó regresar una hora después. Se quedó en la cama y lo escuchó caminando dentro de la casa. Ella quería meterse a la cama de él y esperarlo, pero no pudo hacer eso. Aunque tuviera las agallas, sabía que eso sería un error de estrategia. Sutilmente, Olivia la instruiría. Le diría cómo hacerlo caer a sus pies.

Al día siguiente, él no había dado indicios de recordar el beso, y ella se había mortificado mucho. Pero aquella noche, la había invitado a cenar de nuevo; los dos solos. Acababan de salir del restaurante cuando él la tomó y la besó. Un beso de verdad. Y luego se subieron al auto y se besaron otra vez.

Elaine suspiró feliz. Everett alzó la mirada y se encontró con sus ojos. Él levantó las cejas y sus ojos la recorrieron rápidamente, para luego volver a su conversación.

Había una promesa en su mirada. Ella sintió que la temperatura le subía del pecho a la cara, aunque por dentro sintió un cosquilleo.

Sólo se habían dado unos besos intensos y prodigado unas cuantas caricias, con gran talento de su parte. Pero ella lo había detenido antes de que las cosas fueran demasiado lejos. No quería echarlo todo a perder apresurando la relación.

A veces quería decir: ¡Al diablo con tanta precaución! Pero había más en juego que el placer momentáneo.

—¡Elaine, qué bárbara! Te ves espectacular.

Se dio la vuelta para sonreírle al director de fotografía, que vestía sus acostumbrados jeans y camiseta con logotipos de bandas de rock pesado.

—Gracias, George. —Se alisó el vestido en las caderas. Él silbó en señal de aprobación—. O sea... impresionante. Nunca te había visto vestida así.

Ella sonrió. No tenía mucho sentido usar vestidos sin tirantes en la oficina.

—¿Quieres algo de tomar? ¿Quizás una copa de champaña? —preguntó George.

—Okey —dijo un poco desconcertada. Él no se le estaba insinuando, ¿o sí? Él era diez años menor que ella.

Él apretó su mano tiernamente.

—Vuelvo enseguida.

Ella volteó para ver a Everett, que estaba molesto. Incluyó la cabeza tratando de descifrarlo, y las líneas de su boca provocadas por la mueca se recalcaron.

Ella parpadeó. ¿Acaso estaba celoso?

—Aquí tienes, Elaine. —George le entregó la champaña con una sonrisa. Chocó su copa con la de ella—. Brindo por poder conocerte un poco más.

¿Qué significaba eso? Estaba tratando de descifrarlo cuando sintió que un muro se apostaba detrás de ella. Se quedó helada, reconociendo esa fuerza magnética.

Everett la tomó del codo. Posesivamente.

—George.

George vio la forma en la que Everett la abrazaba y dio un paso atrás, midiéndolos. Alzó su copa para saludar a Everett. Everett le respondió levantando una ceja. George agachó la cabeza, se apoyó en sus talones, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

Lainie encaró a Everett.

—¿Qué fue eso?

—Él estaba a punto de echarse un clavado en tu escote.

Sus mejillas ardieron. El vestido era un poco indecente. Rojo, sin tirantes, ajustado y apenas cubría sus senos. Olivia le había dicho que se le veía increíble.

—¿Y eso es asunto tuyo?

Everett no se movió, pero de pronto se sintió que ya no podían estar más cerca uno del otro.

—Yo no comparto, Elaine.

Su voz era grave y ronca y le provocó escalofríos.

Ella carraspeó y desvió la mirada. ¿Acaso no sabía que si seguía viéndola así, no podría evitar lanzarse a sus brazos?

—La fiesta es todo un éxito, creo. Todos están conversando bien.

Cuando él no respondió, ella continuó nerviosa:

—El servicio de banquetería fue excelente. Y tuvimos suerte de encontrar un grupo que pudiera tocar un repertorio tan variado. No muchos pueden tocar desde Duke Ellington hasta salsa tan perfectamente bien.

—Baila conmigo.

—¿Perdón? —Seguramente no había escuchado bien.

—Quiero que bailes conmigo. —Sin esperar respuesta, la condujo hasta la pista de baile hechiza donde la gente se movía al ritmo de una balada lenta y romántica. Él se le acercó la guio con gran maestría.

Lainie suspiró y se acurrucó en sus brazos. Se sentía bien estar ahí. No sabía cuánto más podría resistir. Era una tortura estar tan cerca de él sin poder acercársele.

Él puso su mano de nuevo en el hueco de su espalda y la atrajo hacia su cuerpo para poder susurrarle al oído.

—Te ves preciosa esta noche, Elaine.

—Gracias.

—El rojo es tu color. Me sorprende que no lo hayas usado mucho antes.

—¿Lo notaste?

—No puedo creer que no lo haya notado más. —La sujetó con más fuerza—. Debemos...

Una conmoción en la puerta principal llamó su atención. Sophie entró luciendo un azul pavorreal despampanante, seguida por su equipo. Sophie exigía que sus asistentes sólo usaran negro. Lainie una vez la había escuchado decir que el negro era su mejor trasfondo.

Sophie Martineau podría ser una de las actrices más difíciles del medio, pero nadie podía negar lo hermosa que era. Los hombres siempre sucumbían ante su belleza rubia y radiante, sin ver las garras tan afiladas que tenía. Lainie no conocía a un solo hombre que no quisiera estar con Sophie.

Miró a Everett, preguntándose si él creería que Sophie era atractiva. Parker se veía indiferente, pero podía ver un dejo de impaciencia en su mirada.

Luego frunció el ceño.

Lainie siguió su mirada. Sophie estaba acechando a Michael, prendida de su brazo como un vil parásito. Por la forma en que Michael recorría su espalda con una mano, a él no parecía importarle.

—Ay, no. —Lainie revisó el salón, esperando que Olivia, que había venido con Michael, estuviera en el baño.

No hubo tal suerte. Olivia estaba parada a un lado, sola, viendo a Michael y Sophie con los ojos como rendijas.

—Esto no va bien. —Lainie meneó la cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo. —Everett tomó distancia—. ¿Intercepto a Sophie mientras tú te encargas de Olivia?

—Sí. —Lo detuvo un momento con la mano en su brazo—. Eres un buen hombre, Everett Parker.

Por un momento, él bajó la guardia y ella pudo ver más allá de sus complejas barreras. Sus ojos estaban llenos de emoción; sorpresa, placer y esperanza. Ella anhelaba mostrarle lo bueno que realmente era, demostrárselo para que él lo creyera tan fervientemente como ella.

Con cautela, se apoyó en las puntas de los pies y lo besó suavemente en los labios.

—Ve. Yo cuidaré a tu hija.

Cuando iba a dirigirse a donde estaba Olivia, él la detuvo. Sin decir palabra, hizo descender su boca a la suya y le dio un gran beso que le encorvó los dedos de los pies. Lo terminó tan pronto como lo inició. La satisfacción se reflejó en toda su masculinidad.

—Recuerda eso, después seguiremos—le dijo antes de retirarse.

Ella lo observó, desconcertada, mientras se acariciaba los labios. Se había sentido tomada por él, y aunque no había sido algo deliberado, adoraba sentirse así.

Después. Ahora no había tiempo qué perder.

Lo primero era lo primero. Tenía que proteger a Olivia. A juzgar por su mirada, Olivia estaba a punto de hacer pedazos a Michael con sus propias manos.

Y no es que pudiera culparla. Lainie fusiló a Michael con la mirada mientras se acercaba

apresuradamente a donde estaba Olivia. Estaba dispuesta a ayudarla.

Eve y su esposo llegaron con Olivia antes que ella. La mano de Eve se posó en el brazo de Olivia, para confortarla o quizá para detenerla, Lainie no estaba segura.

El esposo de Eve, Treat, la saludó con la cabeza cuando se unió al grupo. Lainie sólo lo había visto unas cuantas veces, pero le agradó al instante. Era muy parecido a Everett: viril, varonil y seguro de sí mismo, sólo que tenía pelo largo.

Eve le estaba hablando suavemente a Olivia.

—¿Segura que estás bien? Porque no te ves bien.

Olivia frunció el ceño, pero su mirada se concentraba en el espectáculo que Sophie estaba dando.

—¿Y cómo me veo?

—Como que podrías matar a Mike Tyson a golpes —dijo Treat.

Olivia dejó de ver a Michael, notando por primera vez el pequeño grupo que la rodeaba. —¿Qué hacen muchachos? Me tienen acorralada como si fuera un animal rabioso.

—No te estamos acorralando. Te estamos apoyando. —Eve vio a Sophie reprobando su comportamiento.

Lainie asintió con la cabeza.

—Sólo estamos preocupados por ti.

—Pues estoy bien. —Olivia se echó el pelo por encima del hombro.

¿Cómo es que Michael prefería a Sophie en vez de a Olivia? Viendo a Olivia ahora, Lainie no podía comprenderlo. Sophie era aniñada y bonita, pero esa clase de belleza siempre se esfuma con el tiempo.

Olivia era hermosa. Su pelo estaba suelto y partido de tal forma que destacaban sus gruesos rayos rubios. Cuando habían ido de compras, Olivia había elegido un atuendo de dos piezas parecido al que usaría una chica de un harén. La falda larga y sedosa descendía sobre las caderas y cuando caminaba se enredaba en sus largas piernas. Traía además puesta una gargantilla, docenas de pulseras y anillos en los dedos de las manos y de los pies. La blusa era sólo una banda que cubría sus senos, dejando su vientre desnudo, y el arete que llevaba en el ombligo brillaba al descubierto.

Lainie se preguntó qué diría Everett si ella se hacía un piercing.

—Entonces —sonrió Olivia, pero su sonrisa era forzada—, ¿la están pasando bien?

Eve suspiró y tomó a Treat de la mano. Treat sonrió al ver a Olivia.

—Qué fiesta, ¿verdad?

—Con todo y espectáculo. —Olivia vio a Michael.

—Estoy segura de que Michael sólo está hablando de negocios con Sophie —mintió Lainie.

—Ajá. Negocios sucios —dijo Olivia en voz baja. Apuró de un trago el resto de su vino—. Treat, ¿quieres bailar?

—Me encantaría. —Treat intercambió miradas con Eve antes de llevar a Olivia a la pista de baile.

Olivia y Eve también se hablaron con los ojos antes del baile. Lo bueno es que no había ordenado juegos pirotécnicos para esa noche. Elaine vio que Everett trataba de interrumpir el encuentro entre Michael y Sophie. Los juegos pirotécnicos hubieran sido redundantes.

PARKER CRUZÓ como un rayo entre la gente con gran determinación, sin escuchar los comentarios que le dirigían en el camino. Tenía que lidiar con Michael.

La ira que sintió hacia Michael lo sorprendió. Vio la expresión endurecida en el rostro de su hija y sintió que la rabia lo inundaba. Quería sacar a Michael de ahí a jalones y darle una paliza para que entendiera.

Quizás se había equivocado. Quizás no debió forzar la cosa entre Olivia y Michael. Parecía que todo iba bien entre ellos. La culpa y la incertidumbre, dos sentimientos con los que no estaba familiarizado, motivaban su rabia.

Con el rostro ausente de toda expresión, se detuvo frente a Michael y carraspeó. Michael logró apartar la mirada del rostro de Sophie.

Sophie alzó la mirada y sonrió con la astucia de un gato.

—Everett. Enchantée de vous voir. —La dama se apartó de Michael para besar el aire a ambos lados de la cara de Parker, antes de volver a acurrucarse a su lado. Michael no se molestó por su cercanía. De hecho, la acercó más.

—Sophie. Michael. —Todo lo que estaba reprimiendo para que no se reflejara en su rostro, se evidenciaba en su voz.

Y Michael lo percibió.

—Estupenda fiesta, Parker. Elaine se lució.

—No olvides decírselo. —Se dirigió a Sophie—: Me dicen que tu actuación no tuvo precedentes. Hay reporteros a los que les encantaría hablar contigo.

—¿Reporteros? —Sus ojos azules se iluminaron—. ¿Dónde?

Parker experimentó una siniestra satisfacción. Sabía exactamente cuál era su debilidad y no tuvo miramientos en explotarla. Esa mujer sin cabeza se había colocado en el camino de la persona equivocada.

—¿Por qué no vas por una copa de champaña y yo le digo a Elaine que te los mande?

—Adoro la champaña. —Agitó las pestañas al ver a Michael—. ¿Vienes, mon chou?

—Tengo que hablar con Michael. —Suavemente, Parker le quitó la mano del brazo de Michael y la encaminó hasta donde estaba el mesero con la charola de bebidas—. Dado que renunciará a Parker Pictures cuando termine este film, tenemos que discutir algunos detalles.

Ella hizo un puchero y pestañeó.

—No me dijiste nada de eso.

Michael se hizo el pelo hacia atrás.

—Supongo que nunca surgió el tema.

—Entonces los dejaré solos. —Vio a Michael por encima del hombro—. Búscame cuando termines.

Parker resistió el asco que la empalagosa actriz le provocaba. Por la expresión en el rostro de Michael, parecía que los dos estaban en el mismo barco.

—¿Realmente hay reporteros aquí? —Michael la vio alejarse, serpenteando.

—Sí. —Sí; nada más no había mencionado que el hombre era del Boletín Independiente del Condado de Marin.

Michael lo encaró. La mandíbula tiesa y los puños apretados evidenciaban que esperaba una pelea.

—¿De qué se trata?

—¿En verdad no lo sabes?

Los ojos de Michael se clavaron en Olivia, que bailaba con un hombre bien vestido y con cola de caballo.

—Probablemente puedo adivinar. Aunque no sé por qué te importa.

—Ella es mi hija.

—Vaya manera que tienes de mostrarle tu afecto. Obligándola a enfrentar al hombre que odió durante tantos años. —Retó a Parker con la mirada—. Mejor dicho, a los dos hombres.

—Basta. —Ya no iba a tolerar más—. Siempre he querido lo mejor para Olivia —Michael se rio—. Cosa que no puedo decir de ti.

Eso llamó la atención del muchacho.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Que tu comportamiento esta noche fue reprobable. No sólo no consideraste los sentimientos de Olivia, le faltaste totalmente al respeto. —Parker señaló el salón—. ¿Qué crees que sienta Olivia al ver al hombre con el que se ha involucrado románticamente coqueteándole a otra mujer?

—No le estaba coqueteando —protestó a medias Michael.

—Michael, deja de burlarte de ella. Déjala si eso es lo que quieres, pero haz bien las cosas. —Parker se le acercó y bajó la voz—. Y cuando te vayas, jamás vuelvas a acercártele. O personalmente me encargaré de que ni siquiera te den trabajo en McDonald's.

Con esto, Parker se dio la vuelta y se retiró. Era mejor dejar a Michael solo para que reflexionara. En verdad tenía mucho en qué pensar.

Parker buscó por el salón hasta que encontró a Elaine. Su corazón latió furiosamente al verla. Era el vestido. Estaría dispuesto a sacrificar su imperio con tal de quitárselo, pero ésta no era la noche para hacerlo.

Le debía otro baile. Avanzó entre la multitud, listo para reclamar su pareja.

CAPÍTULO TREINTA

OLIVIA VIO a Michael y quería rugir. Si esa mujer se le acercaba más, quedaría incrustada en su costado.

—Puedo fracturarle las piernas si quieres.

—Lo tendré en mente —consideró la oferta de Treat. Se percató de la destreza que tenía para guiarla en la pista de baile—. No sabía que bailaras tan bien, Treat.

—De niño me obligaron a tomar clases de baile de salón.

—Es divino bailar con un hombre que no me golpea con las rodillas. Y que no me pisa.

—Quizás debes salir más.

—Quizás tengas razón.

—Eve me lo dice todo el tiempo.

—Ya me imagino —rio Olivia.

—Se preocupa por ti.

—Eve se preocupa por todos.

Treat le levantó la barbilla con un dedo, no mucho porque con sus tacones casi estaban a la misma altura.

—¿Esta vez tiene motivos para preocuparse?

—Ya se me pasará. —Se encogió de hombros—. No es la primera vez.

Treat suspiró y ella acomodó la cabeza en su pecho.

—Mi propuesta está vigente. De hecho, estoy seguro de que a Rick le encantaría participar.

Él le acarició el pelo lentamente y la tensión desapareció de su cuerpo. Su padre solía calmarla así cuando ella dormía. El recuerdo hizo que se estresara de nuevo.

—¿Dónde está Rick? —le preguntó para distraerse.

—Tiene un caso que lo trae loco, pero se supone que vendrá esta noche. Dijo que tenía que arreglar unos asuntos antes de venir.

—Hmm. —Olivia vio que su padre se introducía al círculo íntimo de Michael. Frunciendo el ceño, se preguntó qué le habría dicho a Sophie para que se alejara de Michael con tanta prisa.

No es que a ella le importara. En realidad no. Simplemente estaba un poco intrigada.

¿Y qué le estaba diciendo su padre a Michael? Sea lo que fuera, era algo fuerte, considerando su lenguaje corporal. Michael se veía como si quisiera atravesar algo con el puño, y aunque el rostro de su padre era inexpresivo, sus ojos ardían con furia reprimida que ella podía ver incluso a la distancia.

¿Podría ser algo relacionado con la película? Era lo más probable. A ellos sólo les importaba el trabajo.

Sintió que alguien le jalaba el pelo.

Treat la veía un tanto divertido.

—Te perdiste.

—Eso quisiera. —La canción terminó—. Vamos. Tu esposa probablemente necesita otro trago, y yo también.

Atravesaron la multitud y llegaron a donde estaban Eve y Lainie.

—Eve: además de tener el mejor trasero de la ciudad, Treat es un excelente compañero de baile. Le pedí que huyera conmigo, pero me dijo que no.

—Gracias a Dios. —Eve miró a Treat y pasó el brazo alrededor de su cintura—. ¿Qué será de mí si tengo que volver a cocinar?

—Ah. Llegó el diablo. —Treat señaló con la cabeza hacia la entrada.

Olivia volteó y vio que Rick entraba al salón. Su figura larguirucha lo delataba. Como siempre, iba vestido de negro, pero, por alguna razón, esa noche se veía amenazante. Quizás era la feroz expresión en su rostro.

Caminó con paso seguro entre la multitud hasta llegar a su lado. Luego de lanzarle una mirada fúnebre a Lainie, tomó a Olivia del brazo.

—Olivia, tengo que hablar contigo.

Miró a Lainie, que estaba perpleja, y luego frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Necesito hablar contigo —insistió—. A solas.

—Lo que tengas que decir, puedes decirlo aquí. No tengo nada que ocultarle a Eve, Treat o Lainie.

—No sabes qué es lo que voy a decirte —protestó Rick.

—Dímelo y ya. —Se percató de que la gente los veía y bajó la voz—. Deja de ser tan necio.

—La necia eres tú.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Parker, integrándose al grupo.

Olivia vio cómo él se puso cerca de Lainie de forma protectora. Al menos algo sí estaba saliendo bien esa noche.

—Hola, Parker —dijo Rick cortante—. Necesito hablar contigo. Vamos afuera.

—Espera un minuto. —Olivia agarró a Rick del saco antes de que pudiera moverse—. ¿Por qué lo conoces?

La mirada que intercambiaron Rick y Parker no la tranquilizó. De hecho, la hizo sospechar.

—Quizás debamos ir a un lugar más tranquilo, como se nos sugiere.

Olivia se rio. Su padre: la voz de la razón.

—Está bien. Abajo hay una oficina.

Olivia se dio la vuelta y se dirigió a la estrecha escalera por la cocina, sin importarle si alguien la seguía. Quería resolver esto de una buena vez, irse a casa y dormir.

Rick la alcanzó en la escalera. Ella vio cómo la acechaba como una gárgola y torció la mirada. No tenía idea de qué se trataba esto, pero dudaba mucho que fuera tan malo como él quería hacerle creer.

Entraron a la pequeña oficina y Olivia prendió la luz. Cruzada de brazos, recargó la cadera en el escritorio.

—Okey, habla.

—Esperemos a tu padre —dijo negando con la cabeza.

No tuvieron que esperar mucho. Parker entró como si fuera su reino.

—¿Qué demonios estás haciendo, Clancy?

—Tenías razón, encontré esto hoy. —Rick le entregó una hoja. Parker rápidamente la vio y

arrugó la frente. Rick asintió con la cabeza—. Quiero saber qué harás para proteger a Olivia del escándalo.

—A ver, un momento. —Olivia se puso las manos en las caderas y vio a los dos hombres—. Alguien debe explicarme qué pasa aquí.

—Hay un soplón en Parker Pictures. Alguien ha estado vendiendo información a la prensa. Tu padre me contrató para que encontrara a un posible sospechoso.

—¿Por qué te contrató a ti? —Eso no tenía sentido, según ella. Parker tenía un equipo de investigadores en Los Ángeles que se encargaban de estos asuntos. Él era un audaz hombre de negocios; siempre se aseguraba de tener todo bajo control.

—Era más apropiado que yo siguiera a la sospechosa, por el hecho de estar ella aquí, en el rodaje.

¿Ella? Olivia juntó la cejas y preguntó:

—¿Y yo qué tengo que ver en esto? No tengo nada que ver con la filmación.

—Eres la hija del dueño y la novia de su principal director de cine.

Olivia estudió a Rick con un gesto de desaprobación. ¿Cómo sabía que ella y Michael tenían una relación? Tal vez alguna de sus amigas se lo había dicho. Se encogió de hombros mentalmente. Rick coleccionaba información como otras personas coleccionan estampillas. Incluso captaba información que la gente daba al azar.

Parker se acercó.

—Clancy, aquí hay un malentendido.

—No estoy de acuerdo. Tenías tus sospechas, las cuales yo investigué y comprobé. Ahora sólo debemos proteger a Olivia. —Rick cruzó los brazos y lo miró fijamente—. Quiero saber qué piensas hacer.

Parker vio a Rick con algo que parecía ser respeto.

—Olivia no corre peligro. No hay nada que se pueda saber de ella que pudiera perjudicarla.

—¿No? —Rick volteó con ella y la miró directo a los ojos.

Él sabía. No estaba segura de cómo se había enterado, pero no tenía dudas de que Rick sabía lo de la bebé.

Se imaginó la noticia en todos los periódicos. Sintió que la sangre se le iba de la cabeza. Se sentó rápido en el escritorio para no perder el equilibrio.

Rick se le acercó y tomó su mano.

—Lo siento.

Ella lo vio a los ojos y supo que se estaba disculpando por algo más que por ser el mensajero de una mala noticia.

—¿De qué está hablando, Olivia? —Parker le hizo el pelo hacia atrás, pero cuidando no tocarla más que eso.

—Yo... —Lo miró, confundida. ¿En su rostro había un dejo de preocupación?

—Tu soplona sin duda descubrió que Olivia estuvo embarazada hace once años —dijo Rick—. Según los correos electrónicos, creo que está a punto de pasar esa información a la prensa.

—¿Quién es ella? —Olivia no podía concebir que alguien pudiera ser tan perversa. Una luz se encendió en su cabeza. Nadie, excepto Sophie Martineau, que obviamente quería a Michael. Ella miró a Rick.

—Elaine Adams —dijo con pesar.

—¿Lainie? —Olivia parpadeó.

Un grito sofocado se oyó desde la puerta. Los tres voltearon y vieron a Lainie ahí parada, pálida como un muerto. Michael estaba detrás de ella.

¿Qué tanto había alcanzado a escuchar? Olivia se aferró al escritorio. Pero por la expresión en sus ojos, sabía que él había oído todo. Michael la miraba fríamente, como si ella hubiera descuartizado a su mascota.

Olivia se llenó de ira. ¿Qué derecho tenía él? Él era quien la había abandonado once años atrás, sin voltear a verla. Y al parecer estaba a punto de hacerlo de nuevo, si esa escena con Sophie significaba algo.

Olivia se volvió a Rick y tomó su mano.

—Creo que estás confundido. Lainie es mi amiga. No creo que ella sea capaz de perjudicarme.

Rick meneó la cabeza.

—Al principio yo tampoco lo creí, pero hay pruebas. ¿Puedes negar que ella se ha metido en tu vida? ¿Qué mejor forma de recolectar información? Tu padre obviamente así lo creyó. ¿Por qué crees que me pidió que la investigara?

Lainie inhaló profundamente.

—Everett, ¿de qué habla?

Nunca había visto a su padre tan cansado. Se veía viejo. Olivia sintió pánico al comprender que él era tan humano como los demás.

Parker se talló la cara y luego apuntó a una silla.

—Siéntate, Elaine. Tengo que aclararte algunas cosas.

Sus cejas se juntaron. Lainie se sentó donde él le había indicado. Michael seguía parado en la puerta, con los brazos apenas cruzados.

—Te debo una disculpa. —Parker tomó a Elaine de la mano.

Olivia se hubiera reído de ver la sorpresa en el rostro de Lainie, si no fuera porque ella también estaba impresionada. Everett Parker nunca se disculpaba.

—Hace seis meses me encontraron un tumor en el cerebro —dijo su padre.

Olivia se quedó helada. Eso era lo último que esperaba oír.

—Me operaron y fue benigno —continuó Parker—, pero me hizo pensar en todas las decisiones que he tomado en la vida.

—El viaje misterioso que hiciste en la primavera —murmuró Lainie.

Parker asintió sin decir palabra y se volvió hacia Olivia.

—Tú me dejaste muy claro que no me querías en tu vida, pero pensé que si podía corregir mis errores, tal vez cambiarías de parecer.

—¿Cómo creíste que lograrías eso? —Olivia frunció el ceño.

—Te traje a Michael.

—¿Qué?

Parker asintió con la cabeza.

—Nunca tuve la intención de arruinar tu relación. Sólo quería que te dieras otras oportunidades antes de casarte. Pero tú no lo entendiste...

—Eres un imbécil y un enredoso. —Michael se lanzó desde su lugar en la puerta. Se fue sobre Parker con los puños cerrados, pero Rick se interpuso.

En ningún momento Parker dejó de ver la cara de su hija.

—Creí que si facilitaba tu reconciliación con Michael, tal vez me perdonarías.

—¿No se te ocurrió preguntarme?

Él arqueó la ceja.

—¿Me hubieras escuchado?

En eso tenía razón.

—Entonces todo lo calculaste, ¿cierto? Por eso te quedaste en la granja, y aquí filmaste la cinta... todo. —Él no tenía qué decir nada. Olivia podía ver la respuesta en su mirada—. ¿Y Lainie qué tiene que ver con todo esto?

Sus ojos se concentraron en Lainie antes de continuar.

—Cuando supe que salías con Clancy, le pedí que investigara quién estaba filtrando información a la prensa. Al mantenerlo ocupado, tú y Michael tendrían más oportunidades de reconciliarse. Le dije que Elaine era quien filtraba la información.

—Pero Rick y yo nunca hemos sido novios.

—¿No? —preguntaron Parker y Michael al mismo tiempo. Rick meneó la cabeza.

—¿Y qué me dices de los correos que encontré? La copia que te mostré, demuestra claramente que Elaine Adams tiene contacto con la prensa.

—Yo le pedí que los contactara. —Al menos Parker tuvo la decencia de parecer avergonzado—. Olivia, yo...

Su hija estiró el brazo para ponerle un freno.

—Necesito pensar. —Se levantó y se dirigió a la puerta. Y se le olvidó que Michael la estaba bloqueando. Esperaba que él la dejaría pasar, pero no se movió.

—Debemos hablar —dijo secamente.

—Ahora no. —Trató de empujarlo pero él asió su brazo con fuerza.

Rick se acercó.

—Suéltala, Wallace.

La mandíbula de Michael estaba tan apretada que Olivia creyó que estallaría.

—Esto es asunto mío y de Olivia.

—¿De qué hablas, Michael? —Olivia liberó su brazo y lo miró fijamente—. No hay nada entre nosotros, como claramente lo demostraste esta noche.

Él se le acercó. Sus ojos brillaban con tanta furia que era doloroso verlos.

—¿De quién era el bebé?

Ella retrocedió. Una bofetada le hubiera dolido menos.

—Idiota. —Escuchó musitar a Rick.

Tomando fuerzas, respondió con toda la dignidad y toda la frialdad que pudo reunir.

—Era tuyo. Lo bueno es que murió y no tuvo que enfrentar el hecho de que su padre es un imbécil. —Lo hizo a un lado y cruzó la puerta.

No tan rápido. Olivia se detuvo. No había terminado, y de ninguna manera lo dejaría ir de nuevo sin decirle sus verdades.

SE DIO la vuelta y entró de nuevo a la oficina.

—Debí decirte lo de la niña. Eso no lo puedo cambiar. Pero no quería que te sacrificaras por nosotras. Quería que te quedaras porque me querías a mí, no porque te sentías atrapado. Pero tenías que irte y no quisiste que yo fuera contigo. Tal vez me equivoqué al no decírtelo, pero tú tampoco querías escucharme.

Michael se recargó muy casual en el marco de la puerta, con la mano dando vueltas dentro de su bolsillo. Ella quería reprocharle su ligereza, pero luego vio la tensión que se reflejaba en su boca y se retractó.

Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, lo miró directo a los ojos.

—Lo siento, Michael. Cuídate.

Esta vez Olivia sí salió. Sintió que la mirada de Michael la seguía en las escaleras.

—Eres un genio, amigo —dijo Rick, y Olivia todavía alcanzó a escuchar.

—Cállate —protestó Michael.

Y luego ya no pudo oír más. Eligió la puerta trasera para evitar a la gente, salió rápidamente del edificio y se subió a su auto. En cuanto azotó la puerta, comenzó a llover.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—ESO NO SALIÓ MUY BIEN que digamos.

Lainie observó a Rick. Ella pensaba lo mismo, pero no podía decir nada. Supuso que era normal después de recibir un cubetazo de agua helada.

Él la había estado espiando sabrá Dios cuánto tiempo. Debería estar enojada con él por haber violado su privacidad, pero Rick sólo estaba haciendo su trabajo. Todo mundo podría decir que lo había hecho porque estaba preocupado por Olivia. Además, Everett era quien lo había contratado.

¿Cómo es que Rick había tenido acceso a sus correos electrónicos? Meneó la cabeza. Prefería no saberlo.

Sintió que Everett la estudiaba con cuidado. ¿Qué suponía que haría ella? ¿Que se iba a poner histérica? O quizás esperaba que ella haría caso omiso a este pequeño enredo y seguiría saliendo con él.

Ajá, diría Olivia.

Rick se cruzó de brazos y vio fríamente a Michael.

—Sabía que eras un idiota, pero no imaginé a qué nivel.

—Vete al diablo, Clancy.

Lainie hizo un gesto de dolor al percibir el tono de voz de Michael. Nunca lo había escuchado así. Lo vio con lástima, y se preguntó por qué no iba a buscar a Olivia.

Aparentemente, Rick se preguntaba lo mismo. Sacudió la cabeza con incredulidad.

—No puedo creer que no vayas a buscarla. Olivia es una de las mujeres más impresionantes que he conocido. Es hermosa, inteligente, divertida y muy sensual.

—No te metas con ella —protestó Michael.

—Por eso eres un idiota. Ni siquiera te das cuenta de que ella no me quiere. Ella te quiere a ti. —Con una señal de desaprobación de la cabeza, en señal de repudio, se marchó.

Michael lo vio por un segundo y también se retiró.

Y dejó a Lainie a solas con Everett.

Elaine respiró profundamente y lo enfrentó. Parker se preparó para oírla. La emoción que por primera vez se había filtrado en sus ojos, de nuevo se ocultó. La observó con la mirada fría de un depredador.

Y realmente la hizo enojar. Se paró de golpe.

—Espero que estés contento.

—Contento no es lo que se me viene a la mente.

—Eres tan insoportable —No se percató de qué tanto había apretado los puños hasta que sintió el dolor de las uñas en sus palmas—. ¿Qué estabas pensando?

Si algo tenía que reconocerle, era que no metía la cola entre las patas. Parker se quedó de pie, enfrentándola; su mirada nunca se apartó de ella. De todos modos, Everett no era esa clase de hombre.

—Sólo quería lo mejor para Olivia. —Frotó su mentón.

El corazón de Lainie se derritió al ver su cara agobiada de fatiga. Nunca lo había visto tan cansado, ni siquiera después de haber trabajado las veinticuatro horas, cuando habían estado en las negociaciones para adquirir otra empresa productora.

Frunció el ceño. Lainie no iba a dejar que la ablandara. Ella tenía carácter. No se dejaría llevar por la pasividad.

—Bueno, qué manera tienes de demostrarlo.

—Elaine. —Quiso abrazarla.

—No. —Se alejó. Si la tocaba, estaría perdida, y aún tenía cosas que decirle—. Lo que hiciste fue una barbaridad. Sé que amas a Olivia y quieres lo mejor para ella, pero te equivocaste hace once años y ahora te volviste a equivocar.

Él la miró fijamente y con frialdad.

—Tú no tienes ningún derecho...

—Sí lo tengo. Quiero mucho a Olivia. Es mi amiga y me ayudó cuando la necesitaba; sin preguntarme nada, y haciendo a un lado sus propios sentimientos. —Se acercó; su ira la hizo parecer atrevida—. Cuando ella comprendió que yo estaba enamorada de ti, no me cortó ni me habló de todos tus defectos, de los cuales estoy muy consciente, por cierto—. Él abrió la boca, pero ella lo interrumpió enterrando el dedo en su plexo solar—. Ella me dijo que sólo me ayudaría si tú eras lo que realmente yo quería.

—¿Y soy lo que quieres?

Se estremeció con su tono tan grave. Cerró los ojos, respiró profundo y lo enfrentó de nuevo.

—Tú eres lo que yo quería, pero ya no estoy segura.

La manera en la que Parker parpadeó hizo que ella se preguntara si alguna mujer alguna vez lo había rechazado. Suspiró. Ninguna mujer cuerda lo haría.

En ese momento, ella calificaba como candidata al manicomio.

—Everett —dijo Lainie—, no puedo creer que hayas manipulado a todos así. ¿Creíste que te saldrías con la tuya? —Él no tenía la respuesta. Ella pudo ver que realmente lo había creído. Lainie se paró justo frente a su nariz y lo miró—. ¿Sabes qué es lo peor? Que contrataste a alguien para que me espíara. Eso es terrible.

Se dio la vuelta y salió; su taconeó era un eco de su coraje.

—Elaine. —Alcanzó su brazo y le dio la vuelta. Ella perdió el equilibrio, tropezó y cayó sobre su pecho.

Bajo su mano, el corazón de Parker latía fuerte y rápido. Ella saboreó el latido rítmico, a sabiendas de que nunca lo sentiría de nuevo.

—Everett, renuncio.

Él la miró fijamente. Ella sonrió con rabia. Finalmente lo había desconcertado.

Se alejó.

—Regresaré a Los Ángeles en la mañana para hacer los trámites necesarios. Dadas las circunstancias, estoy segura de que estarás de acuerdo en que me vaya de una vez en lugar de avisarte dos semanas antes.

Se paró de puntas y puso los labios sobre su mejilla. Inhaló su aroma una vez más, profundamente, para poder recordarlo cuando estuviera sola, en su cama, de noche.

—Adiós, Everett.

Pensó que las lágrimas brotarían en cuanto se retirara. Pero no fue así. Incluso después, acurrucada bajo las cobijas, en casa de Mae, no había ningún indicio de humedad en sus mejillas. Su corazón, por otro lado, se sentía como si se estuviera desangrando.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A LA MAÑANA SIGUIENTE, a primera hora, Olivia se topó con una persona a la que no quería ver.

La abuela la observó por encima de su taza de café.

—Te levantaste temprano.

—Voy a ir al gimnasio. —Se sirvió café. Mientras agregaba una cantidad generosa de azúcar a su taza, vaciló para sentarse frente a la abuela. Lo más probable es que la mujer ya estuviera al tanto de lo que había sucedido la noche anterior. La red informativa de la abuela era legendaria.

Olivia tendría que enfrentar a la abuela tarde o temprano. Lo mejor era tomar el toro por los cuernos.

—Tú sabías todo. Tú lo ayudaste.

La abuela no lo negó.

—Ese hombre te quiere. Sólo quiere resarcir los errores del pasado.

—Pues qué manera tan rara de mostrar su afecto. —Hizo una mueca al quemarse la lengua.

—Manipuló la situación para acercarse a ti, pero tú hiciste lo mismo. Tú también manipulaste todo.

Ella frunció el ceño.

—No es verdad.

—¿Entonces qué fue el juego ése que tú y Lainie se traen entre manos?

Olivia luchó para no quebrantarse ante la mirada sabia de la abuela.

—Sólo estaba ayudando a Lainie.

—Y él sólo te estaba ayudando a ti. Necesitas algo que te ayude a cambiar tu suerte. ¿No crees que ha llegado el momento de romper con el pasado y avanzar? —Lentamente la abuela se levantó de la mesa y lavó su taza. Se dio la vuelta antes de salir a atender sus jardines—. Y, mi amor, cualquier intento por recuperar tu cariño es mejor que nada, ¿no lo crees?

Olivia hizo un puchero en su taza. ¿Qué tal si la abuela tenía razón y Parker estaba tratando de formar parte de su vida otra vez?

Meneó la cabeza. No podía pensar en eso ahora. Lo que necesitaba era una buena rutina de ejercicios para poder concentrarse.

Por primera vez en más de un mes, el gimnasio estaba casi vacío. Sabía que la mayor parte del equipo de rodaje se iría a casa ese mismo día.

Miró furtivamente a su alrededor y suspiró, satisfecha de que Michael no estuviera ahí esa mañana. Realmente no esperaba verlo ahí; probablemente tenía un millón de cosas que hacer con el fin del rodaje; pero ella quería asegurarse. No creía poder soportar otra confrontación. Todavía estaba enfadada por el desencuentro de la noche anterior.

Se dirigió automáticamente a las máquinas elípticas. Se subió a la pista, apretó los botones para hacer los ajustes necesarios y comenzó a mover las piernas.

Por lo general, una buena rutina de cardio le servía para meditar. Esa mañana, no podía apaciguar su mente. Las escenas de la noche anterior se repetían en su cabeza, una tras otra.

Cerró los ojos. Dios, qué desastre. No había sido la forma en la que había imaginado que terminaría su relación con Michael. Esta vez, se suponía que iban a quedar en buenos términos. Se saludarían civilizadamente y se desearían lo mejor mutuamente.

Incluso en la oscuridad que había a causa de las persianas cerradas, seguía viendo la expresión de sus ojos cuando había escuchado lo de su bebé.

Esperó entonces el agudo dolor que siempre le causaba pensar en la niña que había perdido. Lo sintió, pero por primera vez no fue tan intenso como para estremecer todo su ser.

Olivia abrió los ojos.

Le hubiera gustado evitarle a Michael el dolor de enterarse, especialmente así. Aun cuando se lo merecía. Recordó cómo había permitido que lo abrazara Sophie.

El muy infeliz.

La hora se le hizo lenta. Casi lloró cuando la máquina sonó para avisarle que su rutina había terminado. Nunca se había sentido tan cansada. Excepto, quizás, once años atrás.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba vestida, arreglada y lista para irse a la tienda. Procuraba siempre lucir estupenda, lo que significaba que usaría medio frasco de maquillaje para disfrazar sus profundas ojeras.

Para observar el ritual matutino, Oliva llegó al Café Sabio por su latte de nuez.

—Hola, amiga —saludó a Eve, esforzándose por ponerse en la cara una sonrisa tan grande que le dolía.

Eve alzó la mirada, con la frente arrugada. Olivia pensó que sacaría una lupa, porque su amiga la estaba estudiando con lujo de detalle.

—¿Cómo estás? —Para alguien que no conociera a Eve, la pregunta hubiera parecido normal.

Olivia sí la conocía.

—He estado mejor.

Sin decir palabra, Eve empezó a preparar el latte de Olivia. Cuando terminó, tomó la taza, le hizo una señal con la cabeza a su barista y salió del mostrador.

—Vamos a sentarnos para que me cuentes qué pasó anoche.

—Mejor pregúntame qué fue lo que no sucedió —dijo Olivia al acercarse a una mesa vacía que estaba al fondo—. Descubrí que mi padre tramó todo este enredo porque quería reconciliarse conmigo. La abuela sabía todo, por supuesto.

—Qué tierno—dijo Eve, sentándose frente a ella—. Raro, pero es lindo. Mi padre nunca se hubiera molestado.

Olivia agarró el latte.

—No puedo juzgar si fue lindo o no, pero definitivamente no fue lo más raro que hizo. Resulta que Parker contrató a Rick para investigar a Lainie. Le dijo a Rick que Lainie filtraba información a la prensa. Rick pensó que le contaría a la prensa la historia del bebé con Michael. Por medio segundo lo creí, antes de comprender que era una tontería. No entiendo cómo pude haberlo considerado siquiera por medio segundo.

—¿Rick sabe lo del bebé?

—Ahora todos lo saben.

—¿Estás bien?

—Sí. —Eve se sorprendió al ver que la afirmación era honesta—. Sí lo estoy.

—¿Qué dijo Michael?

—El imbécil me preguntó si era de él.

—¡No! —Eve abrió la boca incrédula.

—Cree que aborté. No me molesté en aclararle las cosas. De todos modos ya no importa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eve, Sophie Martineau estuvo con él toda la noche. Tú lo viste. ¿Realmente crees que estoy dispuesta a compartirlo? Puede quedarse con él.

—¿Estás segura?

—¡Vaya que estoy segura! —Se estiró sobre la mesa y le dio unas palmadas afectuosas a Eve en la mano—. De verdad. Si Michael no me quiere, no me merece, ¿o sí? Y si cree que yo podría abortar a mi bebé, no me conoce. Creo que eso fue lo que más me dolió, porque era mi mejor amigo, y se supone que tu mejor amigo te conoce de pies a cabeza, ¿verdad?

Eve la estudió.

—Estás reaccionando con mucha calma.

—De hecho, al principio no lo tome así, pero finalmente comprendí que lo que yo quiero no existe donde yo creí que existía. —Y eso no quería decir que no deseara que fuera de otro modo. Probablemente Olivia extrañaría a Michael toda la vida.

Otra persona entró al café. Olivia y Eve voltearon a ver.

Lainie, con una expresión sombría, se acercó a ellas.

—Buenos días —dijo, aunque su tono indicaba lo contrario.

Olivia golpeteó la silla que estaba a su lado.

—Siéntate.

—No tengo mucho tiempo. Mi vuelo sale en un par de horas, y tengo que llegar al aeropuerto. —Pero de todos modos se sentó—. No podía irme sin darles las gracias a las dos por todo lo que hicieron por mí.

Un torbellino con mechones morados en el pelo entró al café y se dejó caer en la única silla libre que había en la mesa.

—¿Hay quórum? ¿De qué me perdí? ¿Cómo estuvo la fiesta? —preguntó Gwen animosamente.

—Te perdiste el evento de la década —sentenció Olivia.

Eve se tragó la risa y Lainie se entristeció aún más, si es que eso era posible.

Gwen, por supuesto, no entendió el sutil sarcasmo.

—Cuéntame pues.

—Bueno, Michael y su primera actriz dieron tremendo espectáculo delante de todos. Luego se supo que Rick ha estado investigando a Lainie; a petición de mi padre, que fue el que orquestó todo, él solo.

Gwen parpadeó con los ojos completamente abiertos.

—¿Cómo dices?

—Exactamente.

Lainie interrumpió en ese momento.

—Yo le estaba diciendo a Olivia y a Eve que agradezco todo lo que hicieron por mí. Me gustaría seguir siendo su amiga, si fuera posible. —La petición las incluía a todas, pero miraba especialmente a Olivia.

Olivia meneó la cabeza.

—No necesitas pedir eso. Esperamos que sigas en contacto.

Lainie murmuró sus promesas y las abrazó. Abrazó más tiempo a Olivia.

No se dieron cuenta de que Rick había entrado hasta que su cuerpo les hizo sombra. Se veía inseguro, y eso no era nada usual.

—Buenos días, muchachas.

—Tú sí que tienes descaro. ¿Cómo te apareces por aquí? —Gwen lo vio como si estuviera lista para sacar las garras.

Él le devolvió la mirada agresiva. Lainie se alejó.

—De todos modos ya me voy. Te llamaré, Olivia.

Rick puso una mano en su brazo.

—Espera un minuto. Antes de que te vayas quiero disculparme. Yo...

—Estabas protegiendo a Olivia, y te engañaron. —Lainie cubrió su mano con la suya—. No tienes la culpa de nada. De verdad me tengo que ir. —Con una leve sonrisa, se marchó de prisa.

Sorprendentemente, Olivia sintió lástima por Parker. Se había perdido lo mejor que le había sucedido en treinta años.

El pleito entre Gwen y Rick la devolvió a la realidad.

—Ya me voy —los interrumpió en voz alta—. Tengo que abrir la tienda.

Eve la acompañó y volteó a ver a la pareja que peleaba.

—¿Qué les pasa?

—Tensión sexual reprimida. —Olivia salió. La risa cálida de Eve la siguió después de que cruzó la puerta.

Olivia entró a Matices Románticos. Dejó la puerta abierta. Casi era la hora de abrir y no quería molestarse en cerrarla. Comenzó a hacer su rutina; se puso a acomodar todo mientras se prendían la máquina de tarjetas de crédito y la caja registradora. Estaba sacando el efectivo de la caja fuerte cuando oyó que alguien entró.

Frunció el ceño y salió de la trastienda para encontrarse con Parker, que estaba parado en el quicio de la puerta. Revisaba toda la tienda a detalle.

Olivia se puso a la defensiva, lista para proteger lo que tenía. Pero antes de que pudiera abrir la boca, él la enfrentó.

—Elaine tenía razón. Lo que creaste es impresionante.

Ella cerró la boca. ¿Qué podía responder?

Parker se dirigió a su hija, con cuidado, como si no quisiera espantar al ave que estaba a punto de volar. Sus ojos pálidos la miraron y en ellos Olivia pudo leer su determinación. Y su soledad.

Olivia no planeó las palabras que a continuación salieron de su boca.

—¿Por qué me dejaste con la abuela?

Su padre se paró en seco. El silencio se prolongó incómodo. Ella no pensó que le fuera a responder, pero finalmente dijo:

—Te pareces mucho a tu madre.

Ella frunció el ceño. Ésa no era una respuesta. Estaba a punto de protestar cuando un recuerdo de infancia inundó su mente.

Olivia debió de tener unos cuatro años. Sus padres estaban en la cocina. Ya había pasado la hora de dormir, pero tenía sed y quería leche. Fingió ser Gatúbela, y llegó a escondidas hasta la puerta. Se asomó. Las manos de su padre estaban envueltas en el pelo largo y rubio de su madre. Él volteó y la vio. Ella contuvo la respiración. Él le guiñó el ojo y abrazó a su madre. Sabía que debía volver a la cama, pero volteó una vez más para ver cómo él acariciaba la cara de su mamá, antes de hacer su cabeza hacia atrás para darle un beso.

Ante la mirada de una niña, un beso era sólo un beso. Ahora, recordando el momento, vio lo que había significado ese beso: el amor profundo e imperecedero de un hombre por una mujer. Embeleso total.

Eso era lo que ella sentía por Michael. Y sabía lo que se sentía perderlo todo de golpe.

Olivia vio a su padre, por primera vez ignorando su dolor para sentir el de él. Odiaba reconocer que la abuela tenía razón.

Respiró profundamente y se lanzó al vacío.

—Yo no sé qué es lo que quieres de mí.

—Sólo otra oportunidad.

—No dejaré que me manipules de nuevo. Si lo intentas me iré antes de que puedas gritar ¡Acción!

—Trato hecho.

Ella meneó la cabeza. Había estado enojada con él durante años.

—No sé si pueda hacer esto.

—Olivia, yo ya di un paso. Te pido que por favor, tú también lo des.

Fue la sinceridad en sus ojos lo que la conmovió. Ella asintió con la cabeza. Podía dar el paso.

Olivia se quedó ahí parada, sin saber qué hacer. El trato estaba hecho, pero darse la mano sería demasiado frío, y un abrazo era demasiado íntimo, y muy apresurado mostrar para esa clase de afecto.

Él extendió la mano y recorrió su pómulos con el pulgar. Como solía hacerlo cuando era niña. Su corazón empezó a derretirse y Olivia pensó que quizás esto no sería tan difícil, después de todo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

LAINIE VOLTEÓ A VER al mar de gente. No podía encontrar a Olivia.

Esto no tenía sentido. Había hablado con Olivia esa mañana para confirmar su hora de arribo. Olivia no era de las que olvidaba.

Alguien le picó la espalda. Tomó su maleta y se hizo a un lado. De nuevo observó a la multitud, en busca de una persona alta con pelo café castaño y con gran sentido de la moda. Sus ojos se abrieron al máximo cuando vio a alguien que encajaba con esa descripción.

Everett.

Se volteó hacia la pared, presionando su pecho con la mano. Estaba a punto de sofocarse.

—Elaine.

Controlándose, se dio la vuelta lentamente.

—Hola, Everett. No esperaba verte aquí.

De hecho no esperaba verlo jamás.

Él la analizó haciendo una ligera mueca.

—¿Estás bien? Te ves pálida.

—Siempre estoy pálida.

—No. —Recorrió su cara con un dedo—. Suelas tener un color marfil.

Ella sabía que los ojos se le salían, pero no podía evitarlo. La mano de Everett sostuvo su mentón y levantó su cara.

—Elaine, perdóname.

—¿Por qué? —Directa, sí, pero no se permitiría caer de nuevo en el juego.

—Porque te necesito. Más de lo que imaginé. —Con el pulgar acarició su labio inferior.

Ella carraspeó y se acomodó los lentes.

—¿Y finalmente te diste cuenta de esto? ¿Después de siete años?

—Soy medio lento. —Se quitó los lentes, los dobló con cuidado y los puso en su bolsillo. Sus manos le acariciaron el rostro. Sus pulgares acariciaron su mandíbula y ella quiso ronronear—. Las últimas dos semanas sin ti fueron un infierno. Más que tu ausencia, tu recuerdo me vuelve loco. Traté de deshacerme de tu aroma en la oficina, pero nada funcionó.

—¿De verdad?

—Es una tontería, lo sé. Debí comprender que los remedios que usé estaban mal.

—¿Sí?

—La solución era recuperarte.

—¿Quieres que vuelva? —Su pecho se llenó de esperanza... o quizás era amor.

Él la miró con solemnidad y sonrió.

—Con todo mi corazón.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

OLIVIA VIO el reloj por centésima vez. Eran las cuatro. El vuelo de Lainie había aterrizado hacía quince minutos.

Suprimió un dejo de culpa y se dijo a sí misma que todo saldría bien. Pensándolo bien, no es que hubiera abandonado a Lainie en el aeropuerto; había enviado a un emisario confiable a recogerla. Sólo esperaba que Lainie no rechazara a su padre nomás de verlo. Esperaba que Lainie la perdonara por haberse entrometido en sus asuntos.

Olivia vio el reloj de nuevo. Ella pudo haberlo planeado, pero era su padre quien debía ejecutar el plan.

Cruzó sus dedos.

Salió del mostrador, se dirigió a la puerta y volteó el letrero. Cerrado. Y no volvería a abrir el negocio por un rato.

—Olivia, querida, creo que necesito una talla más grande.

Olivia sonrió al escuchar el nerviosismo en la voz de Peachie Johnson. Después de más de cincuenta años de vestir sólo ropa íntima de algodón, aunque fuera fina, Peachie quería sorprender a su marido con algo especial. "Para acabar con el aburrimiento", le había susurrado a Olivia.

—Voy. —Olivia escogió una talla más grande del sostén sorpresa que tenía en el almacén y fue al vestidor—. Aquí tienes, Peachie.

La mujer abrió la puerta del vestidor.

—Eres un encanto.

Olivia oyó que la puerta de entrada se abría y luego se cerraba. Frunció el ceño y se asomó.

—Lo siento. Ya cerramos...

Se quedó muda cuando vio a Michael en la puerta de la tienda. Muy sorprendida, se quedó inmóvil y lo vio fijamente.

—Hola, Olivia.

Cerró los ojos y dejó que su voz penetrara su cuerpo. Esperaba sentir rabia, amargura, desilusión. Todo lo que sintió fue tristeza y nostalgia.

Olivia lo extrañaba.

Pero era demasiado tarde.

Abrió los ojos.

—Qué sorpresa verte. ¿Qué haces en San Francisco?

—Olivia...

—Olivia, querida, me gusta éste. Harry se va a morir cuando me vea con esto —interrumpió Peachie—. Ay, Dios mío.

—Tengo algo que te quedará muy bien con eso, lo pondré en tu bolsa. —Olivia le quitó la lencería a la mujer y le cobró de prisa.

Cuando se iba, Peachie se acercó a Olivia.

—Mi reina, ponte algo así —Tocó su bolsa de compras y le guiñó un ojo—, y ese muchacho no podrá defenderse.

Olivia cerró la puerta con llave. Volteó y se encontró con Michael, que estaba más cerca de lo que esperaba. Mucho más cerca.

—¿A qué viniste? —Deseó que su voz no le saliera tan ronca, pero no pudo evitarlo. Él estaba tan cerca que podía oler la piel de su chamarra mezclada con su aroma, y eso la estaba volviendo loca. Quería sujetarlo y acariciarle el cuello con la nariz.

Él dio otro paso y quedaron frente a frente.

—A hacer esto.

Olivia sólo tuvo tiempo para pensar sus ojos son tan azules antes de que los labios se tocaran. En ese instante, sus brazos automáticamente rodearon el cuello de Michael. Las manos de él se metieron bajo su suéter, tibias sobre su piel, y ella se arqueó.

Olivia se separó de él abruptamente para darse espacio para respirar. Sus labios brillaban y sus ojos estaban ardiendo de pasión.

La pasión era buena, pero no era suficiente.

—No puedo hacer esto de nuevo —dijo meneando la cabeza.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. —Peinó su pelo hacia atrás—. No vine por eso.

—¿No? —Trató de evitar el puchero.

Sus labios se fruncieron un poco.

—No. Vine a darte esto. —Sacó algo de su bolsillo.

La respiración de Olivia se interrumpió cuando se dio cuenta de lo que era. Un medallón. Se acercó más. No podía ser...

Sí era. Era su medallita.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y el collar brillante se empañó en su mirada. Se cubrió la boca con la mano y miró el pendiente.

—Lo he llevado conmigo desde que me lo aventaste. —Tomó un mechón de su pelo y lo enredó en su dedo—. Lurch tenía razón. Soy un idiota. Hace once años fui un idiota. Y luego me diste otra oportunidad y lo eché todo a perder. Completamente.

—Sí, es verdad —asintió.

—Quería decírtelo. —La acercó—. Quiero decirte que lo siento. Siento mucho lo que hice y todo lo que dije. Fui un imbécil. Y sobre todo quiero decirte que te amo.

Su mente no se calmó tan fácilmente con esas palabras. ¿Qué había querido decir con eso? Se suponía que antes también la amaba, pero aun así la había dejado.

—¿Qué quieres, Michael? —preguntó de nuevo.

—Te quiero a ti. —Se acercó y le acarició los labios con las pestañas; un beso de mariposa; la miró a los ojos—. Quiero que empecemos de nuevo. Desde cero. Te extraño, Olivia. Regresé pero nada estaba bien sin ti. Tenía lo que quería, pero descubrí que lo que quería estaba mal. —Puso su frente sobre la de Olivia; su ardiente mirada penetró sus ojos—. Quiero recuperar a mi mejor amiga. Quiero que seas parte de mi vida para siempre.

Ella cerró los ojos, con temor de esperanzarse. Nada garantizaba que él se quedaría. Tal vez hoy decía estas cosas, pero cuando llegara el próximo proyecto tentador, ¿cómo sabría que él no

se iría? Eso es lo que ella estaría esperando.

Olivia sintió el roce suave de sus labios en los párpados.

—Di algo —pidió Michael.

Ella, vacilante, abrió los ojos. Debía verlo cuando respondiera su pregunta.

—¿Y tu trabajo? No puedes renunciar a todo.

—Tienes razón. No puedo. Pero puedo elegir mejor mis proyectos. Y puedo llevarte conmigo. Si quieres ir conmigo. —Él la observó, en parte esperanzado, en parte dudoso de su reacción.

Ella lo miró fijamente.

—¿Vivirás en el norte de California? Odias este lugar.

—Creí que lo odiaba. Pero ahora todo cambió. —La miró tímidamente—. Okey, quizás he cambiado. Estoy dispuesto a negociar, a manejar grandes distancias, a hacer lo que sea necesario. Lo que quiero es estar contigo.

—Me voy a ir —dijo ella de pronto.

—¿Qué? —parpadeó.

—Me voy a París. Unas semanas. De vacaciones. Tengo que alejarme de todo. —Frunció el ceño—. No sé por qué pensaste que nunca podría salir. Me encanta estar aquí, pero no tengo que estar aquí todo el tiempo.

Su sonrisa fue amplia y con mucho alivio. De nuevo la acercó.

—Quizás podamos vernos allá —susurró junto a sus labios.

Ella se encogió de hombros, fingiendo control, pero su pulso se había acelerado.

—Quizás.

Él la tomó de la cintura con fuerza.

—Quizás viajemos juntos.

Ella se mordió el labio cuando su boca le acarició el cuello.

—Quizás.

Él la mordió con los labios antes de verla directamente a los ojos.

—Quizás sea nuestra luna de miel.

—Quizás.

Su sonrisa fue devorada por un beso lento e intenso.

EPÍLOGO

PARKER SE RECARGÓ en el sofá y sonrió.

—Te quedarás sin suelas si sigues caminando de un lado a otro, y no podrás entrar con esos zapatos a la ceremonia.

Michael se peinó el pelo hacia atrás.

—Qué fácil es para ti decirlo. Tú ya tienes a tu esposa. —Parker sonrió ampliamente. Sí, era verdad—. No tienes que alardearlo. —El ceño de Michael se acentuó más—. ¿Cuándo empezará esta boda?

—¿Estás nervioso?

—¿Qué? Claro que no. —Se dejó caer en una silla y cruzó las piernas—. Creo que he esperado este momento toda mi vida.

Parker se relajó. Eso era lo que quería oír. Aunque quería reparar la grieta que había entre él y su hija, no había pensado en la posibilidad de que la estuviera empujando a algo para lo que no estuviera preparada. Elaine había tenido que explicárselo.

Sonrió, pensando en todas las formas en las que Elaine le había cambiado la vida. Estaba contento. Meneó la cabeza. Nunca antes había estado contento. En aquellos primeros años con Lily, él se había concentrado en hacer un éxito de Parker Pictures. Había sido feliz, por supuesto, pero ahora se sentía estable. Como si hubiera llegado exactamente al sitio indicado.

Todavía no podía creer en lo ciego que había sido respecto a Elaine.

Arqueó una ceja al ver a Michael, que tamborileaba con los dedos sobre el muslo.

—No actúas como un hombre calmado.

—¿Qué esperas? No he visto a mi prometida en varias semanas gracias a tu imposible calendario de producción.

Sí, eso había sido desafortunado, pero no podía ser de otra forma.

—¿No la viste ayer cuando llegaste?

—Tú sabes cómo son esas mujeres —rio Michael.

Claro que sabía. Un día antes de que él y Elaine se casaran, casi había tenido que tumbar la puerta para poder verla, y a cambio había recibido tremendo regaño por parte de Mae. Esa había sido una experiencia que no quería repetir jamás.

La puerta se abrió y Elaine asomó la cabeza.

—Everett, estamos listas.

Michael saltó.

—Gracias a Dios. Esperaré en mi lugar. —Prácticamente arrolló a Elaine en su carrera hacia el altar.

—Un poco ansioso, ¿verdad? —sonrió Elaine.

El pecho de Parker se contrajo. Qué hermosa era. Elaine llevaba un vestido de seda color rosa pálido. Lo que llevaba debajo era lo que le intrigaba. Encaje del mismo color del vestido y medias que le llegaban a los muslos.

Tomó un mechón que se le había zafado del complicado chongo. Después se daría el lujo de soltarle lentamente el pelo.

Como si ella pudiera adivinar sus pensamientos, sus mejillas se sonrojaron y sus ojos grises se derritieron. Su cuerpo se adhirió al suyo. Con tacones, encajaban perfectamente.

—Everett, ahora no tenemos tiempo.

Le mordisqueó el cuello, inhalando el limpio aroma que lo hacía enloquecer. Susurró en su oreja, sabiendo cómo esto la afectaba.

—Quiero verte sólo con medias y zapatos.

Su mano serpenteó entre los dos sólo para cerciorarse de qué tan excitado estaba. Lo miró con malicia.

—Olivia te está esperando. —Lo apretó y se dio la vuelta para lentamente salir por la puerta.

Parker se arregló la ropa. Después la haría pagar por ese apretón y ambos lo disfrutarían.

Recorrió el pasillo hasta llegar al cuarto de Olivia. Al abrir la puerta, las risas femeninas lo tomaron por sorpresa.

Eve alzó su copa de champaña.

—Por el amor y la felicidad eterna.

La pequeña (si recordaba correctamente, se llamaba Gwendolyn) alzó su copa.

—Por los hombres candentes que saben qué hacer con el chocolate derretido.

Las mujeres rieron y chocaron sus copas.

Parker carraspeó para que vieran que ahí estaba. Había ciertas cosas que no tenía por qué saber acerca de su hija.

—Perdón. Creo que ya es hora.

Gwendolyn levantó el pulgar.

—Tú puedes, chica.

Eve torció los ojos.

—Vamos, Gwen. Busquemos nuestros asientos. —Eve apretó la mano de Olivia y saludó a Parker con una sonrisa mientras guiaba a la chica fuera de la alcoba.

A primera vista, su hija lo dejó sin palabras. Por un momento creyó que el tiempo había retrocedido treinta años y estaba viendo a Lily caminando por el pasillo de la iglesia. Ahora, el recuerdo estaba lleno de dicha en vez de dolor.

Olivia se acomodó su sencilla falda de tul.

—Es el vestido de mamá.

—Sí, y te ves tan hermosa como tu madre. —Como una princesa, hubiera dicho Lily—. Se hubiera sentido tan feliz por ti.

Olivia inclinó su cabeza y lo estudió.

—Y también por ti, estoy segura.

Sí, se lo imaginaba. Lily, siempre tan romántica, se hubiera emocionado por ambos. Si fuera un poco místico, incluso podría pensar que ella había manejado todo este asunto desde el más allá.

Se acercó a Olivia y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—¿Estás lista?

—¿Michael está afuera?

—Esperándote con gran impaciencia. —Parker sonrió con algo de ironía—. Por poco y

tumba a Elaine.

—Entonces acabemos con su dolor —sonrió.

Parker puso la mano que ella le ofreció en el hueco de su brazo. Salieron, tomaron el camino que alguien había marcado con pétalos de rosa y de ahí cruzaron hasta el campo abierto, pasando por los jardines de la abuela Mae.

Había un mundo de gente y, al final del trayecto, el adornado altar donde el ministro y Michael los estaban esperando.

Parker y Olivia hicieron una pausa, esperando a que comenzara la marcha nupcial. Todos voltearon, sonriendo radiantes, y los susurros de las conversaciones se apagaron.

Parker vio a su hija. Tal vez Elaine podía pensar que él se había inmiscuido en sus vidas, pero no se arrepentía. De hecho, se sentía muy satisfecho.

La música comenzó. Olivia apretó su brazo.

—Gracias, papi —susurró, con sus ojos puestos en Michael.

Everett Parker sonrió, acarició su mano y entregó a su niña al hombre de su vida.

BUSCÁNDOTE A TI

CAPÍTULO UNO

ERA una noche oscura y tormentosa.

Gwen rio entre dientes y se echó encima su impermeable rojo. Menos mal que era artista plástica y no escritora. Si tuviera que vivir de palabras, sería dueña de apenas una caja de cartón y no de una encantadora tienda en Laurel Heights.

Se ajustó las cintas de los patines y rodó por su tienda, Mi Maceta, apenas deteniéndose brevemente para acomodar uno de los aparadores. Aún no podía creer que ella hubiera hecho todo esto. Diez años atrás, si alguien le hubiera dicho que terminaría trabajando como artista, de inmediato habría llevado a esa persona al hospital psiquiátrico.

Si su familia supiera cómo se ganaba la vida, *definitivamente* la encerrarían. Ningún De la Roche consideraría ser algo tan vulgar como artista, mucho menos si pintaba calabazas. Los paparazzi habrían hecho de las suyas.

Y por eso ella había huido y se había convertido en Gwendolyn Pierce, un espíritu libre y anónimo.

Esa había sido la mejor decisión que pudo haber tomado, y todo se lo debía a su abuela. Si Mamie Yvette no la hubiera motivado a dejar el nido y aprender a volar, se hubiera sentido miserable y atrapada en vez de feliz y plena. Gracias a eso se había encontrado a sí misma. Si tan sólo Mamie Yvette pudiera verla ahora, la abuela le guiñaría el ojo de forma traviesa y le preguntaría a qué sabe la libertad.

Sabía deliciosa.

Todo sería perfecto si no fuera porque Gwen no podía decirle a nadie quién había sido antes. *A nadie*. Entre más gente lo supiera, más probable sería que su secreto dejara de serlo.

Se detuvo, con la mano sobre el apagador de la luz, y vio su tienda. Si el secreto se llegara a saber, perdería todo. Perdería su independencia y su privacidad. La prensa... se estremeció nada más de pensarlo. Sus amigos la verían con otros ojos, y ella dudaría de las intenciones de todo el que quisiera acercársele.

Tan sólo pensarlo era devastador.

A veces sentía ganas de gritarlo. Causar un escándalo en lugar de vivir en silencio, entre sombras.

Quería que la vieran, que la reconocieran; pero por sus propios méritos, no por su apellido.

Quería aceptar la oferta que le había hecho el Museo Young.

Ese día la habían llamado de nuevo. Querían que participara en una exhibición especial: "Artesanos de las Américas: Pasado y Presente". Le habían pedido que preparara un proyecto

moderno a partir de las calabazas antiguas que el museo tenía en exhibición. Otros artistas participarían, y al final elegirían uno de los proyectos para formar parte de la exposición permanente.

Con tan sólo pensarlo, brincaba de emoción. ¡Qué increíble sería exponer su trabajo en uno de los principales museos del mundo! Su abuela se hubiera sentido orgullosa.

Pero no podría hacer eso.

No podría arriesgarse al reconocimiento y la atención que obtendría a cambio. ¿Qué tal si alguien la reconocía como Geneviève de la Roche y la desenmascaraba?

Detestaba estar escondida.

Desafortunadamente, era mejor permanecer oculta que vivir de nuevo bajo el microscopio.

Gwen apagó la luz y salió a enfrentarse a una inusual tormenta de agosto.

Antes, como Geneviève de la Roche, no le hubieran permitido patinar, mucho menos si llovía.

"El pasado ya no existe", pensó y cerró la puerta.

El sonoro ruido del candado al cerrarse fue como el pasado que quedaba cancelado detrás de ella. Los recuerdos no siempre se desvanecían, pero entre más se alejara, más distantes parecerían.

Y ella tenía toda la intención de permanecer distante, porque de ninguna manera iba a volver. De todos modos, su familia no la recibiría.

Excepto Mamie Yvette; su abuela la recibiría con los brazos abiertos, con una taza de *chocolat chaud*, dispuesta a escuchar todas las aventuras de aquellos catorce años de ausencia.

Con el paso del tiempo, se habían comunicado de vez en cuando —llamadas breves e insatisfactorias de teléfonos desechables y cosas parecidas—, pero en raras ocasiones. Cuando Gwen se mudó a San Francisco, Mamie Yvette le había pedido que no arriesgara su felicidad y dejara de telefonarla, por temor a que descubrieran su ubicación. Habían pasado tres años desde su última conversación.

A veces extrañaba a Yvette de la Roche.

Gwen se sacudió la melancolía, se sacó de la cabeza los recuerdos de su vida pasada y se lanzó a la tormenta. Con los brazos abiertos, recibió la lluvia y dejó que el agua se llevara sus pensamientos; decidió concentrarse en las pequeñas cosas que tanto le gustaban: el ruido del agua al caer en su impermeable, la sensación de las gotas que hacían sus rizos más pesados y resbalaban por su cuello, la anticipación de un baño caliente que se daría al llegar a casa.

Con cuidado, avanzó por la acera resbalosa. No había caminado dos cuadras cuando se le acercó un auto, moviéndose a la velocidad de un caracol.

Normalmente, lo hubiera ignorado hasta que el auto se retirara, pero era el tipo de vehículo que siempre había soñado tener; una de esas viejas tanquetas americanas restaurada a su glorioso estado original. Aun con el diluvio, alcanzaba a ver el brillo de la pintura oscura y los sofisticados rines. Caminó más despacio para admirar aquella belleza.

La ventanilla descendió. Gwen comenzó a sonreír en automático, pero luego vio el rostro del conductor y la sonrisa desapareció, para ser reemplazada por un nerviosismo en la boca del estómago y un sudor en las manos. Por alguna razón, estar cerca de Rick Clancy siempre le provocaba esa reacción.

Por supuesto que sí. Rick era investigador privado y ella una mujer con un secreto.

El hombre se inclinó sobre los asientos en forma de banca y se asomó por la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Voy a mi casa —dijo ella, con ganas de golpear su apuesto rostro. Y no que fuera a admitir

que le llamaba la atención su físico misterioso y atractivo.

Esa cara, masculina y perfectamente cincelada, ahora la observaba igual que siempre: con desagrado.

—Está lloviendo —reprendió, como si ella tuviera cinco años.

—Con razón eres detective privado. —La lluvia dejó de ser vigorizante y empezó a darle frío. Gwen se cerró el abrigo hasta el cuello—. Eres tan inteligente.

Él la estudió detenidamente.

—Sólo una loca podría salir a patinar con esta tormenta.

Ella se encogió de hombros, sabiendo que eso lo irritaría.

—Nadie me ha dicho que sea una mujer cuerda.

—Súbete.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿A tu auto?

—Sí. —Parecía que a él tampoco le encantaba la idea.

—¿Por qué? —preguntó suspicazmente. Ellos no se llevaban bien. Nunca habían simpatizado desde que su amiga en común, Olivia, los había presentado. Ella pensaba que él era avasallador y mandón, y él pensaba que ella estaba loca. Y a Gwen no le importaba lo que él pensara. Bueno, no mucho.

—No te caigo bien.

—No confío en ti. Es diferente.

Dio un paso atrás, alejándose de su mirada analítica. Él era demasiado observador, y ella tenía un pasado que no quería que nadie descubriera. Lo último que deseaba era poner en riesgo su nueva vida, misma que adoraba, haciendo amistad con alguien que se ganaba el pan indagando los secretos de los demás, no importaba qué tan atractivo fuera.

—Yo tampoco confío en ti —dijo finalmente.

—Que bueno, es unánime. —Se inclinó hacia enfrente—. Mira, sólo me estoy ofreciendo a llevarte porque si Olivia se entera de que te dejé caminar bajo la lluvia, se enojará conmigo. Ya conoces a Olivia.

Gwen no conocía a Olivia de mucho tiempo atrás, pero sabía que tenía sus ideas, una de ellas era que Rick debía ser su pareja. Así que, claro, Olivia le hubiera insistido a Rick que la llevara a casa.

Por supuesto, Olivia no sabía nada del pasado de Gwen; tampoco sabía que no quería relacionarse con un investigador privado por ningún motivo. La joven negó con la cabeza y dijo lo único que haría desaparecer a Rick.

—Olivia cree que tú y yo deberíamos salir.

—No entiendo por qué. —Su expresión no cambió.

—Porque soy un súper prospecto. Ella cree que te vendría bien.

—¿Y tú qué piensas?

En lo que ella estaba pensando era en desnudarlo y untar chocolate por todo su cuerpo. Pero qué estupidez sería invitar a su vida a un detective privado.

—No me cabe la menor duda.

—Quizás el súper prospecto soy yo.

A él sí valía la pena atraparlos. Ella siempre lo había creído, aunque nunca lo había admitido verbalmente. Exitoso y bien preparado. Centrado, con buen sentido del humor e inteligente. Y si no bastara con eso, era alto y esbelto, sin dejar de ser masculino. Cada vez que lo veía, se sentía candente y atrevida.

Eso le molestaba.

Entonces rio al escuchar lo que él le había dicho. Por la expresión que puso el hombre, la risa de Gwen había sido convincente. ¿Y por qué no habría de ser así? A ella le habían enseñado a ocultar sus pensamientos y sus sentimientos desde antes de que aprendiera a caminar.

Rick la miró desconfiado.

—Mira, se está mojando mi auto. Ya súbete, con un demonio.

—Puedo llegar a casa sola.

—No me importa. Yo te llevo.

—¿Por qué?

Él salió por la ventana.

—Que te *subas*.

La expresión de su rostro debía haberla asustado, pero, extrañamente, se emocionó igual que en el día en que huyó de casa. Emoción pura mezclada con un poco de miedo, al saber que su vida no volvería a ser la misma a partir de ese día.

—Es absurdo —murmuró. Aceptar que Rick la llevara no se comparaba a haber tenido que huir de su familia.

—Sí, es absurdo —gruñó él—. Los dos nos estamos mojando, y tú ahí parada como una loca necia. Es la última vez que te digo que te subas al maldito auto.

Ah no, pensó ella, pero cuando abrió la boca sólo dijo: —Okey.

CAPÍTULO DOS

Él le había mentido.

Rick apretó el volante, muy consciente de la mujer que estaba a su lado. Le había dicho a Gwendolyn Pierce que le hacía el favor porque Olivia se hubiera molestado con él si no lo hacía, pero no era verdad. Sí, Olivia lo regañaría, pero en dos segundos se le pasaría. En realidad, le había ofrecido el aventón a Gwen porque no había podido evitarlo. Evidentemente, había sido un momento de locura.

La miró con agudeza. Ella iba viendo hacia delante con la mirada perdida, aparentemente sin importarle que la lluvia corriera por su rostro. Sus grandes ojos azules eran cristalinos y lúcidos, lo cual le pareció raro. Él había conocido a uno que otro artista y éstos tendían a vivir alterados la mayor parte del tiempo. Ella traía uno de esos impermeables de hule que usan los niños, pero por alguna razón se veía sexy y no tonta. Sus labios dibujaban una encantadora media sonrisa.

Él quería besarla. Y eso no era nada bueno.

Su deseo demostraba lo loco que estaba, porque si había una mujer que él no debía buscar, ésa era Gwendolyn Pierce. De nuevo la observó. ¿De qué color era su pelo esta semana? La última vez que la había visto, era espeluznantemente rosa. Ahora tenía rayos rojos y anaranjados entre los enloquecidos bucles. Hasta con el pelo mojado, los rayos se veían interesantes. Bonitos, como el amanecer. Antes se veía como una Shirley Temple sicodélica, con sus rizos de arcoíris, y ahora que traía el pelo por debajo de los hombros, se veía...

De hecho, sexy.

Pero seguía siendo rara. Rara era la palabra perfecta para describir a Gwendolyn Pierce. Rick meneó la cabeza y dijo:

—Cuando el clima esté así, mejor deberías manejar.

—No tengo auto —dijo ella con su voz sorprendentemente gruesa—, y aunque tuviera, no podría manejar porque no tengo licencia.

Él se detuvo en el semáforo y la miró.

—¿Cómo es posible?

—Nunca la he necesitado —se encogió de hombros.

—Todo el mundo necesita una licencia de conducir.

—¿Para que los fisgones como tú la usen para acosarme? —Ladeó su cabeza, con las cejas arqueadas—. El semáforo está en verde.

Él la miró fijamente sin saber qué deseaba hacer más: darle unas nalgadas o besarla. *Jamás* consideraría hacer ambas cosas al mismo tiempo. Rick se volvió a concentrar en el camino para llevarla a casa, sabrá Dios dónde quedaría.

Como si ella le hubiera leído la mente, le dijo con su tono sensual:

—No me has preguntado dónde está Narnia.

—¿Narnia? —la miró desconfiado sin soltar el volante.

—Mi departamento. —Gwen lo miró como esos ojos de niña abandonada que podían hacer que cualquier hombre se arrodillara y le prometiera el cielo y las estrellas—. Le digo Narnia porque cuando cruzas la puerta, entras a un mundo mágico. Es el *atelier* perfecto para un artista.

—¿Atelier? —arqueó la ceja. Ella había dicho aquella palabra con acento francés perfecto.

—Ático. Taller. O lo que quieras. —Hizo un gesto delicado con la mano.

—Claro, lo que tú digas.

—Ve hasta Masonic y da vuelta a la derecha al llegar a Page —instruyó ella—. Un par de edificios más, en la siguiente calle, Ashbury, justo después de Haight.

La parte superior de Haight era una zona de alquileres exclusivos, y Laurel Heights era una de las áreas más caras de San Francisco. ¿Cómo es que una artista podía pagar rentas en ambos sitios?

—¿Compartes tu departamento? —preguntó Rick.

—No.

—No me digas que la gente compra tus verduras pintadas.

Ella lo encaró. Él no la miró, pero pudo sentir su mirada penetrante al otro lado del coche, en la oscuridad.

—Son calabazas, y mi trabajo es bueno, habrás de saberlo.

—Parecen calabazas huecas y deformes. —De hecho, una vez Olivia lo había obligado a ir a Mi Maceta y, cuando nadie lo veía, había examinado una de aquellas cosas. La pintura que tenía era de un gusto exquisito. Pero él jamás lo admitiría.

—No son calabazas deformes. Es arte —declaró con orgullo—. Incluso, el Museo Young me ha pedido que participe próximamente en una exposición: “Artesanos de las Américas: Pasado y Presente”.

—Impresionante. Tiene sentido. Las calabazas de Halloween son un símbolo de los Estados Unidos.

—No son calabazas de Halloween, pero entiendo que tú no sabrías emitir una opinión informada en cuestiones de arte.

—¿Por qué supones eso? —Él había estudiado criminología, pero también había tomado un curso de historia del arte, sobre todo para conocer chicas, pero sorprendentemente, le había gustado.

—Porque eres tan promedio.

Ni siquiera él pudo evitar hacer una mueca ante un comentario así.

—¿Eso te molesta? ¿Acaso a la princesa le gustan los hombres de la clase trabajadora?

Gwen se endureció.

—No me digas así. —¿Princesa? Él quería preguntarle por qué le molestaba el piropo, pero ella lo enfrentó—: ¿Por qué quisiste llevarme? Obviamente no te simpatizo, y Olivia no se habría enterado de que pasaste a mi lado. ¿Entonces por qué hiciste esto?

Así de alterada, su voz casi parecía tener un acento extranjero. Era leve, pero podría apostar su impecable trayectoria de detective privado que no se lo estaba imaginando. Ahí había un toque francés.

—Porque estabas patinando bajo la lluvia —le respondió.

—¿Y?

—Es una locura. ¿Quién hace eso?

—Yo —se endureció—. Hago lo que quiero. Ya no tengo que darle explicaciones a nadie, mucho menos a ti.

¿A quién le daba explicaciones antes? ¿A un hombre? ¿Y por qué a él le molestaba tanto que hubiera un hombre en su pasado? De hecho, no debía importarle nada en relación a ella.

—Es peligroso —carraspeó—. Patinar de noche es muy riesgoso, sobre todo por las áreas que transitas; con lluvia, y con la forma en que la gente conduce en esta ciudad, pones tu vida en riesgo.

—San Francisco es una de las ciudades más seguras que he conocido en todo el mundo. Y no entiendo por qué te importa.

Él tampoco lo entendía. Rick probó otra táctica para sacarle información.

—¿Cuál es la ciudad más insegura en la que has vivido?

Ella lo miró siniestramente. Esos ojos eran letales. Rick meneó la cabeza y siguió viendo hacia adelante.

—De seguro siempre tuviste todo lo que querías de niña.

—Ojalá fuera cierto.

—Fuiste una niña consentida; podría apostar a Lance.

—¿Lance?

—Mi auto.

—Porque estás siendo amable conmigo —dijo burlonamente—, y porque me estás dando un aventón a casa, que yo no te lo pedí, por cierto, no comentaré nada sobre Lance. ¿Los autos nunca tienen nombres de mujer?

—Después de sentir lo poderoso que es el motor de Lance, no dudarás que es todo un varón. —Acarició el tablero.

—Los hombres y sus juguetes.

Él percibió una sonrisa coqueta dibujándose en sus labios y se perdió en un sueño carnal que involucraba aquella boca y cierta parte de su anatomía masculina.

—Me estabas platicando de tu niñez —carraspeó.

—No es cierto. —Su sonrisa desapareció, cruzó los brazos y se asomó por la ventana.

Entonces no había tenido una infancia feliz. ¿Pero por qué? ¿Su familia había sido muy dura con ella, o acaso era huérfana? Se lo preguntaría a Olivia, aunque luego ella pensaría que estaba interesado en Gwen, y no quería problemas por ahí.

Así que probó otra estrategia.

—Te aseguro que a tus padres no les gusta que patines de noche.

Junto a él, Gwen empezó a marchitarse, empezó a ensimismarse, pequeña y fría, como una huérfana.

Dios mío... quizás sí era huérfana. Sintió remordimiento y el deseo de tomarla entre sus brazos y reconfortarla. Antes de que pudiera decir algo, ella apuntó hacia la izquierda, por la

intersección, y dijo:

—Párate ahí. —Él obedeció y estacionó el carro. Luego la vio de frente —.

No me digas nada. —Gwen sacudió la cabeza—. Ya me trajiste a mi casa, muchas gracias y me voy a dar un baño.

La imagen fue instantánea: ella, remojándose en una amplia tina, el cuerpo cubierto por un millón de burbujas, con los dedos de los pies asomando. Una parte de él, que no podía controlar, se interesó demasiado en el tema.

—Pues, gracias —dijo la joven con una sonrisa forzada y abrió la puerta. Él le alcanzó a agarrar la manga del saco, sorprendiéndolos a ambos—. ¿Qué? —Gwen parpadeó con sus increíbles ojos.

Antes de poder contenerse, se inclinó y la besó. Sus labios eran suaves. Eran inocentes. Y *candentes*.

Él se quedó inmóvil, vio sus ojos asustados como los de un venado atrapado en una red, y supo que lo había echado a perder. Con un gruñido, enterró los dedos en el pelo de la muchacha y alzó su boca para acercarla a sus labios.

Ella lo aceptó, con menos delicadeza que deseo. Lo quemó con sus labios y el roce prometedor de su lengua, con sus manos hambrientas que provocaban su piel y le erizaban el pelo.

Algo despertó dentro de él que le gritaba a la vida, que lo incitaba a tomarla con urgencia. Fue inesperado, sorprendente y emocionante a la vez.

Ella se sentó, con los labios ardiendo, los ojos amplios por la impresión que sentía. Tragó saliva sin dejar de ver su boca. Luego, sin decir palabra, se bajó del auto, cerró la puerta y patinó hasta el siguiente edificio.

Rick se sentó y vio que ella tecleaba una clave para abrir la puerta de su casa. Esperó hasta que entrara y ya no pudiera verla.

Apretó el volante para no correr detrás de ella. Había sido una mala idea. Gwendolyn Pierce era la última mujer que debía querer. Ella ocultaba algo.

Pero qué manera de besar...

Meneó la cabeza. No debía hacerlo. Todavía.

Había sido detective mucho tiempo. Vivía de sus instintos y ahora éstos le decían a gritos que algo estaba mal.

Algo no cuadraba con esa Gwen.

¿Quién era ella?

Se sentó en el coche, impactado por aquella presencia. Él nunca metía la nariz en los asuntos de la gente que conocía. Era muy fácil acabar enredado en la desconfianza que todo investigador siente por los demás. Toda la gente siempre oculta algo. Todos tienen secretos.

Pero Gwen encendía sus alarmas. Y de qué forma.

La investigaría. Sólo un poco. Quizás no encontraría nada.

Pero él creía lo contrario.

[Quieres más?](#)

BUSCÁNDOTE A TI

Una novela de Laurel Heights

Libro 4



Gwendolyn Pierce tiene un secreto. Un gran secreto.

Nadie sabe que esta pintora de calabazas en realidad es la Princesa Perdida de la Uva—la heredera de un emporio del vino que desapareció catorce años atrás. Y eso es lo que Gwen prefiere. Así evita a los paparazzi que ya no registran cada error que comete, además su familia tampoco puede reprobar su vida. Ella tiene su tienda en Laurel Heights y vive feliz y en paz.

Hasta que conoce a Rick Clancy.

La última persona con la que ella debiera involucrarse es con un detective privado que sospecha de ella pero que también la considera ser demasiado sexy. El problema es que ella no puede evitarlo, pero no sabe si puede confiarle sus secretos—y poner su corazón en sus manos.

BUSCÁNDOTE A TI

EL ESTANTE DE KATE

EN ESPAÑOL...

LAUREL HEIGHTS

PERFECTO PARA TI

CERCA DE TI

VOLVER A TI

BUSCÁNDOTE A TI

SOÑARTE A TI

EN INGLÉS...

ROUGH AND READY

[MY BIG COMEBACK ROMANCE](#)

[MY SECRET BOOK BOYFRIEND](#)

[MY NEXT COLOSSAL MISTAKE](#)

[MY YUMMY SECOND CHANCE](#)

MY EPIC LOVE DISASTER

MY VERY WICKED HERO

MY BEST HAPPY ENDING

WINNERS INC.

[ALL IN](#)

[WANT IT](#)

[GAME ON](#)

LAUREL HEIGHTS

[PERFECT FOR YOU](#)

[CLOSE TO YOU](#)

[RETURN TO YOU](#)

[LOOKING FOR YOU](#)

[DREAM OF YOU](#)

[SWEET ON YOU](#)

THE SUMMERHILLS

[SAY YOU WILL](#)

[LOST IN LOVE](#)

[LET'S MISBEHAVE](#)

[STAY THE NIGHT](#)

[ONCE UPON A DREAM](#)

[HOW SWEET IT IS](#)

[GIVE A LITTLE](#)

[MAKE MY WISH COME TRUE](#)

THE SUMMERHILLS NEXT GENERATION

[THE WORDS YOU SAY](#)

[THIS COULD BE THE NIGHT](#)

[WRITTEN IN THE SKY SO BLUE](#)

THE IRISH HOPE SERIES

[PAINTER OF SOULS](#)

[DANCER OF TRUTHS](#)

[SINGER OF VISIONS](#)

BEDFORD FALLS

[UNDER THE KISSING TREE](#)

[DANCING ON A MOONBEAM](#)

[SILVER MOON SPARKLING](#)

[STARS SHINING BRIGHT ABOVE](#)

THE RAVEN SCRY

[THE LIES OF GODS](#)

[THE CORRUPTER OF VIRGINS](#)

THE DESTROYER OF KINGS

PILLOW TALK NOVELS

[PLAYING TO WIN](#)

[PLAYING DOCTOR](#)

[PLAYING FOR KEEPS](#)

THE GUARDIANS

[MARKED](#)

[CHOSEN](#)

[TEMPTED](#)

WHIMSICAL NOVELS OF YOUNG LOVE

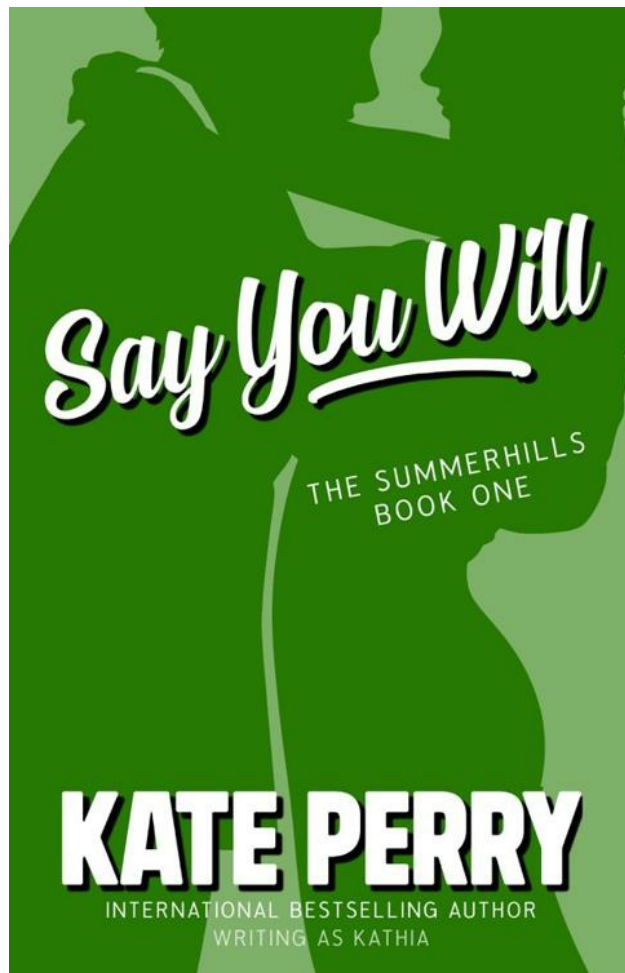
[SWEET ENDEAVORS](#)

[UNRAVELED](#)

[PROJECT DADDY](#)

For a complete booklist, check out [Kathia's site](#).

LOOKING FOR A SERIES TO BINGE?



If you're looking for...

instalove;
a girl squad;
a hero with an accent;
best friend siblings;

*a secret baby (who's all grown up);
a swoony beach romance...*

You've found the perfect book.
Proceed with abandon.

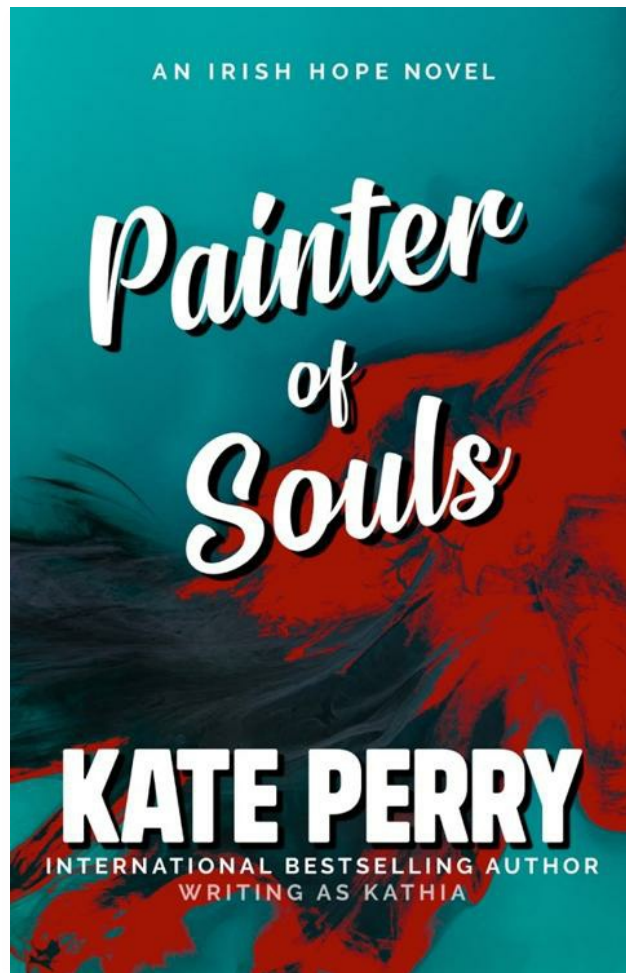
"I find the Summerhill books filled with mirth, love, lust, passion, happiness and joy. I smile the whole time I read them."

GOODREADS

Jump right into [SAY YOU WILL!](#)

Available wherever books are sold.

SOMETHING MYSTICAL TO GO WITH YOUR
ROMANCE?



An act of love that backfires.
A desperate quest that sends her to Ireland.
A hope for healing when everything looks impossible...

From readers like you...

"Highly recommend delving into this magical Irish story!"

"Although this isn't the type of book I usually read I was sucked in."

"Loved this book. Perfect amount of everything."

Take a magical trip to Ireland with [PAINTER OF SOULS](#).
You won't be disappointed.

LOOKING FOR SOMETHING NEW?

BINGE READ ONE OF KATHIA'S FAVORITE SERIES, THE MERRIAMS, THE
INTERNATIONAL BESTSELLING SERIES BY AVA MILES.

International travel, a matchmaking duo, and everlasting love...

Meet the Merriams.

You'll want to spend your holidays with this family.

WILD IRISH ROSE

LOVE AMONG LAVENDER

VALLEY OF STARS

SUNFLOWER ALLEY

A FOREVER OF ORANGE BLOSSOMS

A BREATH OF JASMINE

Ava has more books, and they're all fab. Be sure to check out [her entire booklist](#).

ABOUT KATHIA



With over 6 million books sold (and counting), Kathia's novels have been #1 bestsellers around the world. They've received starred reviews from Booklist, have consistently earned Editor's Picks for Best Romance, and have been featured by publications like *O*, *The Oprah Magazine* and *Entertainment Weekly*.

Kathia (as Kate Perry) has written over 50 books so far, some translated into several languages, all about hope and dreams and the bonds of friendship and family. She's also written a couple screenplays and various poems (her ode to the color orange is particularly moving).

For more, check out...

www.kathiaherself.com

You can also find Kathia in all the usual places...



DON'T FORGET TO SIGN UP FOR THE NEWSLETTER!

Get news and other stuff.

"Like what other stuff?" you ask, curious.

Like snippets from life, stories, and other sundries, a couple times a month.

[Do it. It's a piece of cake.](#)